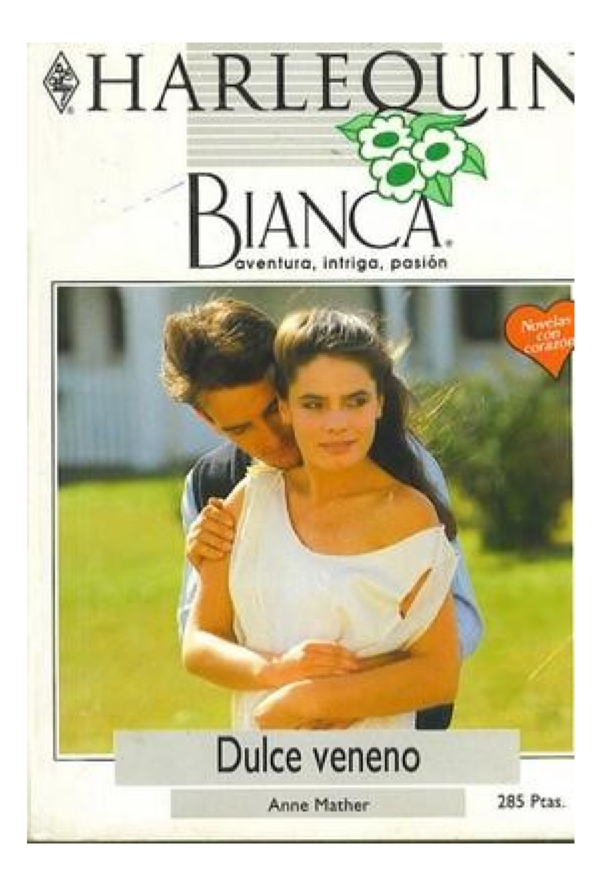




Dulce veneno

Anne Mather

285 Ptas.



Info

DULCE VENENO.

Título original: Such Sweet Poison
(1994)
Colección: Bianca, N. 640 - 23.3.94
Protagonistas: Morgan Lynch y Catherine Lambert Argumento:

—No te pido que te acuestes con él. Solo que seamos cuatro en esa cena.

Pero Catherine tenía miedo. Después del fracaso de su matrimonio, se recuperó y siguió adelante, a pesar de sus sentimientos de culpa. Ahora estaba contenta con su vida de soltera y no le interesaba buscar a otro hombre.

Sin embargo, había algo en Morgan Lynch que tocó un punto sensible en ella. Atractivo, desenvuelto, pero acosado por un pasado infeliz, Morgan era un hombre que la desconcertaba y representaba un reto para ella. Pero, ¿era prudente que se enamorara de nuevo?

Capítulo 1

—Vive un poco, Cat. Es amigo de Denzil y me parece guapísimo.

Demasiado tímido, quizá… pero, ¿qué importa? ¿Qué tienes que perder?

Catherine Lambert contempló la pantalla del ordenador que tenía delante, con gesto impaciente.

—¿Desde cuándo son guapos los amigos de Denzil? —preguntó frunciendo el ceño.

—En este caso, es muy guapo —le aseguró Kay Sawyer con rapidez.

Denzil lo conoció en el ejército, aunque en realidad mi marido nunca estuvo en el servicio activo.

—No —convino Catherine y permitió que una pequeña sonrisa distendiera sus labios.

—Bien. —Kay se puso en ese momento a la defensiva—. Den trabaja en el departamento de inteligencia del ejército norteamericano, como ya sabes.

Alguien tiene que hacer las tareas aburridas. No todos podemos ser héroes de guerra, ¿verdad?

Catherine no hizo ningún comentario. Su opinión acerca de Denzil Sawyer no era muy positiva, pero lo toleraba por ser el marido de su amiga.

—Vamos, ¿qué dices? —Insistió Kay—. Me harías un gran favor

—Kay, ¿cuántas veces debo repetírtelo? —Catherine miró a la otra mujer, irritada—. No necesito que me organices mi vida social

—Si no lo hago, pasarás los próximos años volviendo a una casa vacía, con solo ese maldito gato por compañía —replicó Kay, con tono seco—. Eres joven, Cat. Cometiste un… bueno, cometiste un error, pero no tienes por qué pasar el resto de tu vida lamentándolo

—Yo no lamento nada —protestó Catherine, colocándose en su sitio las gafas que se le habían deslizado por la nariz. Sabía que era verdad. Siempre experimentaba una especie de depresión cuando pensaba en Neil, aunque no tenía intenciones de admitirlo delante de su amiga—. Y no te metas con mi gato —agregó—. Tiene sangre persa.

—De acuerdo. —Kay abandonó aquella táctica—. Pero, ¿con cuántos hombres has salido en los últimos seis meses?

—¿Acaso importa? —un leve rubor tiñó las mejillas de Catherine.

—Me importa a mí —suspiró Kay—. Cat…

—Mira, sé que tus intenciones son buenas. —Catherine sacudió la cabeza —. Pero prefiero no involucrarme.

—¿Quién habla de involucrarte? —Kay alzó los ojos al techo—. Cat, te invito a cenar, eso es todo. Nada más, ni nada menos.

Catherine se humedeció los labios. Resultaba obvio que Kay no iba a ceder, así que modificó sus tácticas.

—¿Quién es él? —preguntó—. ¿Qué hace en Inglaterra? ¿Está casado?

Kay echó una rápida mirada a su alrededor en la amplia oficina para asegurarse de que nadie estaba escuchando, y luego afirmó confiada:

—Se llama Morgan Lynch y no está casado —se encogió de hombros.

Lo estuvo una vez pero, como tú, se divorció y por el momento trabaja en la sección de Denzil, en la embajada.

—Ya veo. —Catherine se mordió el labio—. Apostaría a que si quieres invitarlo a cenar, puede conseguir pareja sin que tú intervengas.

—No conoce a nadie —exclamó Kay frustrada—. Acaba de llegar a Londres hace tres semanas. ¡Oh! ¿Por qué no puedes hacer lo que te pido?

—¿Él… sabe que… estás intentando buscarle una pareja? —preguntó Catherine y luego apretó los labios.

—¿Quién? ¿Denzil? —Kay fingió no entender nada, y cuando ese gesto provocó un gesto de resignación por parte de Catherine, abandonó su actitud confidencial—. Es solo una cena —suspiró, observando a su amiga con resentimiento—. No te estoy pidiendo que te acuestes con él. Únicamente que seamos cuatro a la mesa.

—Me encantaría ayudarte, Kay, pero… —empezó a decir Catherine, cansada.

—Pero, ¿qué?

—Pues, como tú dices… han pasado meses sin que salga… con nadie. ¿No crees que deberías pedírselo a alguien más sociable…?

—A ti te sentará bien —sentenció Kay, moviendo la cabeza — ¿De verdad? —Catherine no parecía muy convencida—. No soy el sueño dorado de cualquier mortal, ¿o sí?

—¿Qué quieres decir?

—Soy demasiado alta, gorda, llevo gafas —se encogió de hombros.

—¡No estás gorda!

Kay escogió la única de las tres características que podía ser discutible hasta cierto punto. Era alta. Con su uno ochenta de estatura, sobrepasaba a casi todos los hombres que conocía. Y esa era una de las razones por las que Neil la había abandonado, reflexionó Catherine. Nunca le había gustado sentirse en desventaja en el plano físico, ni en ningún otro.

—De todos modos deberías ir —insistió Kay—. Todo el problema es que no tienes confianza en ti misma desde que Neil… —interrumpió, consciente de que estaba invadiendo territorio prohibido, y después

continuó con osadía—: Pues, es verdad. Y solo porque me preocupas, te digo estas cosas. ¡Por el amor del cielo, han pasado dos años! ¿No crees que ya es hora de que empieces a recuperarte?

Catherine se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. —¿Asistiendo a tu cena? —preguntó con tono cortante, y Kay asintió.

—¿Por qué no?

—¿A quién se le ocurrió invitarme? —inquirió Catherine, curiosa. No podía pensar que Denzil Sawyer lo hubiera sugerido después de la manera en que lo puso en su lugar.

—A Denzil —declaró Kay, sorprendida—. Dijo que… que eres… a quien —sonrió nerviosa—, a quien necesitamos.

Catherine suspiró. Pensó que algo muy grave debía de suceder con Morgan Lynch, cuando Denzil la consideraba una compañera adecuada. Pero no podía decírselo a Kay.

La aparición de Andrew Hollingsworth, el jefe de Kay, uno de los principales actuarios de la compañía buscando a su secretaria, obligó a tomar una decisión. Y, aunque Catherine estaba segura de que se arrepentiría más tarde, optó por aceptar. Después de todo Kay tenía razón. Desde que Neil rompió su matrimonio, se había convertido en una reclusa, yendo de su casa a la oficina y viceversa sin jamás alterar su curso.

—Está bien —afirmó en voz baja, lanzándole a Andrew Hollingsworth una sonrisa brillante. Por su parte, Kay, siempre tratando de guardar las apariencias, recogió un montón de papeles del escritorio de Catherine.

—¿Lo dices en serio? —preguntó también en voz baja, mientras Catherine rescataba los resultados de los análisis en los que estaba trabajando y contemplaba las hojas, en ese momento desordenadas, con cierta frustración.

—Sí. Sí —contestó, consciente de que el jefe de Kay se estaba impacientando a cada minuto que transcurría—. ¡Vete! Hablaré contigo después.

—Perfecto. —Kay hizo un círculo con el pulgar y el índice y luego se volvió con expresión radiante hacia la puerta—. ¡Oh, señor Hollingsworth! ¿Me estaba buscando?

Desde luego, Catherine se arrepintió de su decisión impulsiva, como sabía que lo haría. La idea de asistir a una cena y pasar una velada hablando de tonterías la llenaba de aprensión. Nunca había tenido el don de sostener una conversación intrascendente y, desde que Neil la abandonó, se había vuelto cada vez menos sociable. Si a eso añadía el hecho de que había aumentado de peso y que no tenía ningún vestido que ponerse, acabaría con la receta perfecta para una depresión.

¿Por qué había permitido que Kay la persuadiera?, se preguntó esa misma tarde al llegar a su casa, en Orchard Road. Ni siquiera la

entusiasta bienvenida de Héctor la alegró. Puso su portafolios sobre la mesa del vestíbulo y se quitó los zapatos antes de dirigirse a la cocina. Después de todo, reflexionó mientras abría la alacena en busca de una lata de atún, Héctor solo quería que le diera de comer; no sentía ningún afecto por ella. Los gatos eran así, en particular los aristócratas gatos persas: demasiado arrogantes. Héctor era un animal independiente, solitario… como ella, concluyó Catherine esbozando una sonrisa irónica. Aunque no siempre reaccionaba igual. Su aislamiento había sido la conclusión de un proceso gradual.

Héctor atacó el tazón con pescado y Catherine se quedó quieta durante un momento, contemplando el jardín desde la ventana. Cuando ella y Neil la compraron, pasó horas quitando hierbas y rescatando la antigua belleza del jardín. Pero en ese momento no le inspiraba ningún interés, porque solo estaba ella para apreciar e resultado.

Algunas veces se preguntaba si había hecho bien en conservar la casa en lugar de comprar otra. Su hogar guardaba muchos recuerdos dolorosos, pero después del divorcio, no había querido más cambios en su vida. Además, le gustaba esa casa, el barrio, y estaba cerca de su trabajo, lo cual era una gran ventaja. A Neil no le había importado venderle su parte y en ese momento él y su nueva esposa vivían en un apartamento, en Cavendish Mews. Progresaba a pasos agigantados, pensó Catherine amargada.

Dejó que Héctor terminara su cena mientras subía a darse un baño. Entró en su dormitorio, que siempre le había parecido muy agradable, pero más aún después de haber adquirido recientemente una cama de dosel y un enorme edredón. Se dijo que por lo menos tenía un buen empleo que le permitiría esos pequeños lujos. Si Neil se hubiera salido con la suya, habría dependido por completo de él.

Lo cual hubiera salvado su matrimonio, reflexionó. Si hubiera aceptado ser ama de casa y madre, como él quería, quizá todavía estarían juntos. Desde luego, el hecho de que ella no pudiera tener hijos seguiría siendo un problema.

Neil ansiaba formar una familia. Deseaba un hijo para enseñarle a jugar al golf, o una hija para presumir de ella ante sus amigos. Y cuando, añadido a ese obstáculo. Catherine se negó a dejar su trabajo, sembró la semilla que al final destruyó su relación.

Catherine se desvistió y se hundió en la deliciosa tibieza del agua con un suspiro de satisfacción, descansando la cabeza sobre el borde de la bañera para gozar de ese relajamiento.

Se dijo que sus mejores pensamientos surgían mientras se bañaba. El elemento acuático, que quizá evocaba el estado embrionario, le proporcionaba una exagerada sensación de optimismo. En momentos como aquel, casi se convencía de que era feliz. Tenía una casa cómoda

y un buen trabajo. Había muchas personas que sufrían más que ella y debía dejar de pensar en los errores del pasado para concentrarse en el presente.

«Un presente que incluye la cena de Kay y Denzil», reflexionó traviesa al tomar el jabón. Todavía no entendía cómo su amiga había conseguido que aceptara su invitación. Tal vez le habría parecido adecuado terminar la conversación debido a la presencia de Andrew Hollingsworth que estaba parado ante la puerta con expresión impaciente. Desde luego, no le tenía ningún miedo a Andrew Hollingsworth. Sin embargo, Kay era su secretaria y todos sabían que cada vez le irritaba más la inclinación que tenía su empleada de perder el tiempo en chismes y murmuraciones cuando tenía trabajo pendiente. Y si Hollingsworth despedía a Kay, su amiga no encontraría fácilmente un empleo tan bien remunerado.

Así, Catherine concluyó que no había querido que eso le pesara sobre la conciencia, aunque significara pasar otra velada en compañía de Denzil Sawyer.

Catherine nunca había podido entender qué había visto su amiga en aquel vanidoso diplomático norteamericano. En su opinión, era grosero, maleducado y de una prepotencia insoportable cuando trataba a las mujeres.

Lo cual quizá explicaba por qué Neil y él se llevaban tan bien, pensó con ironía. Pero incluso Neil se hubiera enojado al saber que Denzil no había tenido ningún recato en coquetear con ella… a espaldas de su mujer y de su amigo.

Desde el divorcio, sin embargo, había estado buscando excusas para rechazar sus invitaciones. Kay y ella salían a comer de vez en cuando, pero eso era todo. Catherine no tenía intenciones de exponerse a las burlas de Denzil y la irritaba haberse puesto en ese momento en esa posición. Pero, ¿por qué la había invitado a ella? ¿Qué defecto padecía Morgan Lynch para que Denzil la considerara a ella su pareja ideal?

Al día siguiente, Catherine se preparó para la cena sin entusiasmo. No tenía ganas de salir… como de costumbre. Cuando volvió de la oficina, se hubiera contentado con bañarse, ponerse ropa cómoda y vagar por la casa, sin un propósito fijo. Le encantaba leer, ver la televisión y algunas veces se llevaba trabajo a su casa y pasaba la velada frente al ordenador en el dormitorio que, desde que Neil se fue, se había convertido en estudio.

Sabía que debía salir de vez en cuando. Vivía como una ermitaña y, para una mujer que acababa de cumplir los treinta años, eso era algo muy poco saludable. El problema residía en que casi todas sus amigas estaban casadas o vivían con su pareja y ella se negaba a convertirse en una de aquellas mujeres solas que eran la pesadilla de cualquier

anfitriona. Además, decidió que ya estaba harta de los hombres y del matrimonio. La verdad era que todavía le importaba

Neil. Dos años después de separarse, seguía pensando en él y en amor que se suponía habían compartido.

«Un pensamiento exasperante», reflexionó Catherine, examinando el contenido de su guardarropa en busca de algo adecuado. Sin embargo, nunca había esperado que su primera incursión en el mundo de la sociedad incluyera pasar la velada con los Sawyer. Si tenía que salir, ¿por qué no había escogido ir a un restaurante o al teatro con alguien que no conociera su historia? Y no esa reunión íntima que despertaría viejos recuerdos.

Los vestidos de su guardarropa le parecieron poco adecuados Catherine suspiró. Debió tomarse la molestia de comprarse algo a la moda, pero no se había sentido inclinada a hacerlo. En ese momento sin embargo, contempló aquellos vestidos que había comprado hacía más de dos años, y deseó tener algo diferente que ponerse, aunque solo fuera para no llamar la atención.

En ese momento sonó el teléfono y Catherine lo descolgó.

—¿Sí? —contestó, tratando de que no se le enredaran los pliegues de su bata.

—¿Catherine? ¿Eres tú?

Reconociendo la voz de su madre, Catherine suspiró.

—¿Quién si no? —respondió, haciéndole una mueca a Héctor que se acurrucaba sobre la cama, lamiéndose las garras. Su madre siempre iniciaba sus conversaciones de esa forma y Catherine a veces se preguntaba cómo reaccionaría si recibiera una respuesta negativa

—Sí, «Ma», soy yo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues, para empezar, puedes dejar de llamarme «Ma» —indicó la señora Lambert con severidad—. Llámame mamá, si quieres, pero no «Ma».

No… No me gusta.

Catherine no hizo ningún comentario. La señora Lambert tenia cincuenta y dos años, pero tenía un aspecto mucho más joven Catherine a veces se sentía como su hermana mayor, en lugar de su hija. En sus momentos de cinismo Catherine se preguntaba si hecho de que su madre hubiera vivido sola, desde que ella nació habría influido en su aspecto juvenil. Su padre, cuyo trabajo de consultor técnico de la industria petrolera lo había llevado a todos los rincones del mundo, había muerto en una explosión en Oriente Medio, cuando ella tenía dieciséis años y, desde entonces, su madre se había negado a casarse de nuevo.

Catherine había deducido en un principio que esa actitud se debía a que sus padres se entendían de maravilla, pero en ese momento no estaba tan segura. Su madre discrepaba con la imagen típica de una

viuda inconsolable. Al contrario, con el salario que ganaba como asistente de ventas en una elegante galería de arte, más la generosa pensión que la compañía petrolera le asignaba, se había convertido en una mujer con una vida social muy intensa. Y, aunque no le faltaban admiradores, jamás se había relacionado con ninguno.

—Así que, ¿cómo estás? —continuó—. ¡A ver cuándo nos vemos! En realidad, Catherine, si fuera por ti, no nos veríamos nunca.

—No es cierto —pero Catherine sintió una punzada de culpabilidad.

Visitaba a su madre con poca frecuencia porque la señora Lambert no mostraba la misma discreción que su hija y trataba de organizarle la vida según su parecer. En su opinión, Catherine debía casarse de nuevo, aunque solo fuera para dejar de trabajar.

—Es cierto —declaró la señora Lambert con firmeza y Catherine se convenció por el tono de voz de su madre, de que estaba a punto de soltarle un sermón—. Y supongo que todavía hibernas cada noche. Por el amor del cielo, Catherine, eres una mujer joven. Deberías salir a divertirte, no quedarte en casa acariciando a ese gato huraño.

—Héctor no es huraño; simplemente le molestan los desconocidos. Y me gusta su compañía. No me exige nada.

—A eso me refiero —exclamó su madre, impaciente—. Te estás volviendo como la tía Agnes. Lo único que le interesa es su gato y sus labores de costura. No sale a ninguna parte, y mira que yo la invito veces.

Catherine hizo una mueca. La hermana solterona de su padre siempre había constituido un problema para la señora Lambert. Aunque casi eran de la misma edad, las separaba un mundo de diferencia en su actitud hacia la vida. Y aunque Agnes no había hecho nada para merecerlo, la señora Lambert había llegado a la conclusión de que era una persona desagradable.

—De cualquier modo —continuó su madre—, se me ocurrió que, si no ibas a hacer nada esta noche, podría visitarte. Fliss ha conseguido una copia del grabado que tanto te interesa, así que puedo llevártelo.

—No… —Catherine sabía que tenía que detenerla antes de que se presentara en su hogar. Aunque esperaba ocultarle a su madre lo que haría esa noche y las inevitables preguntas que suscitaría, no le quedaba otra opción.

Admitiría que iba a salir.

—¿No? —La señora Lambert interrumpió los pensamientos de su hija.

¿Por qué no?

—Pues… —suspiró Catherine—, de hecho, voy a salir a cenar

—¿De verdad? —preguntó expectante—. ¿Con quién? ¿Con ese simpático joven de tu oficina?

El simpático joven a quien se refería su madre era Simón Lewis uno de los compañeros de Catherine. En un momento de debilidad la joven le había confesado a su madre que él le había pedido que salieran y, desde entonces la señora Lambert sacaba el tema a colación con bastante frecuencia. El hecho de que aquel hombre no le interesara a Catherine no parecía importarle a su madre; era soltero y, por lo tanto, codiciable.

En ese momento, sin embargo, aunque la tentaba la idea de permitir que su madre concluyera que iría a cenar con Simón, Catherine decidió ser sincera.

Además, resultaría menos complicado a largo plazo. Lo último que deseaba era que su madre pensara que estaba iniciando una relación amorosa.

—Voy a cenar con Kay y Denzil.

—¿Kay y Denzil Sawyer? —el entusiasmo murió en la voz de si madre —. ¿Para qué? Creí que no te caía bien el marido de Kay.

—No me cae bien. —Catherine alzó los ojos al techo. Luego se dejó caer sobre la cama, haciendo que Héctor lanzara un maullido antes de escapar con el rabo entre las patas—. «Ma…» cielos, no mi llevarán a ninguna parte, cenaremos en su casa.

—¿Solo los tres?

La señora Lambert poseía una tenacidad irritante y Catherine. Se preguntó qué pasaría si un día sometía a su madre a esa clase de interrogatorio cuando ella se dispusiera a salir con sus amigos… con un amigo, por lo menos.

Decidiendo que no le quedaba más remedio que ser franca. Replicó con tono seco:

—No, no solo los tres. También han invitado a un amigo de Denzil.

—¿Un amigo? ¿Te refieres a otro hombre?

—Un compañero del ejército, según entiendo —le indicó Catherine empezando a perder la paciencia—. Y todavía no estoy lista, así que a menos que tengas algo importante que decirme, ¿por qué no dejamos esta conversación para más tarde?

—Pero, ¿quién es él?

El interés se filtraba de nuevo en el tono de voz de su madre, y Catherine deseó colgar de inmediato.

—No sé —mintió, decidida a no seguir adelante—. Y no te imagines que haya algo detrás de todo esto. Fin de la historia.

—Jamás supuse que eras el tipo de mujer adecuada para un amigo de Denzil Sawyer —comentó con petulancia, haciéndose eco de las mismas dudas que Catherine—. Oh, bueno… espero que sepas lo que haces —suspiró resignada.

—Simplemente voy a cenar. —Catherine sabía que sus palabras sonaban a disculpa y se puso furiosa—. Hablaremos más tarde, ¿de

acuerdo? Um… gracias por conseguirme la copia. Te visitaré este fin de semana y la recogeré, si te parece bien.

—Creo que sí.

Había un tono frío en la respuesta de la señora Lambert y Catherine maldijo mientras colgaba el teléfono. Pensó que tenía muy mala suerte. Como si no fuera suficiente escoger qué vestido se pondría y esperar aquella velada con tanto entusiasmo como el que mostraría al asistir a su propia ejecución, su madre había elegido precisamente esa noche, entre todas, para telefonearla.

Solo le faltaba su desaprobación para que deseara, con verdadero fervor, haberse atenido a su intención original.

A pesar de su pesimismo, estaba lista en menos de media hora. El vestido de seda negro no era nuevo, pero resaltaba la línea elegante de su cuello. Se dijo que tendría que ponerse un broche en el cabello, de color azabache, para no dar la impresión de que asistiría a un funeral.

Decidió que la falda corta quizá fuera una ventaja. Tenía unas bonitas piernas, a diferencia de sus senos, demasiado generosos, que ocultaba bajo un corpiño suelto. Pensó que debería ponerse a dieta. Pero, viviendo sola, no le parecía que tuviera sentido.

Se examinó en el espejo con abierto cinismo y luego se preguntó si era importante el aspecto que presentara. Denzil Sawyer siempre la consideraría el blanco de su destructivo humor. Nunca le perdonaría haberlo rechazado y, a pesar de esa invitación, Catherine no creía que él hubiera cambiado de actitud.

Héctor masculló protestando porque presentía que su dueña iba a dejarlo solo. Se enredó en las piernas de la joven haciendo todo lo posible para impedirle que se dirigiera hacia la puerta. Se inclinó para acariciarle las orejas antes de recoger sus guantes:

—Lo siento —murmuró con simpatía—. Pero, créeme, yo no propuse este plan.

Capítulo 2

Los Sawyer vivían en St John’s Wood, en una casa de estilo Victoriano alta y estrecha, sin jardines. Tres escalones desgastados conducían a la puerta principal y Catherine los subió con renuencia, esperando que su coche todavía estuviera en el lugar en que lo había aparcado cuando saliera. Su madre siempre le había aconsejado que instalara una alarma pero no le había hecho caso.

Kay abrió la puerta y sus atractivas facciones se iluminaron con una sonrisa de alivio al ver a su amiga.

—Empezábamos a temer que habías sufrido un accidente —exclamó, invitando a Catherine a pasar—. Dame tu abrigo. La señora Chivers esta ocupada terminando de preparar la cena.

Catherine se quitó el abrigo e intentó distraerse, para no pensar en la velada que la aguardaba, admirando un cuadro de la sala.

—Un amigo de Denzil lo hizo —comentó Kay con indiferencia, cuando Catherine la felicitó por esa nueva adquisición. Y después, más preocupada por el retraso de su amiga que por la decoración, preguntó—: ¿Qué ha sucedido?

¿No encontrabas lugar para aparcar? Deberías haber cogido un taxi.

Catherine se tocó las orejas para comprobar que todavía tenía los pendientes y reprimió un suspiro.

—Yo… mi madre me llamó —le explicó, mientras le daba sus guantes.

Consultó su reloj:

—¿He llegado muy tarde?

—Oh… no, no mucho —contestó Kay—. Pero cenaremos a las ocho y faltan quince minutos.

—Lo siento —se disculpó Catherine.

—Está bien. —Kay se dio cuenta de que se estaba comportando con grosería y sonrió—. Ven… Denzil y Morgan nos esperan en el estudio.

Catherine siguió a su amiga, preguntándose si podría escapa inmediatamente después de que la cena terminara. Quizá después del café…

—Aquí está —anunció Kay, haciendo que Catherine se sintiera peor.

Demasiado tarde comprendió que debería haber llegado antes que Morgan.

Mientras Catherine seguía a Kay para entrar en la habitación, los dos hombres se pusieron de pie. Un fuego ardía en la chimenea

iluminando el rostro de Morgan Lynch.

Catherine perdió la compostura desde el momento en que los ojos de ambos se encontraron. A pesar de lo que Kay le había dicho no esperaba que fuera tan atractivo y se puso nerviosa al comprobar que se había equivocado.

Observó la manera en que él se movía, con agilidad felina, levantándose sin esfuerzo de la silla. Aunque medí más de uno ochenta y cinco, su altura no le causaba problemas. Era delgado, quizá demasiado delgado si se comparaba con las proporciones generosas de Denzil, pero esa característica no podía consideran un defecto.

Pero, aunque captó todos esos detalles, el rostro de aquel hombre la atrajo más que el resto: los ojos de mirada profunda, las cejas espesas, las largas pestañas; pómulos salientes, nariz recta, mejillas hundidas y la boca, de labios sensuales. El cabello oscuro, no tanto como el de ella, de un cálido castaño, caía lacio sobre la nuca. En conclusión, le pareció un de los hombres más atractivos que jamás hubiera visto.

—¡Cat… cariño! —Por lo general Denzil la saludaba con exuberancia y, cuando le tomó ambas manos, también le dio un desagradable beso en la mejilla —. Estás… maravillosa —añadió—. Ven conocer a un amigo de los viejos tiempos, Morgan Lynch. Morgan esta es Catherine… ¡Cat! —Sonrió con satisfacción—. Su apodo significa gato en ingles, pero no te preocupes, yo le he cortado las garras ¿verdad, Cat?

Catherine ignoró el comentario sarcástico de Denzil. Morga Lynch le estrechaba la mano y su educado «hola, Catherine»: la distrajo por completo.

Tenía una voz profunda, con un marcado acento sureño. Aunque sus palabras eran amables, mantenía una actitud distante.

No se parecía en nada a Denzil, pensó Catherine, retrocediendo para permitir que Kay se integrara en el círculo. Carecía de la presunción que Denzil exhibía a cada momento. Kay había afirmado que Morgan era tímido y en ese momento Catherine lo creía. ¿Qué otra razón tendría para permanecer callado mientras sus anfitriones se esmeraban por integrarlo en la conversación?

¿Por eso estaba de mal humor Kay cuando ella llegó?, se preguntó Catherine. No era normal que su amiga prestara tanta atención a la puntualidad. No recordaba haberla visto de tan mal humor en ninguna otra ocasión. Pero, ¿qué le hacía pensar que ella tendría más éxito?

—Y bien… ¿qué puedo ofrecerte, Cat? —Le preguntó Denzil, indicando la bandeja de bebidas—. Creo que tengo de todo. Bueno, sé que lo tengo —añadió de forma sugestiva, dándole un codazo en el estómago a Morgan—. ¿Y a ti qué te sirvo, viejo amigo?

Morgan se encogió. Según Catherine, no había otra manera de describir su reacción ante la jovialidad de Denzil, y el matrimonio se

miró, incómodo. Se produjo otro silencio desagradable, durante el cual Kay lanzó una mirada asesina a su marido, antes de que Catherine se recuperara para contestar:

—Solo una tónica, por favor. Yo… tengo que conducir.

—Debiste haber tomado un taxi —le dijo Kay, agradecida por esa distracción, sin darse cuenta de que estaba repitiendo lo que ya le había dicho en el vestíbulo—. En estos tiempos hay que ser prudente, ¿verdad, Denzil?

—¿Qué? Oh, sí. —Denzil se volvió y entregó su bebida a Catherine.

Observó con inquietud a Morgan y preguntó:

—¿Te sirvo otra, amigo?

—No, gracias.

—Oh, pues, cenaremos pronto —murmuró Kay sonriendo—. Espero que te gusten los espárragos, Cat. Encontré una curiosa receta de crema de queso y mousse de espárragos.

—Suena delicioso —dijo Catherine acunando su vaso entre las palmas de sus manos—. ¿La preparaste tú o la señora Chivers?

—La señora Chivers —respondió Kay—. Cocinar no es mi fuerte, como ya sabes. ¿Todavía haces ese estupendo goulash que saboreábamos cuando… cuando…?

Su voz se desvaneció al darse cuenta de que la conversación estaba conduciendo a un terreno peligroso y Catherine se esforzó resolver la situación.

—No con mucha frecuencia —contestó, dando un sorbo a bebida y contemplando a cada uno, por turno—. No es muy divertido cocinar para una sola.

—Catherine vive sola —intervino Denzil, como si su observación fuera necesaria, y observó detenidamente a la amiga de su mujer Debo decir, Cat, que no parece que pases mucha hambre.

—Ni tú tampoco —replicó Catherine con petulancia y Denzil metió la barriga de manera automática para evitar que se desbordara sobre el cinturón del pantalón. La joven se volvió hacia Morgan. ¿Usted cocina… Morgan?

—De vez en cuando. —Morgan inclinó la cabeza hacia la chica Pero, como tú, vivo solo y olvídate de formalismos. La comida no figura en mi lista de prioridades.

Catherine notó que Kay y Denzil se miraban de forma significativa y adivinó que ese era el discurso más largo que había pronunciado Morgan desde que llegara a la casa. No pudo evitar preguntarse por qué lo habían invitado, si apenas hablaba.

—Apuesto a que sé qué es lo que ocupa el primer lugar en tu lista de prioridades, amigo —insinuó Denzil, socarrón, y Catherine preguntó por qué era tan grosero. Resultaba obvio que su huésped no

compartía su sentido del humor; sin embargo, Denzil insistió sus estúpidos comentarios.

—No lo dudo —replicó Morgan, contemplándolo de un modo que hubiera intimidado a cualquier otro hombre más sensible. Eludiendo una posible confrontación Kay se apresuró a hablar del tiempo. Cada vez resultaba más obvio que, cualquiera que fuera la relación que unía a Denzil y Morgan, desde luego no era la de la amistad y Catherine se convenció de que, por esa razón, la había invitado a ella esa noche.

La señora Chivers anunció que la mesa estaba lista para gran alivio de todos. Por lo menos de tres, se corrigió Catherine, ya que ignoraba lo que sentía Morgan. No podía saberse cómo reacción detrás de esa apariencia reservada.

Durante la cena, Catherine se esforzó por charlar con Kay y conversación intrascendente les ayudó a fingir que se divertían.

Pero cuando tocaron el tema del trabajo de Kay y sus desavenencias frecuentes con Andrew Hollingsworth, Morgan miró a Catherine por encima del borde de su copa de vino.

—¿Tú también eres secretaria, Catherine? —le preguntó, levantando una ceja y, aunque le pareció ridículo, la joven se ruborizó.

—Pues… no… —contestó con torpeza y entonces Kay intercedió para salvarla.

—No trabaja en algo tan vulgar —afirmó con una sonrisa—. Cat es analista de inversiones. Le dice a mi jefe cómo debe gastar su dinero.

—No me atrevería —murmuró Catherine, dirigiendo una mirada dura a su amiga, Denzil escogió ese momento para hacer su contribución.

—Cat es una auténtica profesional —comentó sirviéndose más vino.

Una verdadera esclava del trabajo. No le interesan los hombres… ¿o me equivoco, Cat? Solo la atraen los estados contables, desde luego.

Catherine ignoraba cómo pudo dominarse para no decirle a Denzil Sawyer lo que pensaba acerca de sus mezquinos esfuerzos por humillarla.

Comprendía que estaba tratando de vengarse porque lo había rechazado y deseó tener el valor de defenderse adecuadamente y poner en evidencia el verdadero carácter de ese hombre.

Pero no podía hacerlo. Por Kay.

—Puedes pensar lo que quieras —se acomodó las gafas sobre la nariz y añadió en son de reto—: Creo que a Denzil le asustan las mujeres independientes —esbozó una sonrisa compasiva—. Pobre Denzil. Intenta dárselas de un hombre con mente abierta. Es una lástima que no pueda lograrlo.

La cara de Denzil era digna de fotografiarse; a menos que

contestara de malos modos, no le quedaba más remedio que tragarse sus propias palabras.

—Pues, gracias a Dios, Kay solo trabaja porque le gusta —declaró con los labios apretados—. No porque sea lo único que hace bien en su vida.

—¡Denzil!

Kay se mostró avergonzada y, mientras Catherine buscaba una respuesta que no revelara cuánto le había herido el comentario irónico de Denzil, Morgan intervino:

—¿Qué hace un analista de inversiones? —Preguntó, ignorando los intentos de Kay para acallar a su marido—. Supongo que esté relacionado con el mercado de valores.

—Sí, vende y compra todo lo que quieras —afirmó Denzil renovada confianza en sí mismo—. Porque todo tiene un precio. ¿No Cat?

—¿Por qué no cierras esa bocaza?

El tono de Morgan fue agradable y suave, pero sus palabras contenían un mensaje claro e inconfundible. Kay y Denzil soltaron una exclamación de asombro e incluso Catherine se azoró.

—Oye, escúchame bien… —repuso Denzil con el rostro contorsionado por la ira—. No puedes hablarme de esa forma —gruñó poniéndose de pie y mirándolo.

—¿No?

Imitando el movimiento de Denzil, Morgan empujó su silla y se levantó.

Su estatura cambió, de manera automática, la situación. Apoyó las puntas de los dedos sobre la mesa y contempló a oponente sin parpadear. Sus facciones carecían de expresión.

—No, no puedes —murmuró Denzil, en tono menos agresivo. Miró a los ojos a Morgan y luego desvió la mirada, encontrándose con la de su mujer.

Por el amor del cielo, amigo, ¿no entiendes una broma? —murmuró, mientras su actitud agresiva se iba desmoronando—. Cat no se ha ofendido ¿verdad Cat?

Sabe que la quiero bien ¿no es cierto?

Catherine sabía que Denzil estaba apelando a su generosidad aunque hubiera deseado saborear ese momento, comprendía q debía salvar la situación.

Aunque solo fuera por Kay.

—Por favor —dijo sin aceptar la disculpa de Denzil, mirando a Morgan —, ¿por qué no os sentáis? La lengua de Denzil con frecuencia corre más de prisa que su cerebro, pero yo ya estoy acostumbrada a ello.

Eso no era lo que Denzil había esperado escuchar, Catherine lo sabía y su expresión adusta predecía que levantaría obstáculos contra

la amistad que mantenía con Kay. Pero al menos Morgan parecía haber aceptado la explicación y, aunque esperó a que Denzil volviera a sentarse antes de tomar asiento él mismo, la crisis se había evitado.

Sin embargo, fue imposible reanudar una conversación normal y, a pesar de que Catherine hizo un esfuerzo por hablar con Kay, se alegró de que sirvieran el café y se acercara la hora de despedirse. «¡Qué cena!», pensó, manteniendo la mirada fija en su taza de café.

—Creo que debo irme —comentó cuando la señora Chivers preguntó si alguien deseaba más café.

—Oh, no —la protesta de Kay fue sincera, Catherine estaba segura de ello, pero no podía exigirle que actuara como un freno entre aquellos dos hombres por más tiempo.

—Lo siento —musitó sonriendo con sequedad a Kay—. Pero tengo que llegar temprano a la oficina mañana. Además, Héctor no está acostumbrado a pasar la noche solo. Y, como dice Denzil, debes mantener tus prioridades en orden.

—Pues… —Kay suspiró—, si tienes que…

—Quizá yo pueda llevarte a casa —intervino Morgan en ese momento y Catherine se volvió para mirarlo asombrada—. Solo necesito llamar a mi chofer.

Si puedes esperarme unos quince minutos…

—Traje mi propio coche —lo interrumpió Catherine con un gesto nervioso—. Pero, gracias, de todos modos…

—¿Por qué no llevas tú a Morgan? —sugirió Kay y la rapidez de su pregunta reveló cuánto deseaba que sus dos invitados desaparecieran. Se ruborizó un poco cuando Catherine la miró extrañada—. No te desviarás de tu camino —murmuró a la defensiva.

—Eso no era necesario —intervino Morgan, levantándose de la mesa.

De hecho, creo que volveré andando; me vendrá bien el ejercicio.

—No seas tonto —replicó Catherine, intercambiando una mirada frustrada con Kay, mientras se ponía de pie—. Desde luego que me encantará llevarte a tu casa. ¿Dónde vives?

—No quiero molestarte…

—En Bayswater.

Kay proporcionó la información con rapidez, pero fue Morgan el que tuvo la última palabra.

—Preferiría caminar —insistió, retirando la silla de Catherine para que pudiera dirigirse hacia la puerta. Miró a Denzil—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Denzil no se levantó y Catherine adivinó que esa era su manera de retar al invitado. Pero le pareció un desafío infantil y pensó que Kay le dirigía a su marido una rápida mirada de desdén al guiarlos hasta el vestíbulo.

Kay sacó el abrigo de Catherine del guardarropa. La joven observó que Morgan no llevaba nada con qué cubrirse, y no parecía muy preocupado por ello. Ni siquiera cuando la anfitriona abrió la puerta y descubrieron que estaba lloviendo, se mostró inquieto. Se contentó con darle las gracias a Kay por la cena, se despidió de ambas con un educado «buenas noches» y se alejó con paso ligero dejándole a Catherine la tarea de enfrentarse a su amiga a sabiendas de que ya nada sería igual entre ellas.

—Nos vemos mañana —le dijo Kay, mientras Catherine salía la casa.

—Sí. —Catherine contempló la lluvia—. ¡Qué noche tan espantosa!

—Sí, ¿verdad? —Kay hizo un gesto y añadió de pronto— lo siento, Cat.

No sabía… —se encogió de hombros—. Tú me entiendes.

—Olvídalo —le aconsejó Catherine.

—No puedo. —Kay se mordió el labio—. Ya conoces a Denzil ¿no? No habla en serio cuando bebe demasiado.

—Mmm —asintió Catherine—. Gracias por la cena, de modos.

—No me lo agradezcas. Apenas probaste bocado —repuso con tristeza.

—Pues lo que comí me gustó —le aseguró Catherine al bajar la escalera —. Nos vemos mañana.

—Sí, entonces hablaremos. Buenas noches.

—Buenas noches.

Catherine se levantó el cuello del abrigo para protegerse lluvia y se dirigió hacia su coche. Le hubiera gustado conducir dirección opuesta a la que Morgan había tomado; pero, ¿por qué iba a desviarse varios kilómetros para no pasar a su lado? No tenía de qué avergonzarse; ¡se había ofrecido a llevarlo a su casa y la había rechazado! Pensó en el traje inmaculado que llevaba. En ese momento ya no parecería tan inmaculado, reflexionó impaciente. Con ese aguacero se habría convertido en un trapo empapado.

No había avanzado mucho cuando lo descubrió. Caminaba deprisa. En realidad, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, bien podía estar paseando en una tarde de verano. Las personas que encontraba, envueltas en abrigos y cubriéndose con paraguas se volvían para mirarlo con asombro. Tal vez lo consideraban un loco de atar, se dijo Catherine. Y sin duda tenían razón.

A pesar de todo, no podía ignorarlo. Se detuvo al lado de la acera, en un lugar prohibido, para no perder tiempo.

—Sube —le gritó abriéndole la puerta—. No puedes caminar hasta Bayswater con este diluvio. Date prisa, yo te llevaré.

Al principio creyó que se negaría. Aunque se detuvo y la miró, no se acercó a ella y Catherine hubiera deseado ponerse a gritar. Sin

embargo, el estruendo de los cláxones de los coches que la seguían, que indicaban que estaba causando un atasco, lo obligó a reaccionar. Sin decir palabra, Morgan entró en el coche.

—El cinturón de seguridad —le ordenó Catherine al pisar el acelerador y, a pesar de que él le lanzó una mirada poco amistosa, obedeció. Sin embargo, no hizo ningún intento por hablar con ella y la atmósfera del coche cambió de cordial a hostil en el espacio de unos segundos.

Catherine deseó no haber actuado con tanta precipitación. Antes, en el coche, solo olía a su propio perfume; en ese momento todo lo que olía era una mezcla de lana mojada con el aroma masculino de ese hombre…

Se ajustó las gafas, como solía hacerlo cuando se encontraba en situaciones de tensión y preguntó con tono irritado:

—¿Dónde vives exactamente? No conozco bien la zona de Bayswater, así que tendrás que guiarme.

Morgan se desabrochó un botón de la camisa, justo debajo de la corbata, y contestó con tono inexpresivo:

—Yo tampoco conozco Bayswater.

Catherine le lanzó una mirada incrédula. A la luz de las farolas de la calle, podía ver su cabello mojado y las gotas que se deslizaban por el cuello abierto de la camisa. También tenía empapada la chaqueta y podía apostar a que el agua se había colado hasta la piel.

La molestó que la turbara tanto pensar en la piel de Morgan y, para ocultar su desconcierto, replicó en un tono más seco que el estrictamente necesario.

—¡No seas tonto! Tienes que saber dónde vives.

—¿Tengo? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Desde luego —suspiró—. Mira, estás empapado. Cuanto antes te quites esa ropa mojada, mejor.

—De acuerdo.

Morgan se aflojó el nudo de la corbata y, para asombro de la joven, la tiró al suelo… lo mismo que su chaqueta y el fajín de la cintura.

—¡Eh… basta!

Horrorizada, Catherine se aferró con manos temblorosas al volante. No podía creer que alguien pudiera comportarse de esa manera y contempló azorado su torso desnudo. No podía estar haciendo eso se repitió, pero él ya procedía a desabrocharse el cinturón del pantalón; por supuesto, se dijo Catherine, era inútil fingir que no se da cuenta de ello.

—¿Qué te pasa? —preguntó, Morgan mirándola de reojo—. Creí que me habías sugerido que cuanto antes me quitara esta ropa, mejor

—Sabes muy bien a lo que me refería —replicó Catherine molesta —. Por favor, alguien puede verte…

—¿De verdad? —Observó las ventanas empañadas—. Lo dudo Pero aunque así fuera… ¿qué importaría?

—¿Estás loco? —preguntó Catherine.

—Creo que sí.

No era la respuesta que esperaba y Catherine casi chocó contra el coche que estaba delante del suyo.

—No bromees con eso —exclamó cuando se recobró del susto

—¿Quién está bromeando? —respondió y la joven vio que Morgan se estremecía al contacto del aire todavía frío del interior del coche Catherine sacudió la cabeza, intentando concentrarse en el camino no pero no sabía qué hacer, ni qué decir. En retrospectiva, el resto de la velada le pareció una maravilla en comparación con ese momento. ¿Qué intentaba demostrar ese tipo?

—Jermyn Gate mil ochocientos cinco —murmuró Morgan, bruscamente, volando a ponerse la camisa.

—No te entiendo.

—Vivo en Jermyn Gate —repitió.

—¿Y dónde queda eso? —le preguntó Catherine.

—Lo ignaro, al igual que tú —declaró Morgan, temblando cuando la seda mojada hizo contacto con su piel—. En alguna parte d camino - Supongo que podría orientarme de día, pero de noche… —se encogió de hombros de forma expresiva—. Déjame aquí; tomaré un taxi.

Catherine siguió delante. Imaginaba perfectamente lo que pensaría un taxista si veía a un hombre en mangas de camisa en un aguacero. ¡Acabaría en la cárcel! Sabía que no había bebido mucho durante la cena pero ¿a qué otra cosa podría achacarle esa actitud?

—No podía conseguir uno en este estado —le aseguró.

—Entonces, ¿adónde iremos? ¿A tu casa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Solo para que te seques la ropa —replicó Catherine reacia, porque le disgustó el tono cínico de su voz—. No estoy interesada en usted, señor Lynch, si eso es lo que piensa.

—Solo estás interesada en promover las relaciones angloamericanas,

¿verdad? —Se burló con ironía—. ¿Qué sucederá con ese tipo… Héctor? Creo que así se llama. ¿No le molestará que llegue una visita inesperada?

Catherine contuvo el aliento. Nunca se le ocurrió que él pudiera recordar lo que le había dicho a Kay.

—Pues… Héctor es un gato —admitió, contenta de que la oscuridad reinante ocultara su rubor—. Como tú… amigo insistió en aclararte, vivo sola.

—Me parece bien —los ojos de Morgan se oscurecieron—, si eso es lo que quieres.

—No es lo que quiero —replicó Catherine bruscamente—. Además, habría preferido que llamaras a tu chofer en casa de los Sawyer, para que te llevara a tu hogar, donde debería estar cualquier persona cuerda en una noche como esta.

—Entonces, ¿por qué me haces este favor? —preguntó Morgan con tono duro. Puso una mano sobre el volante y la joven creyó durante un segundo aterrador que se proponía estrellar el coche—. ¿No…, tienes miedo de que sea un maníaco? Quiero decir, tú misma dudas de mi cordura.

—Solo me refería a que… a que no es… sensato que alguien camine por las calles en una noche como esta. ¡Podrías coger una neumonía!

Morgan soltó el volante y dejó caer la mano sobre el muslo.

—Tu manera de hablar está plagada de cultismos —declaró con tono irónico—. Apuesto a que, por esa razón, el viejo Denny se esmeraba por complacerte.

«¿El viejo Denny?». Por un momento Catherine no pudo comprender a quién se refería. Luego lo entendió. Denny… ¡Denzil! Por extraño que le pareciera, le encantó aquel apodo. Podía imaginarse cómo reaccionaría Denzil al oír esa despectiva apelación.

—Él dijo… más bien, Kay dijo… que tú y él erais viejos amigos —se aventuró a decir—. Pero no es cierto. Tú… no te pareces a él.

—¿Y tú? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—No. —Catherine se humedeció los labios—. Pero yo te lo he preguntado primero.

—Denny y yo nos conocemos desde hace siglos —declaró Morgan suspirando. Después, mientras miraba por la ventanilla, preguntó—: ¿Cuánto falta para llegar a su apartamento?

—No es un apartamento —titubeó Catherine—. Es un casa pequeña. Y… bueno, no falta mucho; unos quinientos metros.

—Perfecto.

Morgan se pasó la mano por el muslo y, aunque no quería Catherine no pudo evitar observar ese acto. Los largos dedos alisaron la tela, acariciando los fuertes músculos relajados, y para su irritación, la joven sintió que sus sentidos se despertaban. Eso se debía que había pasado demasiado tiempo sin un hombre, se reprendió a sí misma, pero sabía que eso no era del todo cierto. Su sexualidad le perturbaba como nadie lo había hecho antes, ni siquiera Neil…

Decidió aparcar el coche frente a su casa en lugar de en el garaje lo último que deseaba era que uno de los vecinos la viera llegar a su hogar con un hombre que parecía que acababa de saltar de la cama.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Morgan mientras el coche se detenía.

Catherine asintió, empezando a darse cuenta de lo atrevida que había sido.

¿Qué sabía de ese hombre, después de todo? Nada excepto que estaba lo bastante loco como para medio desnudarse en su coche. La excitación que le provocaba no era excusa para invitarlo a entrar en su casa. Al contrario, debía evitarlo.

No obstante, se dijo que ya era tarde para arrepentirse. Allí estaba y ella se había comprometido a secarle la ropa y a llamar a un taxi, al menos. Además, no debía imaginarse que él estaba interesado por ella; simplemente había accedido a acompañarla.

La joven abrió la puerta del vehículo; Morgan la imitó, quedándose en la calle, estudiando la fachada de la casa. Se pasó una mano por el cabello mojado y rodeó el coche, mientras Catherine corría por el sendero del jardín, buscando abrigo.

—Entra —le pidió, mientras encendía la luz del vestíbulo—. ¿No puedes darte prisa? Te estás mojando todavía más.

—Todo tiene un límite —repuso Morgan en broma, introduciéndose en el vestíbulo y empequeñeciéndolo con su presencia—. No te preocupes por mí.

Ya me he mojado antes.

Catherine sacudió la cabeza mientras él se apoyaba contra la puerta, cerrándola. El cerrojo encajó en su lugar, encerrándola con él en esa casa y, por vez primera la joven deseó que Héctor fuera un doberman.

Como si ese pensamiento lo hubiese conocido, Héctor escogió ese instante para salir de la sala. Como había escuchado una voz extraña, con la cabeza alta y el lomo erizado, presentaba un aspecto muy ofensivo. Sin embargo, a pesar de que emitió unos bufidos de protesta, redujo su resistencia a arquear la cola.

—Supongo que este es Héctor, ¿eh? —Comentó Morgan de buen humor, dejando su chaqueta sobre la barandilla y poniéndose en cuclillas para acariciar al animal—. ¡Eh, muchacho! ¿No quieres que seamos amigos?

El gruñido de Héctor la tranquilizó, pues el felino se refugió tras sus piernas, negándose a volverse sociable. Además, cuando lo levantó en brazos, Catherine sintió el latido acelerado de su pequeño corazón y la conmovió la lealtad del minino.

—Un animal desconfiado, ¿verdad? —Observó él con cierto disgusto.

¿Qué es? ¿Persa?

—Sí. —Catherine se sorprendió de que lo hubiera adivinado. Frotó su mejilla contra el fino pelaje de Héctor y luego lo depositó en la sala y cerró la puerta—. Lo he tenido durante dos años y no está acostumbrado a tratar con desconocidos.

—No —admitió Morgan, inclinando la cabeza—. A los gatos no les gusta que otros machos invadan sus dominios. Son animales celosos de

su territorio.

—Pero tú no puedes considerarte un invasor —replicó Catherine, apretando los labios y recogiendo la chaqueta mojada de la barandilla.

—Pero él no lo sabe —se burló Morgan con una sonrisa—. Así que… ¿dónde puedo cambiarme de ropa? ¿Te molestaría si lo hiciera aquí?

—¡En el vestíbulo! ¡Desde luego que no! —Catherine titubeó un momento y después caminó con rapidez hacia la cocina, lanzando la chaqueta sobre la mesa.

Sin embargo, cuando se volvió, descubrió que él estaba justo detrás de ella y se quedó sin aliento al estrellarse contra su pecho. Él también contuvo la respiración y Catherine observó que una ola de rubor le bañaba la cara. Pero se recobró con presteza y se hizo a un lado para permitir que su anfitriona pasara.

—Pre… prefiero que subamos al primer piso —le indicó consciente del contacto duro y firme de sus músculos abdominales bajo su mano. La camisa no era una barrera que le impidiera apreciar su piel y aquel contacto húmedo le recordó que Morgan debía de tener frío.

—Está bien.

Después de lanzarle una ojeada a su chaqueta, Morgan la siguió escaleras arriba. Al pasar por la sala, Catherine escuchó los bufidos de protesta de Héctor, pero los ignoró con determinación. Sabía que el animal, en caso de peligro, no iba a poder ayudarla y quizá impidiera defenderse refugiándose en sus piernas. Su dormitorio jamás le pareció más femenino que cuando Morgan se apoyó en marco de la puerta. Y, a pesar de que había estado casada duran cinco años, se sintió como una solterona. Y Morgan lo adivinaba pensó con impaciencia. Una casita, un gato; todo lo que necesitaba añadir era un canario.

Lo único que dijo fue: «Agradable», mientras Catherine buscaba en el armario algo que pudiera ponerse mientras le secaba la ropa

—El… el… baño está allí —le señaló—. Puedes… tomar un ducha si quieres… De hecho, sería una buena idea. Para… para evitar un resfriado.

—Estás decidida a que coja una gripe —concluyó Morgan, curvando los labios en una sonrisa al tomar la toalla amarilla que tendía—. No soy demasiado frágil, ya sabes. Pero seguiré tu consejo me siento un poco sucio.

—De acuerdo. —Catherine se alejó de su lado para quitarse el abrigo y se sorprendió cuando él la ayudó a hacerlo—. Oh… gracias —se humedeció los labios secos——. Hay más toallas en el estante. Yo… bajaré a sacar a Héctor.

Morgan puso el abrigo sobre la cama y observó su pantalón manchado por la lluvia.

—¿Qué hago con esto?

Catherine tragó saliva y se ajustó las gafas.

—Oh… bájalo cuando termines —le sugirió sin que le agradar la reacción que provocaron sus palabras—. Yo… prepararé un café

—De acuerdo.

Morgan se quitó la corbata y, temerosa de que se desvistiera delante de ella, Catherine se apresuró a bajar. «Me estoy comportando con una ridiculez extraordinaria», se regañó. El cuerpo desnudo de un hombre no era ninguna novedad para ella; sin embargo, su comportamiento era digno de una virgen escandalizada.

De cualquier modo, no pudo evitar imaginárselo tomando un baño. Lo veía enjabonándose con la pastilla con olor a jazmín, lavándose el cabello con su champú perfumado, secándose con sus esponjosas toallas. Tendría que lavarlas, desde luego. No se arriesgaría a usar una toalla que él había utilizado para oler su característica fragancia de hombre…

Capítulo 3

Héctor tardaba demasiado en salir, así que Catherine perdió la paciencia, lo levantó en brazos y lo sacó. Pero de inmediato se arrepintió; estaba permitiendo que su nerviosismo afectara su relación con el gato y podía apostar a que el felino estaría de mal humor cuando entrara en la casa.

La chaqueta de Morgan todavía estaba sobre la mesa, la recogió y la colgó sobre el radiador. No era la manera más adecuada para secar una prenda de tal calidad, pero no le quedaba otra alternativa. Además, a Morgan no le había importado estropearla caminando bajo la lluvia; así que, ¿por qué debía ella preocuparse?

El peso de los bolsillos le advirtió que no estaban vacíos. Titubeó por un instante y luego los vació sobre la mesa. Había una billetera, varias monedas, algunos recibos de pagos y unas llaves, un pañuelo y un pequeño frasco con cápsulas de colores. La tentación de leer la etiqueta le resultó casi irresistible, pero la dominó y volvió a colgar la chaqueta sobre el radiador.

El café estaba listo cuando Morgan entró en la cocina. Se había lavado el cabello, pero no había usado ni peine ni cepillo. Aquella masa oscura y despeinada de pelo le daba un aire de sensualidad. El albornoz le llegaba hasta un poco más abajo de las rodillas y solo descubría un trozo de piel morena a lo largo del pecho. Llevaba en las manos el resto de su ropa.

—Mmm… dame todo eso —le pidió Catherine cuando él se detuvo ante la puerta—. Yo… pues… espero que no te importe. He colgado tu chaqueta sobre el radiador.

—Está bien —replicó él, con cierta sequedad en la voz. Le entregó la camisa, el fajín, el pantalón, los calcetines y una pequeña prenda que ella advirtió era el calzoncillo—. Gracias.

Aunque la ropa estaba mojada, el aroma del cuerpo de su invitado llegó hasta ella y Catherine lo aspiró antes de meter las prendas en la secadora. Pensó en lavarse las manos pero eso resultaría demasiado obvio. Además, el olor que se había adherido a sus dedos no le pareció desagradable. Al contrario, poseía un atractivo perturbador.

—Tomaremos el café en la sala —le ofreció, llenando dos tazas y colocándolas sobre una bandeja—. Ya conoces el camino —añadió al escuchar los maullidos de Héctor exigiendo que le abriera la puerta.

—¿Quieres que lo deje entrar? —preguntó Morgan, pues Catherine tenía las manos ocupadas, y ella suspiró.

—Yo… si no te importa —aceptó maldiciendo en silencio a Héctor por no haberse quedado en el patio. Esperaba que ningún vecino

descubriera a su invitado.

Morgan caminó hasta la puerta y descorrió el cerrojo, al tiempo que Catherine trataba de dominar su resentimiento ante la naturalidad con que él se comportaba. En realidad, pensó, cualquiera que lo viera podría imaginarse perfectamente que se había quedado a vivir con ella. Y aunque era responsable por tenerlo allí, no podía evitar sentir cierto rencor. No deseaba comprometerse con nadie de nuevo, ni siquiera de forma breve.

Morgan cerró la puerta y entró en la sala, seguido por Héctor. Catherine colocó la bandeja sobre una mesa baja y se acomodó en el sillón, para que él pudiera sentarse en el sofá, solo.

Morgan tomó asiento con despreocupación, sin ser consciente de lo que hacía, pero la joven no pudo apartar la mirada de las piernas velludas que dejaba entrever la bata abierta. Después de poner la taza de café a un lado, Catherine cruzó las piernas. Quizá él la imitara, pensó con petulancia, pero se equivocó. Morgan se contentó con beberse su café, sin dejar de mirar a su alrededor.

Catherine advirtió que sus ojos eran como los de Héctor. Hasta ese momento sus largas pestañas lo habían ocultado, pero en ese momento Catherine descubría que no eran de color marrón, como había supuesto, sino de un tono ambarino, muy poco común. «Ojos de felino», decidió soñadora, sopesando la comparación. De hecho, aquel hombre se movía de forma similar a Héctor. Ambos compartían una gracia sinuosa que los mortales menos afortunados envidiaban. Y ambos creían en su propia superioridad, como si se tratara de un don divino, reflexionó con cierto resentimiento, apretando los labios.

—¿He dicho algo desagradable? —preguntó él de pronto y la chica parpadeó.

—No. ¿Por qué?

—Estabas demasiado seria —respondió—. Supongo que no te he dado las gracias por haberme traído aquí.

—No tienes que agradecerme nada —replicó la joven con tono seco. No pudo evitarlo. Le molestaba verlo tan cómodo en su hogar, en su sofá, como si también fuera el dueño de la casa. Y, para rematar las cosas, Héctor, el muy traidor, pensó la joven, saltó al sofá para acurrucarse cerca de ese hombre.

Decidida a dominar las reacciones exageradas que le provocaba aquel intruso, Catherine se decidió a entablar una conversación:

—Creo que trabajas en la embajada también. Debe de ser interesante.

¿Has… trabajado en otros países?

Héctor se acomodó sobre el regazo de Morgan y él le acarició el lomo antes de contestar:

—En algunos —admitió para luego añadir—: Todavía no me has

dicho qué hace un analista. ¿Trabajas en la bolsa de valores?

Catherine apretó los labios. Resultaba obvio que a Morgan no le gustaba hablar de sí mismo. Era la segunda vez que le devolvía la pregunta y, a pesar de su decisión de no comprometerse, la intrigó su hermetismo.

—Me contrató una compañía de seguros —contestó la joven—. Estudio la economía y hago recomendaciones sobre las inversiones. Estoy segura de que te aburriría terriblemente —comentó—. No tiene el encanto del servicio diplomático.

—Yo no soy diplomático —de repente dejó de acariciar el lomo a Héctor.

Aspiró con fuerza y luego continuó:

—Apuesto a que comparas los resultados de las diferentes industrias, ¿verdad? Cuáles proporcionan más ganancias y ese tipo de cosas.

La sorprendió que conociera los detalles de su trabajo, pero se negó a dejarse distraer.

—Exacto —afirmó con la intención de cambiar de tema—. Así que… si no eres diplomático, ¿qué haces? Recuerdo que Kay me comentó que trabajabas en la sección de Denzil.

—Es cierto. —Morgan suspiró pesadamente, mientras observaba que el pelaje de Héctor se electrizaba bajo sus dedos—. Podría afirmarse que soy una especie de perro guardián —añadió y, cuando alzó los ojos hacia el rostro de la joven, Catherine se sintió atrapada por la intensidad de su mirada—. ¿Eso te satisface? ¿O te gustaría saber cómo pasó mis días con todo lujo de detalles?

—No pretendía… es decir… siento que creas que… pretendo entrometerme en lo que no me importa. Me interesa… eso es todo. —Catherine aspiró profundamente para tranquilizarse—. No tenías por qué contestarme.

—¿No? —su rostro se dulcificó un poco, pero su boca esbozó una mueca despectiva—. Y si no te hubiera contestado, no habrías insistido, ¿verdad?

Catherine se frotó la nuca, nerviosa.

—Tú puedes interrogarme, pero yo no, ¿verdad? —preguntó asustada ante su propia audacia, mientras él le sostenía la mirada durante varios segundos antes de sonreír.

—Algo parecido —aceptó y a ella le pareció que en ese momento dirigía su desprecio contra sí mismo—. Digamos que soy un hombre misterioso, ¿de acuerdo?

—¿Como Houdini? —sugirió Catherine con voz un tanto temblorosa por el alivio que sintió; pero Morgan negó con la cabeza.

—Más bien como el Fantasma de la Ópera —la corrigió e hizo una mueca cuando Héctor le clavó las garras en la pierna desnuda. Miró al

gato y luego le preguntó a Catherine en voz baja—: ¿Nunca vas al teatro?

La joven se inclinó para colocar su taza sobre la bandeja.

—Casi nunca —admitió, preguntándose qué pensaría él si le confesara que se había convertido en una reclusa desde que Neil la abandonó—. Yo… no salgo con frecuencia.

—¿Y saldrías si te invitara yo? —preguntó, todavía mirando a Héctor, mientras Catherine contenía el aliento.

—¿Qué? —Musitó tratando de ganar tiempo—. ¿Ir… al teatro… contigo? —sacudió la cabeza, atontada—. ¿Cuándo?

—Cualquier día —respondió Morgan, mirándola con ojos precavidos.

¿Aceptarías?

Catherine tragó saliva. No estaba preparada para esa prueba. Lo último que esperaba era que Morgan Lynch la invitara a salir. Se dijo que ella no era su tipo. «No soy el tipo de nadie, debo reconocerlo», pensó con amargura. En particular no era el tipo de un hombre que pretendía ser el guardián de todos, usaba trajes caros y parecía el sueño hecho realidad de las fantasías sexuales de la mayoría de las mujeres. No podría estar interesado en ella. Si no lo hubiera raptado y casi encarcelado en su casa dudaba que hubieran vuelto a verse, y mucho menos que hubieran salido juntos. Por alguna razón, Morgan sentía que le debía algo. Quizá creía que debía ofrecerle una especie de compensación porque, involuntariamente o no, lo había rescatado de la lluvia. Sí, eso era, pensó la joven. Quizá le tenía lástima, así que no necesitaba su compasión. Era capaz de encontrar a alguien que la sacara a pasear, si alguna vez sentía la necesidad de hacerlo.

Catherine entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Eres muy amable —empezó hablando con cuidado—, pero…

—Prefiero posponerlo —terminó Morgan por ella en un tono irónico y, aunque no había usado las mismas palabras, Catherine asintió.

—Yo… iré a ver si ya se ha secado tu ropa —propuso levantándose.

Tú… tú ya te has acabado el café. No tardo ni un minuto.

En realidad se ausentó durante varios minutos. Pero cuando llegó a la cocina, temblaba como una hoja, incapaz de recobrar la compostura. Si era sincera consigo misma, debía admitir que la atraía la idea de salir con Morgan.

Y no solo se habría negado porque adivinaba que le tenía lástima. También presentía que sería muy peligroso comprometerse con un hombre como él… un hombre que parecía un ángel y que sin duda actuaría como un lobo con piel de oveja. Pero la atraía. No podía negarlo, aunque el riesgo fuera demasiado grande y Morgan Lynch tuviera una capacidad de herirla mucho mayor que la de Neil.

Al fin se dominó lo suficiente para recordar a qué había ido a la cocina.

Tomó aliento y revisó la chaqueta, el fajín y el pantalón. Casi estaban secos, lo mismo que la ropa interior.

Tomó la camisa, acariciándola con los dedos, consciente de la calidad de la seda. Obedeciendo a un impulso, acercó la suave tela a su mejilla y la frotó contra su piel. La sintió deliciosamente sensual y solo cuando sus labios la tocaron, la apartó bruscamente de su cara. ¿Qué estaba haciendo?, se preguntó, asqueada. Solo era una camisa, después de todo.

Dobló la ropa y consultó su reloj. Eran más de las once y media.

Demasiado tarde para alguien que debía levantarse temprano a la mañana siguiente… aunque no tenía intención de decírselo a Morgan.

En realidad, cuando abrió la puerta de la sala, se dio cuenta de que ese problema solo existía en su imaginación. En su ausencia. Morgan se había estirado sobre el sofá y dormía a pierna suelta, con Héctor acurrucado contra su cadera.

Su primer impulso fue dar un portazo y despertarlo. Pero como no era una persona vengativa, examinó su rostro relajado y descubrió restos de fatiga bajo los ojos y una expresión de preocupación que ni siquiera había conseguido borrar el sueño. Parecía… buscó una palabra para describirlo y solo encontró una: indefenso.

Sacó a Héctor del cuarto, cubrió a su huésped con una manta y ya en su propia habitación y en pijama, pensó en una alternativa. Quizá Morgan se desvelaba con frecuencia en Londres. Solo, sin una esposa o novia que lo vigilara, sin duda dormía en una cama diferente cada noche.

Ese pensamiento le provocó un mal sabor de boca y pasó una hora antes de que pudiera conciliar el sueño. Y cuando, con las primeras luces del alba, Héctor fue a calentarle los pies, le dio un puntapié. Después de todo, no le había demostrado que era un buen juez de la naturaleza humana, pensó con resentimiento. Recordó que estuvo dispuesto a cambiar de amo en cuanto se le presentó la primera oportunidad.

Todavía no había amanecido cuando Héctor empezó a maullar. Al principio, Catherine supuso que protestaba porque lo había sacado de la cama; pero cuando descubrió que todavía estaba allí, aunque no en su posición habitual, sino al pie del lecho, con el lomo y la cola erizados de un modo muy agresivo, se preguntó alarmada qué habría podido alterarlo tanto.

—Tranquilo —dijo buscando sus gafas. Se las puso y se sentó. No podía imaginarse qué podría haber provocado el nerviosismo del gato a menos que un ladrón se hubiera metido en la casa a las cinco de la mañana.

Se estaba preguntado si debía encender la luz cuando lo oyó. Por encima de los maullidos del felino, oyó otro sonido, tan estremecedor que se le heló la sangre. Era la voz de un hombre, de eso estaba segura. Sin embargo los ruidos que emitía apenas podían considerarse humanos.

Y entonces recordó quién estaba ocupando su sofá, en el primer piso.

Morgan Lynch. Tragó saliva y encendió la lámpara. ¿Era posible que él hiciera ese ruido? ¡Dios bendito! Tembló de manera incontrolable. ¿Qué clase de persona era? ¿Estaba loco, después de todo?

Pensó en golpear la pared para pedir ayuda, pero los Tolland estaban de vacaciones y no iba a llamar a los Randall. Apenas los conocía y lo poco que sabía de ellos no la alentaba a solicitar su cooperación. Como no podía dejar que Morgan despertara a todo vecindario, se levantó rápidamente.

Héctor saltó del lecho para acompañarla. Su presencia no tranquilizaba a la joven, pero al menos había dejado de maullar. E significaba, sin embargo, que los ruidos del piso inferior se escuchaban con mayor claridad y, sin saber qué esperar, Catherine empezó a descender por la escalera.

Héctor la precedió y la joven trató de seguirlo, aunque sus piernas no estaban muy firmes y, para colmo, recordó que no se había puesto la bata. No era que tuviera frío. Al contrario, sudaba con abundancia, sin embargo…

Por lo menos la puerta de la sala continuaba cerrada. Por un momento le había parecido que Morgan estaba destrozando la casa ahora que se hallaba frente a la puerta principal, suspiró con cierto alivio… Podía coger su abrigo y correr hacia la calle, reflexiono. Había personas que podían ayudarla a unos metros de distancia. Los Scott, por ejemplo. La señora Scott era demasiado chismosa, pero ¿qué podía importar eso cuando se trataba de un caso de vida muerte? ¿Prefería sentirse avergonzada y conservar la vida, o convertirse en un cadáver que mantenía la compostura?

Los horribles sonidos proseguían y ella aspiró profundamente temblorosa. Parecían los gemidos de una plañidera, dedujo tratando de mostrarse racional al respecto. La cadencia ascendía y bajaba a un lamento angustioso, a pesar de que la dureza del tono era más salvaje que triste. Fuera lo que fuese, estaba aterrada y, por primera, deseó tener un arma para defenderse.

Entonces el ruido cesó. De manera brusca, sin una advertencia los sonidos se detuvieron y un silencio tenebroso ocupó su lugar Catherine tragó saliva y llegó a escuchar el eco de su propio corazón. Incluso Héctor dejó de caminar frente a la puerta cerrada y la miró

con ojos acusadores, mientras ella sacudía la cabeza con un gesto de indefensa indignación.

¿Y ahora qué? ¿Qué debía hacer? ¿Meterse de nuevo en la cama y pretender que no había oído nada? Quizá Morgan habría oído ruido que había hecho al bajar la escalera, a pesar de que esa posibilidad le parecía ilógica. En tal caso, no sería prudente meterse en líos… o en una situación peligrosa.

Pero no retrocedió. No importaba lo necesario que le pareciera evitar un enfrentamiento, no podía huir sin enterarse de lo que había sucedido. Esa era su casa, después de todo, se dijo a la defensiva. Él no tenía derecho a comportarse como un lunático escapado de un malcomió. Además, temía que, si subía, el ruido empezara de nuevo. Y no creía tener el valor suficiente como para bajar una segunda vez.

Aferrándose al último gramo de valor que le quedaba en el cuerpo, giró el picaporte de la puerta. Oscuridad. Más allá de la puerta no había ni un solo rayo de luz así que, con mano temblorosa, encendió la lámpara del vestíbulo.

De inmediato se iluminó el interior de la sala y sus ojos se adaptaron a la claridad para descubrir a Morgan en la posición en que lo había dejado. La única diferencia era que la manta estaba en el suelo, pero aparte de eso, no parecía haberse movido.

Se humedeció los labios mientras reflexionaba. ¿Era posible que lo que había escuchado fueran los gritos de una pesadilla? ¿Podría creer que él no se daba cuenta de lo que hacía?

A duras penas. Pero, ¿qué otra solución existía? En ese momento parecía dormir tranquilamente y ella misma se tranquilizó al concluir que podía encontrar una solución razonable a ese problema.

Héctor se había deslizado dentro del cuarto cuando ella abrió la puerta y lo encontró acomodado sobre la manta. Catherine se acercó de puntillas y alzó al animal. Pero, cuando estaba cubriendo a Morgan con la manta, descubrió las gotas de sudor que perlaban su frente y el cabello húmedo que se le pegaba al cuello. Estaba muy pálido e incluso el pecho que dejaba entrever la bata abierta, estaba mojado de sudor.

Catherine solo titubeó un segundo antes de extender la mano y tocarle la frente. La sintió fría y húmeda y la joven miró a su alrededor, desesperada.

Estaba pensando que no hacía frío, al menos no tanto como para provocar síntomas de esa naturaleza cuando de repente se despertó y preguntó:

—¿Qué hora es?

Catherine dio un respiro e incluso Héctor lanzó un bufido indignado.

Después de los horribles gemidos de los últimos quince minutos, la

desconcertaba que Morgan pudiera hablar con voz normal y Catherine solo pudo contemplarlo con muda consternación.

Morgan también la contempló, al principio sin comprender y luego con lento reconocimiento. Se apoyó en un codo y se pasó la palma de la mano por la mejilla. Luego gimió y volvió a hundirse en los cojines.

—Dios mío, supongo que me dormí, ¿verdad?

Catherine asintió. Se llevó una mano al cabello y echó un rápido vistazo al reloj sobre la repisa de la chimenea.

—Son… son las cinco y media —contestó, poniendo la manta delante de ella, como un escudo. Se humedeció los labios—. ¿Te… te sientes bien?

Morgan tomó aliento antes de alzar los ojos y mirarla a través del velo espeso de sus pestañas.

—¿Te he despertado? —preguntó sin responderle.

—Pues… creo que sí —admitió con torpeza y, cuando él emitió otro gemido de protesta y encogió una pierna, de modo que la bata se abrió sobre sus muslos, la joven le echó la manta encima. Pero no con la suficiente rapidez, reconoció, pues el recuerdo de sus piernas velludas se había grabado de forma indeleble en su memoria.

—¿Qué hice? ¿Qué escuchaste? —preguntó con expresión atormentada.

Sin la protección de la manta, Catherine se sintió expuesta a su mirada.

—Pues… no mucho —mintió incapaz de confesarle la verdad—. En realidad, me despertó Héctor. Él, él oye cualquier ruido…

—O hasta un aullido, ¿eh? —continuó Morgan con sequedad. Gimió de nuevo y se frotó la cara con las manos—. Maldición, lo siento. No debí quedarme aquí. ¿Por qué no me despertaste y me echaste a la calle?

—No importa. No te preocupes —dijo incómoda por la reacción de su cuerpo ante la rápida recuperación de ese hombre y la sensualidad que emanaba de él. Incluso en esa situación tan incómoda, no podía evitar ser consciente de Morgan y de las sensaciones que provocaba. Se volvió hacia la puerta y ese movimiento destacó el perfil de sus senos; no por primera vez, deseó que sus pechos fueran pequeños e insignificantes.

—Me iré —anunció Morgan de pronto haciendo a un lado la manta y poniendo los pies en el suelo—. Si me dices dónde está mi ropa…

—No puedes irte así —las palabras se le escaparon antes de que Catherine pudiera evitarlo pero, de cualquier modo, no se retractó. No podía irse en ese estado. Se arriesgaba a contraer una pulmonía y la joven se dijo que su conciencia le exigía hacer lo correcto en esos casos—. Yo… preparé café —propuso dirigiéndose hacia la puerta y mirándolo por encima del hombro.

¿Por… por qué no te das otro baño? Hay suficiente agua caliente.



Capítulo 4

Catherine estaba tratando de estimar las ventajas relativas a escoger Electrónica Micro-Bite en lugar de Industrias Hereward, cuando Kay se detuvo ante su escritorio. Su amiga, que parecía un tanto avergonzada, le ofreció una sonrisa tímida al decir:

—Siento lo que pasó anoche.

Dándose cuenta de que no le estaba prestando la atención que merecía al proyecto, Catherine se ajustó las gafas y miró a Kay.

—¿Qué? —preguntó, esperando que su amiga no le soltara una larga disculpa. Después de haber dormido solamente cuatro horas, no estaba de humor para mostrarse caritativa. Sin embargo, su naturaleza amable la obligó a añadir—: No importa.

—Sí importa. —Kay tenía ganas de hablar y, después de cruzar una rápida mirada a su alrededor, se encaramó sobre el borde del escritorio de Catherine—. Nunca te hubiera invitado de haber sabido que iba a comportarse de esa manera tan desagradable.

—A mí no me sorprende —replicó con tono seco, sorprendida de que Kay criticara a su marido de una manera tan abierta—. Denzil y yo jamás…

—No me refería a Denzil, tonta. —Kay se puso de pie con impaciencia.

Me refería a Morgan, desde luego. Morgan Lynch. De verdad, me sentí fatal cuando le habló de esa forma a Denzil.

—¿No crees que se lo merecía? —preguntó Catherine.

—¿Quién? ¿Denzil? —Y, cuando el silencio de Catherine le dio la respuesta, Kay bufó—: Desde luego que no. Ya sabes cómo es Denzil. Le gusta bromear contigo, eso es todo. No había necesidad de que Morgan saliera en tu defensa, como un caballero andante. ¡Por el amor del cielo, la velada ya era bastante difícil para que él tuviera que empeorarla!

—Entonces… ¿por qué lo invitaste? —preguntó con suavidad, mientras advertía que el rubor teñía las mejillas de su compañera d trabajo.

—Oh… como te expliqué el otro día, es un viejo amigo de Denzil.

—¿Amigo? —Catherine se mostró escéptica.

—De acuerdo. No es un amigo en el sentido exacto de la palabra —titubeó Kay—. De hecho, son primos. Primos lejanos —añadió con rapidez.

Pero la familia es la familia y no puedes escoger a tus parientes, ¿verdad?

—Cierto. —Catherine podría apostar a que Morgan habría pensado

lo mismo que Kay.

—De cualquier modo —continuó Kay a la defensiva—, por lo menos te saqué de tu concha por una noche. Y tienes que admitir que Morgan tiene un físico devastador, ¿no? Es una lástima que…

Se interrumpió de pronto, llevándose una mano al cabello con gesto nervioso. Parecía arrepentirse de esa opinión ambigua. Catherine la dejó creer que podía escaparse durante unos segundos después le preguntó en voz baja:

—Es una lástima que… ¿qué? ¿Qué ibas a decir?

—¿Qué? —Kay se volvió para mirarla con inocencia fingida

—No has terminado la frase —respondió Catherine, molesta—. Acerca de Morgan. ¿Por qué es una lástima?

—Oh… —Kay se humedeció los labios, tratando de ganar tiempo—. ¿Dije eso?

—Sabes muy bien que sí —replicó Catherine sin alterarse.

—Oh, pues… me refería a… que fue una lástima que la velada terminara así —declaró Kay. Fue adquiriendo seguridad a medida que hablaba y, dándose cuenta de que había encontrado un medio de huir, continuó—: ¡Imagínate, volver a su casa caminando bajo la lluvia! Se comporta como un… estúpido —soltó una risita avergonzada y consultó su reloj—. Cielos, ¿tan tarde es? Será mejor que me vaya. No deseo que el señor Hollingsworth me ponga en su lista negra hoy. Denzil me llevará a París este fin de semana y quiero pedirle que me dé el lunes libre —hizo un gesto—. Nos vemos.

—Que te diviertas —le deseó, consciente de que Kay no en sincera con ella. Pero al recordar su propio comportamiento con Morgan, se preguntó sino sería demasiado suspicaz…

Catherine miró la pantalla del ordenador, tratando de encontrar cierta lógica en los valores del mercado, pero solo distinguió un montón de números, y las hojas de balance que había preparado el día anterior tampoco le sirvieron de mucho.

Apoyó los codos sobre el escritorio y se frotó las sienes. Le dolía la cabeza por el esfuerzo de tratar de concentrarse en su trabajo y no apreciaba lo más mínimo esa nueva experiencia.

Desde luego, Morgan Lynch tenía la culpa de todo. Y no solo por mantenerla despierta durante la mayor parte de la noche. Se preguntó qué diría Kay si le hubiera contado lo que sucedió… pero no, no había manera de que pudiera decírselo a nadie. De hecho al recordarlo, estaba tentada a creer que había imaginado todo el episodio. Pero no, ¡era cierto!

Suspiró. Aquel incidente adquiría la calidad de una pesadilla y prefería no pensar en él. Pero le resultaba difícil apartarlo de su mente. Solo tenía que cerrar los ojos para ver las largas pestañas que velaban las pupilas ambarinas de Morgan.

Sacudió la cabeza. Le disgustaba no tener control sobre sus propios pensamientos. Cuando la abandonó Neil, al menos había encontrado cierto consuelo en su trabajo. Pero en ese momento le parecía imposible cumplir con sus obligaciones y, al descubrir que ya era la hora de la comida, comprendió que tendría que dedicar el fin de semana a ponerse al día en su trabajo.

Se levantó de la silla y fue hasta la máquina de café. Apretó los botones convenientes, tomó la taza de plástico y se acercó a la ventana para contemplar la ciudad con expresión preocupada. Como de costumbre, durante la hora de la comida del viernes, la calle estaba atestada de gente. Muchas oficinas cerraban a las dos y los empleados luchaban por llegar a sus casas cuanto antes.

Afortunadamente, ella no tenía ese problema, Bracknell y Asociados continuaban con sus labores hasta las cinco de la tarde, una circunstancia que no había apreciado hasta ese momento.

¿Y por qué lo hacía en ese instante?, se preguntó irritada. ¿Por qué quería quedarse en la oficina cuando sus compañeros apenas podían esperar para iniciar el ansiado fin de semana? ¿Por qué insistía en atarse a un escritorio cuando era lo bastante afortunada como para tener una casa cómoda donde refugiarse?

La respuesta, lo sabía, estaba relacionada con Morgan Lynch y le resultó insoportable que ese hombre ejerciera ese efecto tan ridículo sobre su vida. No podía acusarlo de haber invadido su hogar, pero sí de destruir su paz y su tranquilidad.

Y no solo la preocupaba su estado de ánimo. Antes de salir es mañana, se había propuesto borrar, de manera sistemática, cualquier rastro de la presencia de Morgan hasta el punto de que tiró a la basura medio frasco de champú solamente porque él lo había usado. Luego le escribió una nota a la señora que le limpiaba la casa, pidiéndole que llevara a la tintorería la manta que le había prestado. Su deseo de librarse de cualquier detalle que le recordara a ese hombre rayaba en la paranoia y eso la turbaba.

¿Por qué?, se preguntó frustrada. ¿Qué le había hecho? Si ni siquiera la había tocado…

Suspiró temblorosa. Ni siquiera había tenido que hacerlo, reacciono con amargura. No requirió de su participación para ser consciente de él, de un modo por completo diferente a la inmadura atracción que le había inspirado Neil. Le había bastado con mirar para comprender lo poco satisfactoria que había sido la relación que sostuvo con Neil. Y ese reconocimiento también contribuyó mucho a su depresión.

Desde luego, Morgan no sabía nada de ese asunto, se dijo Catherine a manera de consuelo. Por lo menos, eso esperaba. Era seguro que él no podía haberse imaginado una doble intención detrás de la invitación a tomarse una taza de café, después de que tomase un

segundo baño. Una taza de café que él no aceptó, según recordó Catherine con inquietud. Se presentó vestido con menos perfección que la noche anterior, con la sombra de una barba en las mejilla pero listo para irse. Y aparte de que usó su teléfono para pedir un taxi, se comportó como antes… con educación e indiferencia.

Quizá por esa razón seguía pensando en él, se dijo con firmeza. No lo encontraba tan atractivo, después de todo. Más bien la perturbaba su… su naturaleza imprevisible. Y también la preocupaba por que no era lo que parecía.

¿Qué parecía? Catherine reprimió un gemido. De verdad estaba afectada.

Morgan Lynch era lo que parecía, ni más ni menos; apuesto, bastante rico, con un trabajo seguro, aunque poco excitante en la embajada norteamericana. Y muy independiente. No tenía que preocuparse por él.

Su madre la llamó tan pronto como llegó a su casa. Catherine acababa de quitarse el abrigo, cuando sonó el teléfono y de inmediato volvió a inquietarse.

Intentó adivinar quién podría llamarla y se mostró reacia a levantar el auricular.

—¿Catherine? ¿Eres tú, querida? ¿Has estado corriendo?

—Sí y no. —Catherine se esforzó por controlar su respiración—. Acabo de llegar y… el teléfono me ha sobresaltado.

—Oh, ya entiendo.

—Por lo general no me llamas a esta hora —explicó.

—No —parecía más tranquila—. Quería confirmar qué día me visitarás. ¿Será el sábado o el domingo? Quiero decir, si por mí fuera, podrías venirte hoy mismo, pasar el fin de semana conmigo y descansar, pero sé que no dejarás a ese felino, ¿verdad?

Catherine tragó saliva. Se olvidó por completo de que le había prometido a su madre ir a Oakley y, con la cantidad de trabajo que se había llevado a casa, no tenía tiempo. Además, lo último que necesitaba era una conversación íntima con su madre.

—¿Catherine?

—En realidad… yo… no lo había pensado.

—¿Pensado que? ¿Cuándo llegarás?

—No. No creo que pueda ir —titubeó la joven.

—¡Pero dijiste que lo harías! —la señora Lambert parecía herida y Catherine se sintió mal. Después de todo, su madre no tenía la culpa de que Morgan Lynch le hubiera impedido concentrarse en su tarea.

—Yo… tengo mucho trabajo —admitió avergonzada—. Le prometí a John que le prepararía unos informes para que los presentara el lunes por la mañana y ni siquiera voy por la mitad… —hizo una pausa —. Tendré que trabajar en casa. La señora Lambert contuvo el aliento.

—¿Así que vas a pasarte todo el fin de semana delante del ordenador?

Pues no te creo —dijo su madre irritada—. No estuviste demasiado ocupada para ir a cenar con los Sawyer, ¿verdad? No recuerdo que esa noche te preocuparan mucho tus informes. No, estabas feliz por darle gusto a tus amigos, pero cuando se trata de tu madre…

—Está bien. Está bien. Iré.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. —Catherine reflexionó durante unos segundos.

Llegaré el domingo, a la hora de la comida, si no tienes inconveniente. Así tendré la mañana para trabajar.

—¿Entonces estás muy ocupada?

—No te he mentido, mamá —replicó Catherine controlando su propia irritación. En circunstancias normales hubiera acabado el trabajo en unas horas, pero esas no eran circunstancias normales, ignoraba cuánto tiempo necesitaría para terminarlo.

—De acuerdo —su madre titubeó por un instante y Catherine se dispuso a despedirse. Justo entonces, como obligada por una fuerza irresistible, la señora Lambert preguntó—: ¿Pasaste… pasaste una velada agradable con Kay y Denzil?

«En otras palabras ¿cómo es el amigo de Denzil?», tradujo Catherine con impaciencia. Esa era la razón por la que su madre telefoneaba.

—Bastante agradable —contestó—. El ama de llaves preparó una cena deliciosa. Tengo que pedirle la receta. Estoy segura de que te encantará.

—Yo también —sentenció la señora Lambert con tono seco. Supongo que no sucedió nada más interesante…

—No —replicó conteniéndose—, nada interesante.

—Y… ¿el amigo de Denzil? ¿Cómo se llama? ¿Cómo es?

—No volveré a verlo, si a eso te refieres —anunció la joven, manteniendo un tranquilo tono de voz, con gran esfuerzo—. Te veré el domingo, mamá.

¡Adiós!

Colgó antes de que la señora Lambert pudiera agregar al más, pero después experimentó el habitual sentimiento de culpa por su falta de paciencia.

Después de todo, su madre solo se comportaba… como todos los padres. Quería que su hija fuera feliz, problema residía en que su idea de la felicidad y la de su hija concordaban.

Catherine pasó esa tarde viendo la televisión. Sabía que no va la pena torturar su cerebro con cifras y prefirió distraerse con una serie de programas cómicos.

Esa noche durmió mal y al despertar no se sentía más atraída hacia

su trabajo que el día anterior. Pero al menos no llovía y un sol tímido se filtraba por las ventanas de la cocina.

Dejó que Héctor saliera al jardín, se preparó una taza de café se puso a leer el periódico. Estaba concentrada en la historia de un miembro del Parlamento, acusado de divulgar información de la bolsa de valores, cuando sonó el timbre. Un vistazo al reloj de la cocina indicó que todavía no eran las nueve de la mañana. Imaginando que se trataría del cartero, fue hacia la puerta.

No le importó el hecho que no estuviera vestida. Estaba segura de que el cartero había visto cosas peores que el kimono que la tía Agnes le había comprado en Tokio. Hacía cinco años que lo usaba, por lo menos, pero era cómodo y ella no esperaba visitas. A menos que su madre…

Pero cuando abrió la puerta, no se encontró con el cartero, ni tampoco con su madre.

—Hola —la saludó Morgan, recorriéndola con sus pupilas ambarinas.

¿Te he despertado?

—¿Qué? —por un momento Catherine se quedó demasiado asombrada para asimilar esas palabras. Luego…—. Oh, no… yo… no, no. Estaba en la cocina.

—Muy bien. —Morgan inclinó la cabeza—. Adiviné que te levantabas temprano.

—¿Ah, sí? —Catherine no estaba segura de apreciar ese comentario.

—Sí. —Morgan contempló el interior de la casa con la evidente intención de entrar en ella—. ¿Me permites pasar?

Catherine se ajustó las gafas y carraspeó:

—Pues… sí. Sí, supongo que sí —se hizo a un lado de forma automática, a pesar de que su instinto le ordenaba que se negara a admitirlo en su casa. Era consciente de su vulnerabilidad, expuesta a las miradas del vecindario; cuando la señora Scott salió a recoger la leche, Catherine retrocedió para ocultarse en el interior de su casa—. Yo… estaba tomando una taza de café —se esforzó por hablar con naturalidad y agregó con educación—: ¿Quieres una?

—¿Café? —preguntó Morgan, introduciéndose en el vestíbulo.

Preferiría un té.

Catherine frunció el ceño mientras cerraba la puerta.

—¿No te gusta mi café? —preguntó con tono frío, y el rostro de Morgan se iluminó con una sonrisa irresistible.

—Digamos que tiene un sabor indescriptible —replicó con diversión y después acalló cualquier réplica de la joven, inclinándose para acariciar a Héctor—. ¿Cómo estás, gatito? ¿No te han presentado a ninguna gatita sensual últimamente?

Catherine se ruborizó mientras se dirigía hacia la cocina. ¿Quién se creía que era ese tipo?, se preguntó. Se presentaba a una hora intempestiva y hacia comentarios sarcásticos acerca de su café. Para colmo la avergonzaba con su comentario a Héctor. No sabía como podía permitirle hacerle esas cosas.

Sin embargo, mientras llenaba de agua la tetera, tuvo que admitir que de nuevo estaba exagerando. En ese instante, Morgan se detuvo ante la puerta, con Héctor en brazos. «Animal traidor», pensó la joven indignada. Nunca se había comportado tan tiernamente con ningún desconocido.

—Parece que no estás muy contenta de verme —comentó Morgan después de un momento, dejando al gato en el suelo—. ¿Quieres que me vaya?

Catherine lo miró azorada.

—No…, no he dicho eso —protestó, consciente de que debía de parecerle una solterona amargada.

—Con tu actitud basta —replicó Morgan, levantando una ceja—. No te molestes con el té. No tengo sed. Solo he venido… a darte la gracias, supongo.

No tienes que ofrecerme nada. Me iré ahora mismo.

—No, yo… —Catherine extendió una mano hacia él, pero la retiró cuando Morgan se volvió para mirarla—. Por favor… quédate y tómate una taza de té.

No quería comportarme con tan poca consideración.

Lo observó mientras atravesaba la cocina y se puso tensa cuando Morgan apoyó la cadera sobre el borde de la mesa, a menos de un metro de distancia de donde ella estaba. Pero, por absurdo que pareciera, no quería que se marchara y se estremeció mientras él la recorría con la mirada.

—¡Con tan poca consideración! —exclamó con suavidad—. Hacía siglos que no oía esa expresión. Y yo jamás habría podido inspirarla. ¿Cómo podría negarme a complacerte?

Catherine dejó que su aliento escapara poco a poco. Era muy consciente de la presencia de ese hombre, con los brazos cruzado sobre el pecho y la cazadora abierta revelando una camisa vieja desabrochada. ¿Qué le estaba sucediendo?, se reprendió con severidad, descansando las palmas sudorosas de las manos en el frío acero del fregadero.

—¿Quién cuida el jardín? —preguntó Morgan de pronto; la corriente de aire que Catherine sintió en la nuca le advirtió que estaba detrás de ella.

—Yo —respondió Catherine con tono cortante—. No cuento con ayuda de nadie y el jardín es demasiado pequeño para que contratar a un profesional.

—Estoy de acuerdo —dijo Morgan sin moverse de su sitio—. Así que trabajas en el centro de Londres, cuidas el jardín y a nuestro aristocrático amigo el felino y… ¿qué más haces?

Catherine tragó saliva y se deslizó hacia un lado, para que él no pudiera colocarse detrás de ella.

—Oh… cosas sin importancia —replicó, deseando que la tetera se pusiera a hervir, para que de esa forma tuviera que ocuparse en algo —. Leo, veo televisión y… me gusta el teatro.

—¿Y qué hay respecto a los hombres? —preguntó Morgan, mirándola por el rabillo del ojo—. Supongo que no existen en tu vida, ¿verdad?

Catherine no comprendió por qué, pero la irritó esa afirmación.

—¿Por… por qué piensas eso? —tartamudeó, dándose cuenta de que tenía que haberse puesto los zapatos antes de ir abrir la puerta—. Apuesto a que crees que Kay y Denzil solo me invitaron a cenar porque me tienen lástima.

—¿Quieres que volvamos a recordar esa velada? —preguntó Morgan frunciendo el ceño, endureciendo su expresión, pero Catherine estaba demasiado molesta para advertir esa reacción.

—No soy una vieja solitaria —declaró temblando de indignación—. Si vivo sola es porque quiero, no porque ningún hombre con sangre en las venas no haya solicitado mi compañía. Por extraño que te parezca, me gusta mi vida, gracias. Y no necesito la clase de estímulo sexual que la mayoría de los hombres considera indispensable.

—¡Eh! —Morgan la sujetó del brazo y la obligó a volverse para mirarla a los ojos—. ¿Qué es lo que has dicho, por el amor de Dios? —sus ojos color ámbar refulgían por la ira—. ¿Acaso te sugerí que eras vieja o que te agobiaba la soledad?

—No, pero…

Catherine hizo un intento inútil por librarse de la mano que le apretaba el brazo y luego se quedó rígida. Decidió con firmeza que no se comportaría como una mojigata indignada. Era una mujer madura e independiente y no se prestaría a esos juegos. Además, comprendía que en cualquier tipo de prueba de fuerza, él ganaría y no tenía intenciones de luchar para probar su punto de vista.

—¿Qué te sucede? —preguntó Morgan con dureza y ella se preguntó si no se daría cuenta de que le estaba haciendo daño. Sus dedos le apretaban el antebrazo y sentía que sus músculos empezaban a insensibilizarse—. Solo intentaba averiguar si había alguien más… otro hombre —añadió con un gesto de desprecio que bien pudo haber estado dirigido a ella o a sí mismo—. ¿Por qué piensas que te estoy agrediendo? ¡Eres una mujer hermosa, por el amor del cielo! Y supongo que tampoco necesitas que te lo recuerde.

«¡Una mujer hermosa!». Catherine abrió la boca para negar y la

cerró de nuevo. Sin embargo, sabía que no era hermosa y se dijo que él debía de saberlo también. Solo pretendía desarmarla. No obstante, no le daría la satisfacción de discutir. Le demostraría lo poco que le importaba pasando por alto ese cumplido.

—¿Puedes soltarme? —preguntó con tono frío, y como si acabara de darse cuenta en ese mismo instante de que le estaba haciendo daño, Morgan dejó caer la mano.

—Lo siento —musitó, observando que ella retrocedía mientras se frotaba el brazo. Se pasó una mano por el cabello y la joven advirtió que temblaba un poco. Después, rodeó la mesa—. Me voy.

Esa vez Catherine no intentó detenerlo pero, nada más escuchar que la puerta se cerraba tras él, corrió a la sala para espiar por detrás de las cortinas.

Descubrió que el Mercedes gris, aparcado ante su casa, al que no había prestado ninguna atención antes, era de Morgan. Mientras lo observaba, Morgan puso el motor en marcha y se alejó. «Gracias al cielo», pensó Catherine. Después de lo sucedido, dudaba que regresara.

Capítulo 5

Descubrió los ramos de flores cuando llegó a su casa el lunes por la tarde.

Pensó que debería de haberlas recibido la señora Holland, que se encargaba de hacer la limpieza en su hogar. Las puso en el fregadero de la cocina para que no se marchitaran.

Catherine no tenía ni idea de lo que la empleada podría haber pensado.

No solía recibir extravagantes ramos de rosas y, considerando la época del año, sin duda debieron de haber costado una fortuna. Por lo menos había cien libras esterlinas en flores desbordándose en el fregadero, invadiendo la casa con un perfume de mañana primaveral.

No llevaban tarjeta. Tan pronto como Catherine dio de comer a Héctor, buscó el pequeño rectángulo de papel que le indicara de quién procedían. Pero, por supuesto, conocía la identidad del remitente. Pensó que Morgan lograba vencerla de nuevo, dejándola casi segura de que había acertado al sospechar de él… aunque sin poder comprobarlo.

Eran muy hermosas, pensó mientras acariciaba los pétalos de una delicada orquídea. Rosas, lilas, tulipanes, claveles… Se preguntó dónde las habrían cultivado. No en Fulham, de eso estaba segura.

Sintió un enorme alivio al quitarse la ropa de trabajo y los zapatos de tacón alto. Decidió que se bañaría después; solo se quitó el maquillaje y se lavó la cara, poniéndose un pantalón y una sudadera. No era consciente de ello pero, con aquella ropa informal y sin maquillaje, parecía una joven de diecinueve años.

Sin embargo, a Catherine le parecía que tenía treinta cuando bajó la escalera. No había tenido un buen día, pensó, volviendo a la cocina para enfrentarse a aquella cantidad agobiante de flores. «El fin de semana ha sido desastroso», se dijo en silencio. Empezó mal con la llegada de Morgan el sábado por la mañana, y empeoró a medida que el tiempo fue pasando. Ni siquiera las flores con su evidente belleza, pudieron borrar la depresión que la invadí desde que Morgan saliera de su casa. Ella deseó que se marchara, por supuesto. Pero era un hecho que su partida había significado el principio de esa depresión que todavía la acosaba.

Su estado de ánimo no la ayudó a concentrarse, ni tampoco e viaje a Oakley para visitar a su madre. La señora Lambert se mostró más interesada en la velada que pasó con los Sawyer que en el trabajo de su hija y, cuando Catherine mencionó que tenía trabajo pendiente su madre puso los puntos sobre las íes de inmediato.

—Te lo he repetido muchas veces, Catherine —la regañó, sacando la comida preparada del horno. A la señora Lambert le desagradaba cocinar y, desde que Catherine se casó nunca más había cocinado, ni siquiera en domingo —. Has convertido tu trabajo en la parte más importante de tu vida y eso me parece estúpido. Cielos, yo gozó de mi independencia económica como cualquier persona sensata pero jamás se me ocurriría traerme mi trabajo pendiente a casa. Hay un lugar para cada cosa y cada cosa tiene su lugar, como decía tu abuelo. Necesitas un hombre, Catherine. Puedes negarlo, pero le necesitas.

Esperando cambiar de tema, Catherine se levantó para sacar los platos que habían estado calentándose en el horno.

—Esto tiene un aspecto magnífico —comentó, examinando una mezcla de arroz y pescado—. ¿Qué es?

—Salmón —replicó su madre con tono cortante, disgustada porque Catherine se negaba a hablar de su vida privada—. Supongo que no te gustará.

Nada de lo que hago te gusta.

—Mamá… —suspiró Catherine.

—Pues es verdad —cualquier esperanza de evitar una discusión desapareció cuando la señora Lambert se lanzó a su tema favorito—. Jamás escuchas mis consejos y, cuando demuestro un interés perfectamente natural por tus asuntos, te cierras como una ostra.

—No me cierro —protestó Catherine con cansancio, pero su madre prosiguió inmutable.

—Claro que sí —insistió—. Pongamos por ejemplo el jueves pasado. Me dices que no puedo visitarte porque vas a cenar con los Sawyer pero, cuando te pregunto cómo has pasado la velada, todo lo que me respondes es que el ama de casa de Kay preparó una cena deliciosa.

—Pues lo hizo.

—De acuerdo. Pero, ¿no te parece un poco extraño? Me refiero a que pasas varias horas con los Sawyer y con el hombre al que invitaron para que te conociera…

—¡Te equivocas, no fue así!

—¡… Y todo lo que oigo es la descripción de un plato de comida!

—¿Qué quieres que te diga? —suspiró Catherine de nuevo.

—Quiero que me describas lo que sucedió, desde luego —replicó su madre—. Me gustaría saber cómo es ese hombre, para empezar. ¿Por qué no te cayó bien? ¿Y tú si le gustaste?

—¡Oh, Dios! —Catherine se hundió en la silla y se pasó los dedos por el cabello—. Ya te lo expliqué. No se trataba de esa clase de invitación. Kay necesitaba a alguien para formar un cuarteto y yo le hice el favor de aceptar su invitación. Fin de la historia.

La señora Lambert la estudió durante varios segundos y, cuando Catherine ya se estaba preguntando si su madre había añadido la

lectura del pensamiento a sus otros talentos, se inclinó para llevarse el tenedor a la boca.

—Pues, creo que estás desperdiciando tu vida —decidió y esas palabras tranquilizaron un poco a su hija—. No es lo mismo que si Neil hubiera muerto; entonces tendrías la excusa de soportar una pena muy grande. Ese hombre te abandonó, Catherine. Se divierte con esa loca con quien se casó, mientras que tú no haces más que lamentarte y lamerte las heridas.

—Estás exagerando —a Catherine la sorprendió que las palabras de su madre no la afectaran más. Hacía tan solo unos días, recordar la infidelidad de Neil le hubiera resultado doloroso. Pero en ese momento, ya no. Solo sentía un rastro de amargura por haber desperdiciado los años que habían vivido juntos.

Debería haberse dado cuenta mucho antes del egoísmo de Neil y del fracaso de su matrimonio.

—De cualquier modo —continuó su madre—, creo que ya sabes a lo que me refiero. Por esa razón te invitaron los Sawyer. Kay no está resignada a verte convertida en una ermitaña e invitó a ese hombre con la esperanza de que lo conquistaras.

—No fue así —exclamó Catherine alzando la voz con frustración— por el amor de Dios, mamá, es de todos conocido que hombres y mujeres asisten a reuniones sociales sin que sientan la urgencia de encontrar marido.

Pero ese no fue el fin de la discusión. Mientras Catherine hacia un esfuerzo tenaz por terminar su comida, la señora Lambert intentó rebatir su argumento, y al menos olvidó sus preguntas acerca de Morgan.

De cualquier modo, su nerviosismo no terminó al volver a su casa y la acompañó durante todo ese lunes. En ese momento trató de aliviar su tensión arreglando las flores. Tuvo que usar todos si floreros e incluso una tetera para poner las flores. Héctor contemplo con escepticismo un tazón que colocó sobre la mesa, repleto de rosas.

—Bueno —refunfuñó la joven a la defensiva—, no me niegues que alegran la casa. Y no puedo devolverlas porque no sé quién las envió —frunció el ceño—. ¿Por qué crees que lo hizo? ¿Qué trata de demostrar con ello?

Héctor no contestó; simplemente se frotó contra las piernas de su ama para demostrar su afecto. «Amistad», se contestó Catherine con sequedad, recordando la perfidia que el gato algunas veces le demostraba.

Se preparó una tortilla y una ensalada y pasó el resto de la velad esperando que el teléfono sonara. «O el timbre de la puerta», pensó en silencio sin apresurarse a cambiarse de ropa. No le importaba lo que él pensara de su atuendo; no iba a vestirse y maquillarse solo porque

quizá la visitara. Deseaba que Morgan no hubiera empezado todo de nuevo, enviándole flores. Antes, su depresión nacía de un sentimiento de culpa. Una culpa que podía dominar. Los compromisos emocionales, por otra parte, los consideraba veneno.

El teléfono sonó mientras Catherine se bañaba a la mañana siguiente.

Frustrada, cerró con rapidez el grifo de la ducha, tomó un toalla y corrió, mojando la alfombra, hasta el dormitorio. La posibilidad de que Morgan la llamara a esa hora de la mañana jamás se le había pasado por la cabeza.

—¿Señorita Lambert? ¿Catherine? —la voz masculina la sorprendió hasta tal punto, que por un momento no respondió—. He acertado con el número,

¿verdad?

—Sí —repuso Catherine cuando recobró la voz—. Hola… señor Lynch.

—Exacto. Soy el señor Lynch —aceptó con tono seco—. Espero no haber interrumpido algo interesante.

—¿Cómo qué? —Catherine se puso de inmediato a la defensiva y escuchó una risa traviesa.

—¡Eh! ¿Cómo voy a saberlo? —exclamó—. Puedes haber organizado una orgía en tu casa… aunque no sugiero nada.

Catherine sintió que una sonrisa distendía sus labios, a pesar de sí misma.

—Me estaba bañando, si quiere saberlo —le informó manteniendo un tono de voz indiferente—. ¿En qué… en qué puedo ayudarlo?

—Vaya, esa sí que es una buena pregunta —replicó y, aun sin verlo, la joven se imaginó la sardónica expresión de Morgan—. Sabes, quizá me lleve un poco de tiempo contestar con sinceridad.

—¿Qué quiere, señor Lynch? —preguntó Catherine, conteniendo el aliento—. No tengo tiempo que perder. Le recuerdo que debo ir a la oficina.

—Oh, señorita Lambert, no he olvidado nada acerca de usted, créame —se burló Morgan imitando su trato formal—. Empieza a las nueve, ¿no es cierto?

Eso le da… —hizo una pausa y ella supuso que estaba consultando su reloj—… otros treinta y cinco minutos antes de que deba salir de su casa.

—Pensé que no conocía las distancias de la ciudad de Londres.

—No las conozco —aceptó Morgan sin alterarse—, pero consulté a un experto.

—¿No lo habrás consultado a Denzil?

—Acertaste.

—¡Oh, Dios! —Catherine soltó un suspiro de impaciencia—. ¿Para

qué lo consultaste? —preguntó consciente de que a Kay no iba a escapársele un detalle tan importante. «¡Como si la curiosidad malsana de su madre no fuera suficiente!».

—No lo consulté —la corrigió Morgan—. Tú dijiste: «¡No le habrás consultado a Denzil!» y yo repliqué: «Acertaste».

—Te encanta confundirme —exclamó Catherine y su irritación por esa táctica superó a su alivio al saber que no había involucrado a Denzil.

—No soy yo el que comete errores aquí —protestó con suavidad solo porque no entiendes el ingles cotidiano…

—¿Asi es como llaman a esa jerga que hablas? —se burló Catherine —. Yo lo catalogaría de «indescriptible», como el café que preparo.

—¿De veras? —Morgan parecía titubear—. Tengo la impresión de que no has olvidado nada de lo que he dicho últimamente

—No te vanaglories —le aconsejó Catherine, consciente de que se le estaba poniendo la carne de gallina y no solo porque sentía frío—. Y si la única razón por la que me has llamado ha sido para informarme de cuánto tardo en llegar a mi oficina, ¿te importaría que continuáramos en otra ocasión?

—¿Eso significa que quieres verme de nuevo? —preguntó Morgan con un tono profundo que conmovió a Catherine, aunque lucho por permanecer serena.

—Eso significa que si no me doy prisa, llegaré tarde —contestó aferrándose a la toalla—. Realmente, no creo que merezca la pena.

—¿Recibiste mis flores? —la interrumpió bruscamente, y Catherine sintió que se le doblaban las rodillas.

—Yo… recibí unas flores —admitió, apoyándose contra el costado de la cama—. Como no traían tarjeta, no sé quién me las envió.

—Ah.

Morgan guardó silencio por un momento, reacio a obligarla a hacer una concesión, así que Catherine agregó con tono seco:

—Me parecieron… me parecen… hermosísimas. Pero no debiste molestarte.

—¿Por qué no? ¿No te gustaron?

—No es eso… —explicó Catherine con cierta indecisión—. Quiero decir… no debiste gastarte tanto dinero en mí.

—¿Eso es lo que piensas de las rosas? —la voz de Morgan adquirió un tono cínico y Catherine recordó otras cosas, no siempre comprensibles, que él le había dicho.

—No —respondió ella—. Pero… en fin… deben de haber sido muy caras.

—El precio siempre es relativo —repuso Morgan sin titubear—. Como analista de inversiones, deberías saberlo.

—Eso no cambia el hecho de que…

—No las quieres, ¿verdad?

Catherine negó con la cabeza y se dejó caer sobre la cama. Se puso las gafas y tomó aliento. En ese momento tenía la oportunidad de decirle que tenía razón, que no las quería y que, con su consentimiento, las enviaría al hospital más cercano. Pero no lo hizo. Y tampoco quería hacerlo. Pero eso no implicaba que debía comprometerse más de lo que ya estaba.

—Mira —empezó a decir, escogiendo con cautela sus palabras—, ninguna mujer admitiría, estando en su sano juicio, que no le gustan esas flores.

Como te dije antes… ¡son preciosas! Lo que quiero decirte es que…

—Come conmigo —la interrumpió Morgan, con otro de sus caprichosos cambios de humor y Catherine contempló el teléfono desconcertada. Volvía a intentarlo una vez más y, aunque sabía cuál sería su respuesta, no le resultó fácil articularla.

—Yo… solo me dan una hora para comer —se excusó, preguntándose por qué estaba buscando una disculpa. Todo lo que debía contestar era «no». Tan simple como eso.

—Está bien —antes de que pudiera añadir algo más, Morgan aceptó esa afirmación como válida—. Supongo que tendremos tiempo suficiente. ¿Te parece bien a la una y media?

Catherine estuvo a punto de preguntarle: «¿Tiempo suficiente para qué?» pero sus ojos se clavaron en el reloj, al lado de la cama y, la sorpresa la obligó a entrar en acción.

—Tengo que irme —anunció y colgó el auricular, poniendo punto final a la conversación.

Desde luego, durante todo el trayecto a su trabajo en el metro, se preocupó por lo que había hecho. Se dijo que debería haber dicho que no y después colgar sin temer una recriminación. En lugar de ello, se había comportado como un conejo asustado y no le había dado una respuesta a Morgan.

«¡Oh, no tiene importancia!», pensó irritada mientras entraba en el edificio de Bracknell y Asociados. Morgan Lynch la encontraba divertida pues comprendía que, a pesar de su divorcio, no estaba acostumbrada a esa clase de trampas sofisticadas. No estaba muy sorprendida de que Héctor no se hubiera opuesto a la presencia de ese intruso. Con toda probabilidad había reconocido a un alma gemela, reflexionó con cierto resentimiento. Dos depredadores que gozaban martirizando a su víctima antes de destruirla.

«¿Destruirla?».

Como de costumbre, se dijo que estaba exagerando. Estaba permitiendo que la atracción que ese hombre ejercía sobre ella dramatizara la situación, y el hecho de que no supiera cómo controlar sus propias emociones no justificaba que la irritabilidad dominara a la

razón.

Con esa solución en mente, Catherine se puso a trabajar con renovado entusiasmo. Dudaba que alguna vez volviera a tener noticias de Morgan.

Además, ignoraba dónde trabajaba.

Vio a Kay un instante durante la mañana. Catherine salía del servicio y encontró a su compañera lavándose las manos en el lavabo. Tuvo la impresión de que Kay se inquietaba por un instante al verla pero pronto recobró la compostura y la saludó con desenfado:

—¿Me echaste de menos ayer?

—¿Echarte de menos? —Catherine frunció el ceño, cerrando el grifo del lavabo.

—Es evidente que no —declaró encendiendo el secador automático.

Para tu información, pasamos un fin de semana maravilloso.

—¡Oh, sí! Fuiste a París —había tenido tanto en qué pensar que se olvidó por completo de lo que Kay le había dicho.

—Exacto —exclamó su amiga—. ¡Oh, Cat, no te imaginas excitante que es esa ciudad! Deberías habernos acompañado.

Catherine logró hacer un gesto de envidia, se secó las manos no pudo imaginarse algo menos excitante que viajar a París o Denzil Sawyer. Sin embargo, escuchó con atención la extravagante descripción de los restaurantes que Kay visitó y la ropa que compro. Al fin pudo deslizarse hasta la puerta.

—¿Tú tuviste un buen fin de semana? —le preguntó Kay cuando Catherine iba a darle una excusa para escapar. Soltó un profundo suspiro.

—Oh… como de costumbre —murmuró sin desear enredarse en una relación de sus actividades—. Yo… fui a Oakley el domingo. Eso es todo.

Kay asintió con una sonrisa burlona y Catherine se regañó por ser tan susceptible.

La mañana pasó con una rapidez sorprendente. De alguna manera, después de la conversación con Kay, Catherine logró concentrarse y solo cuando la oficina empezó a quedarse vacía, ya que los empleados se retiraban para comer, se dio cuenta de que había utilizado su hostilidad hacia Denzil para apartar de su mente otros pensamientos inquietantes.

—¿Vienes a tomar una copa con nosotros, Cath? —le pregunto Melvin Scott, uno de sus colegas, deteniéndose ante su escritorio. Mientras ella lo miraba, titubeante.

—Oh, yo… no sé —murmuró con los nervios de punta, ya que temía que quizá Morgan estuviera esperándola afuera. No era muy probable, en realidad lo consideraba casi imposible… pero se resistía a salir del edificio.

—¿Por qué no? —Melvin, un hombre casado un poco mayor que ella, le caía bien y varias veces habían pasado un rato agradable charlando en una taberna cercana—. Anda —insistió—, anímate. Mira, hasta el sol brilla. Sé que John necesita esas cifras, pero tienes derecho a tomarte un respiro.

Catherine recapacitó; se dijo que estaba comportándose como una tonta.

Y no podía justificar sus razones para negarse. Las cifras que su superior requería estaban casi listas. Se las entregaría después de la comida sin ningún problema.

—Está bien —cedió al tiempo que apagaba la pantalla y se ponía de pie —. Voy a por mi abrigo.

Eran más de la una y media cuando salieron del edificio. El bar hacia el que se dirigían estaba a pocos pasos de la oficina, pero Catherine revisó cada uno de los coches aparcados con inquietud. No distinguió ningún Mercedes gris y respiró con más tranquilidad mientras avanzaba.

—¿Llego tarde?

Aquellas palabras, pronunciadas con un marcado acento sureño sobresaltaron a Catherine e hicieron que Melvin frunciera el ceño. Habían llegado a la puerta del bar cuando esa pregunta informal los detuvo y ambos se volvieron para enfrentarse al hombre que la había hecho.

Morgan parecía relajado, lo cual irritó a la joven. No llevaba gabardina, a diferencia de Melvin, y esa indiferencia total a los elementos naturales sorprendió a Catherine.

—¿Se está dirigiendo a nosotros? —preguntó Melvin con tono condescendiente.

—A ti no, amigo —replicó Morgan con bastante amabilidad—. A esta dama. Ella y yo teníamos una cita para comer, ¿no es cierto, Cat?

Melvin parpadeó y miró a Catherine pero, como no vio ningún gesto de reconocimiento en su rostro, insistió:

—Creo que se equivoca… —empezó a decir, tomando del brazo a la chica para urgiría a entrar en el bar. Pero, antes de que hubiera avanzado un paso, Morgan le puso una mano en el hombro y Melvin se encogió, obviamente inquieto.

—Le he dicho que estaba hablando con la señorita —repitió Morgan, en un tono menos agradable y, como Catherine se dio cuenta que aquello podía llegar más lejos, se liberó de la débil diestra Melvin.

—No te preocupes, Melvin —le pidió lanzándole a Morgan una breve mirada asesina—. Yo… pues… me olvidé de la cita —empujo con suavidad a su colega hacia el bar, para que Morgan lo soltara—. Pide tu comida, yo… me reuniré contigo más tarde.

—¿Estás segura? —Melvin titubeaba, frotándose el hombro.

—Ya ha oído a la señorita —le advirtió Morgan con tono frío para mortificación de Catherine, le pasó un brazo por los hombros Anda, Mel, pide tu comida; pero espera sentado a Cat, ¿de acuerdo?

Catherine se puso furiosa pero comprendió que, si revelaba sus verdaderos sentimientos, Melvin se vería obligado a defenderla. Y quería provocar un problema. Estaba segura de que a la mujer Melvin no le gustaría que su marido volviera a su casa con un ojo morado, o algo peor.

Se obligó a sonreír, sin embargo, tan pronto como Melvin desapareció, se apartó del brazo posesivo de Morgan.

—¿Cómo se atreve? —exclamó utilizando su ira para dominar calor que su contacto le provocaba. Por un momento, apretada con aquel cuerpo duro, admitió con dolor que no deseaba separarse de

—¿Sucede algo malo?

—¿Malo? —Catherine descubrió en aquella fría mirada ambarina emociones controladas a duras penas. Se dijo que Morgan no era tan indiferente como pretendía—. ¿Qué cree que está haciendo presentándose afuera de mi oficina, como un detective de segunda clase? ¡Amenazando a mis amigos!

¡Estamos en Inglaterra, señor Lynch. Aquí no nos comportamos como salvajes.!

Las facciones de Morgan se endurecieron a medida que ella hablaba, pero la joven se negó a que la intimidara con su severa expresión. Se preguntó indignada quién se creía que era. ¿Su guardián?

—¿Eso es lo que crees que soy? —preguntó él al fin, cuando ella se detuvo para recuperar el aliento.

—Yo… ¿qué? —musitó, apartándose para que un grupo de contables de la empresa pasaran, mientras la miraban con evidente curiosidad.

—Un salvaje —le aclaró Morgan, apretando los labios y, a pesar de lo que había afirmado, la joven no se atrevió a ponerle ese calificativo.

—Pues… no eres un tipo muy bien educado, ¿verdad? —murmuró, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo. A pesar de que el sol brillaba, se moría de frío y habría jurado que Morgan también—. Oh, olvídalo.

—¿Sales con ese hombre? —preguntó y, si no la hubiera sorprendido tanto con esa pregunta, quizá se habría reído.

—¿Con Mel? —exclamó—. ¿Con Melvin Scott?

—Si así se llama…

—¡Mel está casado! —exclamó Catherine.

—¿Y?

—Y… no, no salgo con él, desde luego —inclinó la cabeza—. No salgo con nadie, por si te interesa.

—¿Acaso debería interesarme?

Morgan la miró fijamente durante varios segundos y Catherine se estremeció. «No. Esto no puede ser real», se dijo con severidad. Pero lo era… y, cuando Morgan apoyó la mano en su nuca y la atrajo hacia él, no pudo resistirse.

Capítulo 6

Su boca era firme y seductora, persuasiva, no agresiva, como ella había esperado; pero también tibia y posesiva y con la lengua le empujó los labios para que los abriera. A pesar de que Catherine mantuvo las manos en los bolsillos, seguía consciente de la cercanía del cuerpo de ese hombre y le costó un enorme esfuerzo mantener cerrados los labios. Con la mano que tenía libre, Morgan le alzó la cara. Ese contacto sobre su piel ardorosa le provocó un estremecimiento, encendiéndole la sangre en las venas.

Cuando la soltó Catherine retrocedió confusa, sin dominar por completo sus movimientos. Tenía las gafas nubladas y se las limpió con un gesto impaciente. Los labios de Morgan se curvaron en una sonrisa.

—¿Tienes hambre, eh? —sugirió y Catherine recordó dónde estaban. No tenía idea de cuántas personas los habían visto besarse pero, a juzgar por los rostros divertidos que se pegaban a las ventanas del bar, habían dado un auténtico espectáculo.

—Yo… —miró a su alrededor—. Oh… está bien —cedió a su pesar.

Pero solo me quedan tres cuartos de hora.

—De acuerdo. —Morgan se encogió de hombros—. Iremos a pie.

A pesar de su nerviosismo, que crecía a cada instante, Catherine lo acompañó. Pero no lo tomó de la mano. Mantuvo los puños cerrados a salvo dentro de los bolsillos mientras él, con un ademán de indiferencia, aceptaba su negativa.

—Besas como una virgen —comentó al cabo de unos minutos y Catherine apenas pudo contener su indignación.

—Lo siento —replicó con voz helada—. Y tú, por otra parte besas, como todo lo que haces, con prepotencia.

—Pero no con salvajismo, ¿no es cierto? —le aclaró con tono seco y ella le lanzó una mirada furiosa.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Debiste darte cuenta de que no esperaba ese beso.

—Se me antojó —contestó Morgan levantando una ceja.

—¿Cómo llegaste a la oficina? —insistió—. Ignorabas dónde trabajo.

Oh… por favor, no me digas que Denzil…

—Él me proporcionó la información —declaró Morgan, tomándola del brazo para guiarla y, aunque la joven lo observó horrorizada, él continuó caminando sin detenerse.

—Creí que te había pedido…

—No le pregunté dónde trabajabas tú —le aclaró, permitiéndole

que se librara de su mano cuando llegaron al otro lado de la acera—. Le pregunté dónde trabajaba Kay, eso es todo —sonrió con picardía—. Muy listo, ¿eh?

—No tanto —replicó molesta—. Como Melvin y otros miembros del personal nos han visto juntos, Kay no tardará en enterarse de lo que ha sucedido.

—Y eso te importa mucho —afirmó Morgan mirándola de reojo.

—Debería importarte a ti. —Catherine hizo un gesto de resignación.

—¿Por qué?

—Oh… pues, porque…

—Porque… ¿qué?

—Pues, porque… Denzil lo descubrirá tarde o temprano.

—¿Y?

—Oh… —Catherine se ruborizó—. No seas tan obtuso. Denzil se burlará de ti si salimos juntos —y no exageraba, pensó con amargura.

—Tú y Denzil… ¿hay algo entre vosotros? —Morgan frunció el ceño.

—¡No estarás hablando en serio! —exclamó Catherine, estupefacta.

—¿No? —Morgan no parecía muy convencido.

—Desde luego que no. —Catherine apretó los dientes—. Sé que es tu primo, pero jamás dejaría que Denzil me tocara ni siquiera el pelo de la ropa.

Morgan la detuvo bruscamente.

—¿Cómo te enteraste de que era mi primo? —preguntó y en ese momento su expresión perdió todo rastro de amabilidad—. ¿Qué te han dicho?

—Nada. —Catherine tragó saliva—. Nadie me ha dicho nada Kay lo mencionó por accidente, supongo. La mañana después de la cena.

—Ah… —en ese momento la soltó y continuaron caminando hacia el muelle. A su izquierda, los sólidos muros de la Torre de Londres se levantaban contra el cielo azul y las aguas reflejaban la imponente fortaleza—. Así que… ¿por qué jamás dejarías que el viejo Denny te tocara?

—Yo… nunca me ha caído bien, eso es todo.

—Nunca —insistió Morgan, terco—. Eso quiere decir que hace mucho que lo conoces.

—Demasiado —admitió Catherine—. Nosotros, me refiero a Neil, mi exmarido, y yo, solíamos salir con los Sawyer, en los viejos tiempos. Desde… que me divorcié, no los veo mucho.

—¿Y eso es una ventaja?

—En cuanto a Denzil, definitivamente sí. Morgan observó a la joven con expresión astuta.

—Apuesto a que te hizo una proposición desagradable, ¿verdad?

—Sí. No… —se interrumpió, deseando evitar que sus palabras

pudieran herir a Kay—. Quiero decir… no soy el tipo de tu primo créeme.

—¿Por qué te desprecias constantemente? —protestó Morgan, sacudiendo la cabeza—. Tienes un cutis hermoso, un precioso cabello, unos preciosos ojos… aunque tengas que usar esto —añadió, ajustándole las gafas con un dedo. Sonrió y sus pupilas la recorrieron de manera íntima—. Y cualquier hombre mataría por poner las manos encima de tu cuerpo.

—Por favor —le pidió ruborizada, deseando que la tierra se abriera a sus pies y se la tragara—. Me avergüenzas.

—¿Por qué? Es la verdad.

—No es la verdad —tragándose su orgullo, Catherine se volvió hacia él —. Soy demasiado alta, demasiado gorda y demasiado vulgar como para merecer esa clase de alabanzas. Y te agradecería que no te burlaras de mí.

—Apostaría a que ese tipo… ¿cómo se llama? ¿Neil? Sí, Neil, es el responsable de la pobre opinión que tienes de ti misma.

—No…

—Pues alguien será responsable —gruñó irritado—. Dios mío, ¿qué debo hacer para que me creas? Estoy aquí, contigo, ¿no?

—Solo porque no me lancé en tus brazos a la primera oportunidad —replicó Catherine, contenta de aprovechar la ocasión de confesarle lo que pensaba—. Debió de constituir una novedad para ti encontrar a una mujer que no estuviera interesada físicamente en ti. Me atrevo a afirmar que creíste que pretendía seducirte cuando te llevé a mi casa para que te secaras. Pues, te equivocaste. Sentí lástima, eso fue todo.

Hubo un silencio después de esa explosión de palabras. Catherine contempló la expresión sombría de Morgan con un renovado sentimiento de culpabilidad. Él no había hecho nada que mereciera los insultos que le había lanzado. Ni siquiera comprendía por qué actuaba de esa manera… como si deseara defenderse de un ataque inminente.

De repente él se detuvo en seco y Catherine, que no estaba preparada para esa reacción, siguió caminando unos pasos antes de darse cuenta de lo que sucedía. Cuando lo comprendió, se volvió para mirarlo con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Retrocedió con cautela.

—Morgan… —pronunció su nombre como una pregunta y él le dirigió una mirada helada.

—Así me llamo.

—Yo… ¿qué haces? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Creí que íbamos a pasear.

—No merece la pena —hizo una mueca—. Como tú misma dijiste, solo me interesa utilizarte. Y, si te niegas a cooperar, ¿para qué voy a perder el tiempo con una mujer gorda y nada atractiva como tú?

Catherine palideció.

Nadie, ni siquiera Neil en sus más crueles momentos, la había hecho sentirse tan tonta… o tan fea. Se quedó impresionada, derrotada por completo.

Quería correr. Quería poner la mayor distancia posible entre ella y Morgan Lynch, pero se limitó a retroceder trastabillando. Y cuando oyó que unos pasos la perseguían, no pudo escapar. Morgan la atrapó con facilidad, dominando sus débiles intentos de luchar contra él. Entonces descubrió el coche. El elegante Mercedes estaba aparcado donde Morgan se había detenido.

Y, aunque hizo todo lo posible por resistirse, la metió dentro, deslizándose tras ella.

Escucho que cerraba la puerta mucho antes de que ella pudiera intentar abrirla. El coche tenía un sistema de seguridad, desde luego, de modo que no podía huir. Estaba atrapada ya menos que golpeara las ventanillas, nadie la ayudaría. Pero, ¿acaso quería llamar la atención?

—Perdóname.

La disculpa sorprendió por completo a Catherine. Estaba intentando bajarse la falda para cubrirse las rodillas, pues la manera poco convencional en que había entrado le había desarreglado la ropa. Sin embargo, cuando Morgan habló, la joven dejó de mover las manos y se fijó la mirada en su rostro moreno, mientras la incredulidad luchaba contra la incertidumbre.

—Te pido perdón sinceramente —aclaró, volviéndose hacia ella y poniendo un brazo sobre el asiento. Sintió que le acariciaba el cabello y apartó la cabeza, pero la diestra de Morgan descendió hasta su nuca —. Pero tú tienes la culpa de lo que ha pasado —continuó, acariciándole la piel de detrás de la oreja—. Rayos ¿cómo crees que me siento cuando me acusas de engañarte con el propósito de acostarme contigo? ¿Crees que gozo torturándote? Para ti, mis palabras solo son una trampa, ¿no es verdad?

—¿Y no es así?

Catherine se volvió para mirarlo, tratando de no demostrar cuánto la afectaban sus caricias. Él estaba jugando con ella, de eso estaba convencida. Los hombres como Morgan no se interesaban en… ¿cómo la había descrito? ¡En una mujer gorda y nada atractiva!

—No —replicó Morgan sobresaltándola. Su mirada se oscureció—. Por lo menos, no por las razones que tú afirmas —agregó mientras miraba el punto en que los botones de su blusa se abrían y dejaban ver el sostén de encaje.

Quiero acostarme contigo. Sería un idiota si no lo deseara. Pero no para satisfacer la creencia de que soy irresistible. No lo soy. Tú misma me lo has demostrado, ¿no? Soy un tipo normal, que te encuentra muy

atractiva. ¿Qué tiene eso de raro, por el amor del cielo?

—¿Por qué? —Catherine inclinó la cabeza.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué yo? —preguntó, trémula—. ¿Denzil… Denzil te retó a que lo hicieras?

Morgan maldijo en voz baja y luego, incapaz de controlarse, la besó.

Catherine retrocedió pero tropezó con la puerta, que se convirtió una barrera insalvable. No podía escapar y la mano que puso sobre el pecho de Morgan no lo detuvo. Él la aplastó con su peso contra el asiento, obligándola a entreabrir los labios con la lengua.

De inmediato cambió la naturaleza de ese abrazo. La cálida presión de los labios de Morgan se transformó en una invasión húmeda y le acarició la lengua con la suya. Se le nublaron las gafas y, como si a él le molestara no poder ver sus ojos, se las quitó y las echó sobre el tablero de mandos. Posó su mano libre sobre el muslo de Catherine, y el pensamiento de que no había logrado bajarse la falda fue descartado con rapidez, debido a la ávida urgencia del beso.

Las emociones de Catherine parecían nadar en la pasión insensata que él le provocaba y no pudo evitar enterrar los dedos en su oscuro, limpio y sedoso cabello. A Morgan se le escapó un gemido ahogado mientras deslizaba la mano hacia arriba del muslo.

Y entonces, de pronto, la soltó. Morgan se acomodó en su asiento, arreglándose el pantalón y las solapas de la chaqueta. Se pasó una mano por el cabello e hizo un esfuerzo por controlarse, dándole a Catherine la oportunidad de abrocharse la blusa. Pero le temblaban los dedos y, al darse cuenta de ello, Morgan le apartó las manos. —Yo lo haré— dijo con voz ronca y, aunque no le gustó su arrogancia, Catherine se lo permitió. Captar su propia excitación, que aumentó cuando con los nudillos le rozó los senos, le provocó una enorme ansiedad. Y, a pesar de que le agradecía que pusiera punto final a algo que se estaba saliendo de su cauce con rapidez, deseó haber tomado ella la iniciativa en vez de él.

—Listo —anunció Morgan después de un momento, abrochándole el abrigo, como si no soportara ver lo que había hecho—. Y aquí tienes tus gafas —añadió, rescatándolas del tablero. Luego se apoyó en el respaldo del asiento.

Todo en orden.

—¿Puedo irme? —le preguntó después de humedecerse los labios con la lengua.

—Si quieres. —Morgan contemplaba la calle y ella vio, para su tranquilidad, que nadie había advertido lo sucedido dentro del vehículo.

—Pues… si me abres la puerta…

—¿No quieres comer? —la interrumpió y Catherine abrió mucho los ojos ante la incongruencia de esa pregunta.

¿Comer? —repitió contemplándolo incrédula—. ¿Te das cuenta de qué hora es…?

Catherine consultó su reloj, incapaz de dar crédito a sus ojos.

¡Eran casi las dos de la tarde! Tenía que volver a su oficina en quince minutos y necesitaría casi diez para llegar a Cannon Square.

—¿Pasa algo malo?

Catherine se lo explicó, olvidándose de que la había obligado subir a su coche en contra de su voluntad para aprovecharse de ella.

—¿Y qué? —preguntó con tono indiferente—. Yo también llegaré tarde, pero dudo que la poderosa embajada de Estados Unidos Norteamérica se derrumbe por mi culpa.

—Supongo que no te importa… —declaró Catherine, impaciente.

—Supongo que no.

—Pero yo nunca llego tarde.

—Siempre hay una primera vez.

Morgan hablaba en tono de broma y, adivinando que no ayudaría, Catherine intentó abrir la puerta.

—Espera. Sabes que yo te llevaré. Pero… si ya vas a llegar tarde, ¿qué importa que te tomes unos minutos más?

—Si pretendes que vaya a un restaurante…

—¿Quién ha hablado de un restaurante? —Morgan se volvió y tomó una pequeña cesta que estaba en el asiento posterior. La abrió y fue señalando—: sándwiches, fruta, una botella de champán —observando: el rostro atónito de la chica—. Apuesto a que hay lugares más románticos que este, pero, ¿quién demonios se fija en esos detalles? Mejor que nada.

—Tú planeaste todo esto —lo acusó.

—Pues… no todo —admitió, sosteniéndole la mirada con desconcertante solemnidad—. Por ejemplo, no inventé la parte que acaba de ocurrir —soltó una risita amarga—. Ahora sí que lo echado a perder todo ¿verdad? ¡Dios mío, no quería portarme cor un patán! Pero me sacaste de quicio cuando mencionaste a Denzil.

—Creo… —se mordió el labio inferior—, creo que debemos olvidarlo —propuso, dándose cuenta de que debía de parecerle una mojigata. Se puso las gafas con nerviosismo—. ¿De dónde sacaste comida?

—La compré —hizo una pausa—. ¿Ni siquiera vas a probarla?

—¿Tú sí? —titubeó Catherine.

—Seguro que sí —afirmó Morgan con indiferencia—. Tengo hambre y, si no puedo tener lo que quiero, me conformaré a comer.

—Oh. —Catherine inclinó la cabeza y él suspiró.

—¿Te escandalizo?

—Claro que no. Aunque te encanta escandalizarme, ¿verdad?

—No me cuesta ningún trabajo —replicó, destapando la botella de champán—. Coge una copa, te serviré.

El problema de si Catherine comería o no con él, se resolvió por sí solo.

Pero, si era sincera consigo misma, debía admitir que la idea de Morgan de comer en el coche le gustaba, así que ignoró los dictados de su conciencia y se llevó la copa a los labios.

El champán se le subió a la cabeza de inmediato. Catherine nunca había decidido si esa bebida le gustaba o no, pero en ese momento comprendía que su ambivalencia se debía a que jamás había probado uno bueno. El champán con el que ella y Neil habían brindado en su boda era de mala calidad. El que estaba saboreando era deliciosamente ligero, le hacía cosquillas en el paladar y le soltaba la lengua.

Mordisqueó un sándwich de salmón, se relajó y después de tomar otro sorbo de champán, miró a su anfitrión por encima de las gafas.

—¿Por qué te invitaron los Sawyer a cenar?

—Supongo que porque solo llevo un mes en Inglaterra —dijo al fin, después de mirar su copa—. Cómete otro sándwich.

—No debo…

—¿Por qué no? —le preguntó Morgan levantando una ceja.

—Oh, pues… porque no debo —declaró la joven—. Tengo que adelgazar.

—No estás gorda —la mirada que le dirigió Morgan la hubiera perturbado en otro momento—. Tampoco estás flaca, pero no estás gorda.

—Un poco llenita, entonces —insistió Catherine.

—Yo opino lo contrario. No te preocupes por tu aspecto. Me gustas como eres.

—Pero no lo bastante como para… —Catherine se interrumpió, confusa, llevándose una mano a la boca para acallar su lengua indiscreta, y la mirada de Morgan se oscureció.

—¿Como para qué? —preguntó, sosteniéndole la mirada, mientras la joven se ruborizaba intensamente.

—Nada. No importa —se defendió fijando la vista en su sándwich.

—¿Como para seducirte? —sugirió él con suavidad y la mirada que ella le lanzó por encima de las gafas fue suficientemente elocuente—. ¡Eh, no lo he hecho en un coche desde que tenía dieciséis años! «¡Dieciséis años!», exclamó Catherine para sus adentros. A esa edad pasaba más tiempo con los libros de la escuela que con su compañeros de clase. Pero no dudaba que Morgan no hubiera tenido ninguna dificultad en iniciarse en esa clase de asuntos si entonces ya era tan atractivo. —Aunque quise hacerlo —admitió Morgan en un tono bajo

y áspero. —No importa —repitió, apartando la copa cuando relacionó si propia indiscreción con el líquido que estaba bebiendo—. ¿Cuá… cuánto tiempo llevas trabajando en… en la embajada?

—Un mes.

—El… el mes que has estado en Inglaterra —dedujo Catherine frunciendo el ceño.

—Exacto.

La joven titubeó. Era obvio que él no quería hablar de sí mismo, pero todo le parecía mejor a arriesgarse a cometer una nueva indiscreción.

—¿Y… antes de eso?

—Trabajé en Washington —contestó apretando los labios.

—¿En el Pentágono?

—No.

Ignorando su expresión, cada vez más adusta, Catherine se obligó a continuar indagando.

—Denzil trabajó en el Pentágono antes de que lo trasladaran a Londres —afirmó.

—¿En serio? —preguntó Morgan con un tono de absoluta indiferencia.

—Sí. —Catherine reflexionó por un momento y luego bebió un trago de champán para fortalecerse—. Y… tú y él erais viejos amigos, desde el ejército,

¿verdad?

—¿Quién te dijo eso? —Morgan tomó la botella de champán.

—Lo erais, ¿no? —insistió ella, humedeciéndose los labios.

—No —declaro sin el menor titubeo.

—Oh… pues, Kay debió de equivocarse —declaró—. ¿Acaso importa?

Estuvisteis en el ejército, ¿eh? —en ese momento se le ocurrió otra posibilidad —. ¿Allí te enseñaron a atacar, como lo hiciste con Melvin?

Morgan fruncía el ceño y la joven adivinó que estaba caminando sobre la cuerda floja, coqueteando con un desastre irreparable.

—¿Qué es lo que practicaste? ¿Kárate?

—Supongo que sí —respondió con una mirada fulminante y después metió la botella en la cesta. Cuando ella se negó a comer más, recogió el resto de la comida y lo colocó en el asiento posterior del Mercedes. Catherine presentía que todo lo que añadiera resultaría inútil, así que no se sorprendió cuando él puso el motor del coche en marcha.

—Será mejor que nos vayamos —propuso mientras miraba por el espejo retrovisor y, antes de que ella hubiera vaciado su copa, partieron.

Ya eran más de las dos y media cuando la dejó en su oficina, deteniéndose apenas el tiempo suficiente para que ella bajara del vehículo.

—Gracias por la comida —murmuró con torpeza, pero Morgan simplemente asintió antes de partir a toda prisa; Catherine entró en el edificio con una aguda sensación de decepción. Ni siquiera el champán había mejorado su humor y se dirigió a su escritorio derrotada.

Apenas se sentó, Melvin Scott se acercó a ella con gesto preocupado.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Desde luego —contestó Catherine, como si fuera lo más natural del mundo que un desconocido la raptara en plena calle—. ¿Acaso estabas preocupado?

—Desde luego que estaba preocupado por ti —exclamó Melvin molesto —. ¿Sabes qué hora es?

—Sí. —Catherine trato de suavizar su tono de voz, sin lograrlo del todo —. Yo… verás… sabes que… los restaurantes son así. Tardan siglos en atenderte.

—¿Así que fuiste a un restaurante a comer? —Melvin frunció el ceño.

—¿Adónde más pude ir? —Catherine se admiro de su propia capacidad para mentir—. Lo siento mucho si pensaste que algo terrible me había ocurrido pero, como puedes observar, sigo viva.

—Mmmm. —Melvin admitió la veracidad de esa afirmación, pero todavía parecía inquieto—. Tú… ¿hace mucho tiempo que conoces a ese tipo?

—¿Importa mucho?

—No. No, supongo que no. —Melvin se irritó un poco—. Pero yo me cuidaría si estuviera en tu lugar. Puede convertirse en una persona muy desagradable, si se lo propone.

—Siento que te haya molestado, Mel… —se disculpó.

—Oh, no fue nada. —Melvin descartó esas palabras, indignado—. No me molestó. Pero tú no podrías ofrecerle ninguna resistencia si él se pone agresivo.

—Lo sé. —Catherine se estaba cansando de esa conversación. Además, la voz de Melvin llegaba a todos los rincones de la habitación y no dudaba que sus compañeros de trabajo estaban saboreando los detalles de cómo había pasado ella la hora de la comida.

—De cualquier modo, si crees que sabes lo que haces…

—Lo sé —en ese momento fue el turno de Catherine de habla con firmeza.

—Pues… muy bien. Oh… a propósito…

—¿Sí?

—John te buscaba hace rato. Quería que le entregaras uno informes que debías tener listos desde ayer.

—Oh, sí —se dijo que se trataba de una reprimenda para que si concentrara en su trabajo—. Yo… bueno… los imprimiré ahora mismo. Gracias, Melvin —hizo una pausa y añadió, reacia—: Gracias por todo.

Capítulo 7

Catherine pasó el resto del día esperando que Kay la acosara, pero el señor Hollingsworth debió de mantenerla muy ocupada, porque no se acercó a su escritorio. Y, a pesar de su retraso, John Humphry no la reprendió.

—Tú nunca sueles llegar tarde —le comentó después de felicitarla por el estudio que le había entregado—. ¿Quién es ese joven? ¿Alguien que yo conozco?

—No lo creo —replicó la joven con cortesía, guardando unos documentos en su portafolios—. Gracias, nos vemos mañana.

Pensó que a su jefe le hubiera encantado continuar con la conversación, pero ella ya tenía suficiente por ese día. Y todavía le quedaba enfrentarse al riesgo de encontrarse con alguien en el corredor o en el ascensor. Cuando salió del edificio sin tropezar con nadie, soltó un suspiro de alivio. Pensó que realmente los hombres podían ser tan desagradablemente indiscretos como las mujeres. Melvin se había comportado igual que lo habría hecho su madre, e incluso John Humphry le había demostrado que no era indiferente a sus actividades. Se suponía que era libre e independiente, pero apenas se presentaba otro hombre en escena, todos querían participar en la comedia.

Solo Héctor no hacía preguntas, se recordó esa tarde, sentada frente al televisor. Por lo menos la aceptaba tal cual era, sin comentarios ni críticas. Y cada uno respetaba al otro. De pronto, ese pensamiento le pareció deprimente.

«Maldito Morgan Lynch», pensó con dolor. Él tenía la culpa de todo.

Antes de que apareciera como por arte de magia, su vida transcurría sin complicaciones. Era cierto que se sentía algo insegura por el abandono de Neil, pero eso carecía de importancia. En realidad, se dijo, la había ayudado a ser selectiva cuando se trataba de establecer nuevas relaciones.

Pero con Morgan esos trucos no funcionaban. No le quedaba otra opción que aceptar la ciega necesidad que sentía de estar con él; y esa necesidad aumentaba con cada minuto que pasaba en su compañía. Se dijo que se estaba comportando como una loca; nunca había actuado de ese modo. Para ella el sexo solamente había sido un pasatiempo agradable y su relación con Neil se había basado en una compatibilidad, no en una gran pasión. Además, estaba convencida de que no podía sentir emociones arrebatadoras y no la sorprendió enterarse de que jamás podría tener hijos. Le dolió desde luego, pero

su trabajo la compensó de esa pena. Sin embargo, en ese momento las cosas estaban cambiando. Había descubierto que deseaba algo más y la idea de darle un hijo a Morgan le provocaba sensaciones que la distraían de una manera irracional.

Apretó los labios. El que ella no pudiese tener hijos no tenía por qué importarle a él. Evidentemente Morgan se sentía atraído por ella, pero existían ciertos límites que no debía rebasar, o tendría que atenerse a las consecuencias.

«Al demonio con él», pensó, llorosa, limpiándose las lágrima con la mano. Si el maldito orgullo de ese hombre no soportaba algunas preguntas, tanto peor para él. La próxima vez… «si había una próxima vez», admitió trémula, le diría que se fuera al infierno. Si temor original de relacionarse con él estaba justificado y en ese momento solo le quedaba escapar, antes de que la hiriera aún más.

Se dirigía a la cocina para prepararse una taza de chocolate cuando sonó el timbre. «Morgan», supuso secándose las manos sudo rosas en el pantalón.

Pensó que seguramente estaba arrepentido de su comportamiento y pretendía disculparse.

«¿Y qué?», se preguntó desafiante. No iba a dejarlo entrar… ¿o sí?

A pesar de esas buenas intenciones, no pudo evitar darse cuenta de que la sudadera que llevaba le resaltaba los senos y los pantalones revelaban la curva de sus caderas. Si al menos se hubiera bañado, como pretendía… pero ya era demasiado tarde y, reuniendo toda la confianza de que era capaz, abrió la puerta de par en par.

—¡Neil!

Ni en sus más locos sueños había esperado encontrar a su exmarido en el umbral de su puerta. Desde que se divorciaron, solo lo había visto una vez… en compañía de un abogado. Su visita la hizo palidecer.

—Catherine —la saludó Neil; después, malinterpretando su reacción, añadió con suavidad—: Discúlpame si te he asustado.

—No lo has hecho. —Catherine luchó por recuperar la compostura. Dudaba poder enfrentarse con éxito a Morgan, pero estaba segura de que lo lograría con Neil—. ¿Qué quieres?

—¿Me permites entrar?

—¿Entrar? —repitió alelada, y preguntó mirando por encima de su hombro—: ¿Viene Marie contigo?

—No. Vengo solo. —Neil se llevó una mano a la corbata con gesto nervioso—. Yo… ¿podemos hablar?

Catherine sacudió la cabeza, pero después de un segundo lo dejó pasar.

«¿Qué sentido tiene negarme?», se preguntó resignada. Después de todo, no eran enemigos. De hecho habían acordado un divorcio muy

civilizado debido, en su mayor parte, al deseo de ella de no provocar un escándalo.

—Oh… ¡qué agradable! —exclamó Neil, dirigiéndose al estudio y Catherine se sorprendió de que su presencia en esa habitación no significara nada para ella. Muy bien podría haber sido un desconocido, y dirigiéndose a él como a un desconocido, le pidió que se sentara—. Estaba preparando chocolate.

—Preferiría algo más fuerte, si tienes —contestó Neil, acomodándose en el sofá—. Si no, me conformaré con un café. Hace un frío endemoniado allí afuera.

—¿De verdad? —Catherine se encogió de hombros, indiferente—. Te lo juro. —Neil estiró el cuello, como si le apretara la camisa y la joven recordó cómo la irritaba esa costumbre en particular.

—Tengo un poco de jerez. ¿Te apetece? —le preguntó.

—Mucho —asintió Neil—. ¿Me acompañarás con una copa?

—Creo que no. —Catherine echó un vistazo en dirección a la cocina, levantó a Héctor y se sentó en un sillón—. No me apetece en este momento.

—Oh… está bien. —Neil bebió una generosa porción de la bebida que le había servido y comentó—: Esto está estupendo.

—Entonces, ¿qué se te ofrece? —preguntó Catherine, ajustándose las gafas.

—No te muestras muy amable —decidió Neil, haciendo un gesto.

Quizá no se me ofrezca nada. Quizá solo se trate de una visita amistosa.

—Neil…

—Podría ser. Todavía somos amigos, ¿no? —miró a Catherine.

—Neil —suspiró Catherine y él la miró a la defensiva.

—Tienes buen aspecto —comentó—. Realmente bueno —continuó.

Siempre fuiste una mujer muy guapa.

—No solías pensar lo mismo —repuso Catherine, atónita.

—Sí, lo pensaba —replicó Neil, indignado—. Oh, ya sé que dije algunas tonterías muy crueles en ciertas ocasiones, pero no las sentía. ¿Tú nunca has dicho algo de lo que te hayas arrepentido después?

—¿Quieres decir que has venido a ver cómo estaba? —pregunto Catherine, sorprendida.

—Pues… no —replicó Neil con una mueca.

—¿A qué has venido entonces?

—Yo… —suspiró y estiró el cuello de nuevo—. Pues… me encontré con la señora Scott ayer. —Dijo con cierta dificultad—. Conoces a la señora Scott,

¿verdad? Vive con su marido…

—Al otro lado de la calle. Sí, los conozco —declaró Catherine impaciente —. ¿Y qué?

Neil acunó su vaso entre las manos y hundió los hombros con un gesto de abatimiento.

—No me estás facilitando las cosas, Catherine —musitó, lanzando una mirada de resentimiento a Héctor, acurrucado en el regazo de su ama—. Solo me interesa tu bienestar, te lo aseguro. ¿Por qué haces que me sienta como si me estuviera entrometiendo en tu vida?

—¿Y no te estás entrometiendo, Neil? —Catherine empezaba sospechar de qué se trataba ese asunto—. ¿Qué te dijo la señora Scott? Me imagino que te contó algo, si no, no la hubieras mencionado en esta conversación.

—Te crees muy lista, ¿eh? —dijo de repente, sin poder contenerse por más tiempo—. Siempre te consideraste más astuta que yo. Es bien, la señora Scott me contó algo acerca de ti. Tiene derecho expresar su opinión, ¿no? Los vecinos de este barrio son muy conservadores, en general y, si permites que los hombres que invitas a tu casa se vayan a las seis de la mañana, te criticarán con toda razón.

Catherine se puso furiosa.

—¿Has venido desde Cavendish Mews para regañarme?

—Pues, no exactamente… —Neil mantuvo la cabeza en alto—. Aunque me preocupas, desde luego…

—¿Por qué habría de preocuparte?

—Bueno, fuiste mi mujer…

—Eso pertenece al pasado —replicó Catherine, quitándose al indignado Héctor de sus rodillas y levantándose—. ¿Cómo te atreves a pensar que puedes presentarte en mi casa y decirme lo que debo o no debo hacer? Mi vida es mía, Neil. Y haré con ella lo que me venga en gana.

Neil hizo una mueca de disgusto, pero no se levantó de su asiento.

—¿Quién es él? —preguntó mirándola.

—¿Quién? —Catherine apoyó las manos en las caderas y lo miró con indolencia—. Tú has hablado de hombres en plural.

En ese momento sí se levantó Neil, apurando su copa de un solo trago y dejándola con furia sobre la mesa.

—Deja de provocarme —le ordenó—. Ya sabes a quién me refiero.

—¿Lo sé? —Catherine estaba gozando con esa escena.

—Sí —a Neil le temblaban los labios—. ¿Yo lo conozco? No será… ¡Simón Lewis!

—No te importa —repuso Catherine con tono firme.

—¡Entonces es él!

—No, te equivocas. —Catherine se sentía frustrada, pero se negaba a darle esa satisfacción. Neil siempre había considerado a Simón un pobre idiota y le habría encantado saber que Catherine debía resignarse a la compañía de ese hombre tan mediocre—. No es alguien que tú conozcas, pero no me sacarás más información. Ahora…

¿quieres irte?

—Si quiero… ¿qué?

—Irte —repitió Catherine sin titubear—. Y no meterte en lo que no te importa de ahora en adelante.

—Siempre pensé que tú debías importarme —replicó Neil, mirándola fijamente—. Todavía te amo y tú lo sabes, Cat.

Catherine contuvo el aliento.

—No, tú no ha…

—Hablo en serio —añadió Neil con un cierto tono de resentimiento —. Si no te hubieras empeñado en conservar tu trabajo, todavía seguiríamos juntos.

Un hombre solo busca lo que no encuentra en su casa.

—¡Oh, cielos! —Catherine lo observó, incrédula—. ¿Esa es la ultima excusa que te has inventado?

—No es una excusa…

—Lo parece. —Catherine apenas creía lo que estaba sucediendo—. Creí que estabas enamorado de Marie. Por lo menos eso afirmaste.

—En aquel momento lo pensé.

—¿Solo lo pensaste?

—Sí. —Neil se puso a la defensiva—. Pero… bueno, las cosas han empeorado entre Marie y yo últimamente y, entonces, cuando vi a la señora Scott…

—Decidiste venir a echarme un discurso.

—Ya te he explicado que todavía te quiero, Cat…

—¿Ah, sí? —sabía que alguna vez esa afirmación hubiera significado mucho para ella, pero en ese momento le provocaba un indiferencia burlona.

Pues lo siento, Neil, pero a mí no me importas… ni un comino.

—No te creo…

La asió del brazo, tratando de acercarla hacia sí, pero Catherine se resistió. Pensó que esa era una de las ventajas de ser alta, dándose cuenta al mismo tiempo de que no se habría librado de Morgan con igual facilidad.

Sospechaba que el verdadero motivo de la visita de Neil era su irritación porque saliera con alguien más. Le parecía estupendo que se quedara en su casa, lamentándose por su ausencia

—Es verdad —afirmó Catherine después de liberarse—. No puedes revivir algo que ya murió.

—Supongo que crees que ese hombre, quienquiera que sea, se casará contigo —se burló Neil—. ¿No eres un poco mayor para ser tan ingenua?

Catherine recordó suspirando que de esa forma solía actuar el Neil que ella recordaba.

—Vete, Neil.

—Oh, lo haré —se dirigió hacia la puerta y Héctor se apartó con rapidez de su camino—. Pero no te olvides de mis advertencias. Quizá ahora te sientas adorada por ese tipo; sin embargo, te apuesto a que se le quitarán las ganas de proponerte matrimonio cuando se entere de que no puedes tener hijos.

Catherine cerró los ojos, mientras él pasaba a su lado. Solo a Neil se le habría ocurrido herirla de esa forma. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de lo pequeña y mezquina que era la mente de ese hombre?

Abriendo los ojos de nuevo, cogió a Héctor y siguió a Neil al vestíbulo dándose cuenta en ese momento de lo delgado que estaba. Incluso el pantalón le quedaba grande. Sin querer, lo comparó con Morgan; sus piernas musculosas resaltaban bajo sus vaqueros. No tenía la musculatura de alguien que trabajara sentado delante de un escritorio, reflexionó con súbita agudeza. «¿Por eso estaba tan bronceado? ¿Porque trabajaba al aire libre? —se preguntaba».

—Me voy —se despidió Neil, abriendo la puerta.

—Adiós —musitó ella, acariciándole las orejas a Héctor y Neil esbozó una mueca de desprecio.

—¿Qué papel le has asignado? —preguntó en tono irónico—. ¿El de sustituto? —y Catherine le cerró la puerta en las narices, incapaz de ocultar por más tiempo sus verdaderos sentimientos.

Sabía que todavía debía enfrentarse a Kay, y no se sorprendió cuando su compañera apareció a media mañana ante su escritorio. —¿Comemos juntas? —le preguntó y Catherine parpadeó asombrada. Hacía meses que no salían juntas y, cuando lo hacían, lo planeaban con varios días de antelación—. Hoy —le aclaró Kay, mirando por encima de su hombro como si tomara en serio las amenazas del señor Hollingsworth—. Tengo que hablar contigo.

Catherine gimió en su interior. Adivinaba el tema que tratarían. Se preguntó por qué no le permitían vivir su vida como quisiera. Después de todo, no era una niña y tenía todo el derecho del mundo a equivocarse.

—No sé, Kay —titubeó—. Estoy… muy ocupada.

—Es importante —insistió Kay, y dándose cuenta de que no podría negarse constantemente, Catherine cedió.

—¿A la una te parece bien? —preguntó, apoyando los codos sobre el escritorio.

—Perfecto —aceptó Kay con su entusiasmo habitual y Catherine se convenció de que estaba a punto de recibir otro sermón. Se preguntó de inmediato por el motivo. ¿Acaso no habría propiciado Kay su encuentro con Morgan? Catherine siempre había sido sincera con su amiga y suponía que le debía una explicación.

Cuando el camarero les llevó el café, Kay esperó a que Catherine se

sirviera leche y azúcar para decir:
—¿Por qué no me confiaste que veías a Morgan?
—No lo veo, en el sentido que tú supones —respondió Catherine, después de meditar sobre su acusación durante un segundo.
—¡No me salgas con esa tontería! —se burló Kay—. No después de lo que sucedió ayer.
Catherine sintió que su irritación se despertaba. Se dijo que Kay no tenía derecho a hablarle de esa manera.
—¿Qué sucedió ayer? —preguntó, negándose a facilitarle la cosas —. ¿Por qué no me refrescas la memoria?
Kay parecía un poco desconcertada, pero no se amilanó.
—¡Nunca pensé que podías ser… tan… tan irresponsable! —declaró molesta—. Sobre todo sabiendo la clase de nombre que es.
—¿A qué clase pertenece? —preguntó Catherine con cautela—
Explícamelo.
—Siempre pensé que eras una persona inteligente —afirmó Kay evadiendo la pregunta—. Cuando Denzil sugirió que cenaras con nosotros, supuso que no causarías problemas. Quiero decir —hizo un ademán expresivo—, tú misma afirmaste que no querías comprometerte con un hombre… con nadie.
—¿Y qué importa? —hizo una pausa—. ¿Qué hay de malo en todo esto? —de repente tuvo un mal presentimiento—. No está casado, ¿verdad?
—¡No! —Kay descartó la idea con tanto desprecio, que Catherine se convenció de que no mentía—. Ya te lo dije. Estuvo casado… antes. Pero de eso hace… muchos años —terminó con rapidez.
—¿Y? —con un gesto indicó el restaurante—. No puedo creer que me hayas traído aquí para expresar tu desaprobación.
—No —le lanzó una mirada de resentimiento—. En serio, Cat no puedo aceptar que no tengas sentido común.
—Más bien —la corrigió Catherine con tono seco—, no puedes aceptar que Morgan no lo tenga.
—¿A qué te refieres? —Kay se ruborizó y, comprendiendo que había dado en el clavo, Catherine se explicó.
—Me refiero a que nunca imaginaste que Morgan pudiera interesarse por alguien como yo —afirmó—. Como tú misma dijiste, es un hombre muy atractivo. ¿Para qué iba a comprometerse con una mujer que no supo conservar a su marido?
—¡Yo nunca te culpé del abandono de Neil! —se defendió Kay con vehemencia.
—Pero Denzil sí.
—Cierto… bueno, a Denzil le cae bien Neil. Se parecen mucho.
«Más de lo que supones», pensó Catherine con ironía, aunque solo aceptó las palabras de su amiga con indiferente encogimiento de

hombros. —De cualquier modo, eso no cambia el hecho de que te estés comprometiendo con Morgan Lynch y eso no es… una buena idea.

Catherine estaba segura de que Kay hubiera usado un calificativo menos diplomático, pero la experiencia le había enseñado a ser cautelosa.

—No entiendes —añadió—. Morgan estuvo en Vietnam.

—¿Y?

Catherine apenas susurró la interrogación pero, antes de que pudiera meditar sobre las consecuencias de esa revelación, Kay continuó:

—Se ofreció como voluntario. No tenía que ir, desde luego. Denzil no lo hizo. Y, con el padre de Morgan… bueno, dejemos eso a un lado, por ahora.

Baste decir que Morgan nunca se comportó como su familia esperaba.

—¿Y qué tiene eso que ver con que yo salga con él? Además, no salgo —añadió de inmediato—; era una simple hipótesis.

—¡Oh! —exclamó Kay—. ¿Debo deletreártelo? Ya sabes lo que les sucede a los hombres que estuvieron en Vietnam.

—Me imagino que fue una experiencia horrible.

—En efecto —asintió Kay—. Supongo que participaría en alguna batalla.

—Se alistó en el ejército, Cat. Por supuesto que participó.

—Pues me disculpo por ser tan obtusa, pero todavía no entiendo lo que quieres decir —murmuró Catherine.

—Lo capturaron, Cat. Los del Vietcong. ¡Lo torturaron! El aroma del café le revolvió el estómago a Catherine. Apartó su taza, esperando que Kay no notara que le temblaban las manos. —¿Ahora entiendes a lo que me refiero?— le preguntó Kay, inclinándose sobre la mesa. —Cuando regresó a casa, pasó dos años en un sanatorio psiquiátrico.

Catherine se sintió enferma. A su alrededor, escuchaba los ruidos del restaurante los platos que entrechocaban, la cubertería que tintineaba, el murmullo de las conversaciones, pero todo lo que oía eran los gemidos de Morgan la noche que durmió en el sofá de su casa; todo lo que veía era su rostro bañado en sudor cuando se disculpó al despertarse.

—¿Te sientes bien?

Kay la miraba extrañada y, dándose cuenta de que no podía permitir que su amiga adivinara lo que estaba pensando, Catherine logró asentir con la cabeza.

—Sí, muy bien —mintió, ya que tenía ganas de vomitar—. Po… ¿podríamos salir de aquí? No voy a terminarme el café.

—Ni yo tampoco —admitió Kay, llamando al camarero con alivio.

Una vez afuera, el aire las revivió. Catherine sintió que la náusea retrocedía y el color le volvió a la cara. Se recordó que la guerra de Vietnam había ocurrido hacía quince años. No existía la posibilidad de que Morgan volviera a pasar por esa experiencia.

—Como ves —recalcó Kay, mientras se dirigían hacia la oficina—, sería una locura que te comprometieras con alguien como él. Oh, ya sé que es el primo de Denzil… primo lejano —aclaró, como si resultara importante resaltar la lejanía del parentesco—, pero Denzil solo lo soporta porque no le queda otro remedio.

—¿No le queda otro remedio? —repitió Catherine como un eco, todavía ocupada con sus propios pensamientos, pero cazando esa palabras al vuelo.

—Bueno, de todas maneras al final te habrías enterado —replicó Kay.

Denzil tal vez me mate cuando sepa que te lo he dicho, pero el padre de Morgan es el general Lynch. Está actualmente retirado aunque fue uno de los consejeros de seguridad del Pentágono.

—Comprendo.

Catherine se dijo que las piezas de aquel rompecabezas empezaban a agruparse. No tenía ninguna duda de por qué la habían invitado a cenar con Morgan. Como hijo del general Lynch, Denzil no podía permitirse el lujo de ofenderlo. No de forma abierta, desde luego, rectificó, recordando cómo los dos hombres estuvieron a punto de llegar a las manos.

—De cualquier modo, me alegra que hayamos hablado —dijo Kay, cuando llegaron a las puertas del edificio—. Hace años que somos amigas, y no podía permitir que creyeras que Denzil tuvo la culpa de lo que pasó la otra noche.

—Kay…

—No, déjame terminar. Morgan Lynch es peligroso, te lo juro.

De hecho, Denzil piensa que está medio loco, lo mismo que ese hombre que lo cuida. Su padre debió recluirlo en Florida. Allí parecía bastante contento.

Pero no, el general Alexander Lynch tenía que obligar a su hijo a hacer algo por su país, aunque a Morgan no le interesase su trabajo.

—¿En la embajada?

—En la embajada —ratificó Kay, precediendo a Catherine en el ascensor. Estaban solas y, al apretar el botón que las llevaría al piso catorce, lanzó una mirada penetrante a su amiga. —¿Estás de acuerdo conmigo? Ya ves que no tiene sentido que sigas con esa relación.

—Te lo repito. —Catherine logró sonreír—, no mantenemos ninguna relación. Comimos juntos, eso es todo.

—Pero permitiste que te besara… —replicó escéptica.

—¿Y qué? La locura no es contagiosa, ¿no? —preguntó Catherine

con falsa amabilidad y Kay la observó, dudosa.

—¿No vas… es decir… no volverás a verlo, eh? —se aventuró a preguntar Kay, preocupada por la respuesta ambigua de su amiga y Catherine suspiró aliviada cuando las puertas se abrieron y pudieron salir.

—Dile a Denzil que aprecio su inquietud por mí —replicó sin contestar a su pregunta—. Oh, mira, creo que Hollingsworth te está buscando.

Cuando Kay descubrió que le había mentido para distraerla, Catherine ya se había alejado varios pasos. Y, como la oficina de Kay quedaba al otro extremo del corredor, no pudo seguirla.

—Nos vemos mañana —le gritó, mientras Catherine desaparecía al doblar la esquina del pasillo para no tener que responderle.

Capítulo 8

Una semana después, Catherine se vio forzada a aceptar el doloroso hecho de que quizá no volviera a ver a Morgan. Él no le telefoneó, no la buscó y ella no tenía medios para comunicarse con él. Incluso las flores que le había enviado empezaban a perder sus pétalos y, aunque la joven sabía que debía tirarlas, se resistía a hacerlo. Se decía que era una tontería, pero se habían convertido en el último lazo que la unía a él.

Desde luego, la ausencia de Morgan le facilitaba las cosas en la oficina.

Podía confiarle a Kay, con toda sinceridad, que no salía con él y dedicar todas sus energías a su trabajo. Sospechaba que las predicciones que hacía no eran tan acertadas como antaño, pero continuaba con su labor, decidida a no dejarse vencer por las emociones.

Después de todo, no habían mantenido una verdadera relación, solía decirse cuando se sentía deprimida. En el mejor de los casos solo ella le había confesado toda la verdad acerca de su divorcio… «casi toda la verdad», se corrigió… y Morgan se había contentado con cerrarse como una ostra cada vez que le preguntaba algo acerca de su vida personal. Si en ese momento ya sabía por qué se había mostrado tan hermético, eso no cambiaba su reticencia. Solo reforzaba el hecho de que no conocía a Morgan Lynch. Lo único que él le había permitido ver fue su cara, la misma que mostraba al resto del mundo: una máscara que escondía un sinfín de secretos.

«Excepto esa noche», se consoló en un momento de extrema depresión.

Entonces, durante unos segundos, había logrado entrever los recuerdos torturados que vivían en su subconsciente. Trató de no pensar en lo que sus captores le habrían hecho. No quería imaginárselo muriéndose de hambre, sucio, obligado a sufrir toda clase de humillaciones. No quería imaginárselo sufriendo; así de sencillo.

Pero eso no impidió que los artículos que leía, las películas que veía y algunos comentarios le llenaran la cabeza de horribles detalles. Le parecía que no podía abrir un periódico o una revista sin encontrarse con un nuevo reportaje sobre las atrocidades que habían sido cometidas… no solo contra los soldados, sino contra civiles inocentes, atrapados en la lucha. Se lanzaron acusaciones sobre el uso del NAPALM, un derivado del petróleo que incendiaba lo que tocaba; se admitió que la infantería se inyectaba drogas; se destacaron las

enfermedades psicológicas de los veteranos. Pero cuando Catherine consideraba que el promedio de edad de los soldados norteamericanos era de diecinueve años, dejaban de sorprenderle aquellos hechos. Era como si hubieran enviado a un montón de adolescentes a pelear en una guerra y la sociedad todavía se asombrara de que esa experiencia los hubiera destrozado.

La conversación que había mantenido con Kay borró cualquier duda que tuviera sobre el trabajo de Morgan. Evidentemente, no estaba acostumbrado a permanecer encerrado en una oficina. Aunque Kay no le había hablado nunca de sus actividades en Florida, Catherine sospechaba que pasaba mucho tiempo al aire libre. Ese detalle podía explicar su aspecto físico y el poco interés que le inspiraba la ocupación que desarrollaba en ese momento. Entonces, ¿por qué su padre lo había enviado a Washington?

Pero las cosas que sabía de él resultaban insignificantes con lo que deseaba preguntarle. Y, aunque comprendía que era una locura, no dejaba de pensar en ese hombre.

Cuando estaba llenando la bañera, sonó el timbre de la puerta. Cerró los grifos y fue a abrir. No creía que fuera Morgan; por lo tanto, no le causó una gran desilusión encontrarse con su madre.

—Hola, querida —la señora Lambert la besó y pasó de largo frente a su hija para entrar en el vestíbulo—. ¿Estoy interrumpiendo algo interesante o tienes tiempo para ofrecerme una taza de té?

Catherine suspiró y cerró la puerta.

—No me interrumpes —afirmó indicándole a su madre que siguiera adelante—. Iba a bañarme, eso es todo.

—Ah, vaya —la señora Lambert precedió a la joven y entró en la cocina, dejando sobre la mesa el paquete que llevaba bajo el brazo. Entonces, podemos consumir una tetera entre las dos.

—¿Por qué no?

Catherine intentó en vano mostrarse entusiasta, y su madre miró con impaciencia antes de descubrir a Héctor devorando su comida.

—Ya veo que esta criatura monopoliza toda tu atención —comentó, mientras el gato la observaba de reojo—. Oh, no me mires como si no tuviera derecho a estar aquí —le advirtió al animal.

—No exageres, mamá —exclamó Catherine, llenando la tetera.

Siéntate, si quieres que nos quedemos en la cocina. Héctor no te molestará.

—Mmm —la señora Lambert no se mostró muy convencida, pero se sentó en una silla y acarició el paquete, satisfecha—. Estoy segura de que sabes qué es esto, desde luego.

—El grabado —contestó Catherine con un gesto travieso—. Lo siento. Me olvidé por completo de ese asunto.

—Lo has adivinado —asintió su madre—. Creí que me visitarías el

fin de semana pasado; he estado esperando tu llamada durante toda esta semana.

Catherine terminó de colocar las tazas y los platos e, incapaz de posponer las cosas más tiempo también se sentó.

—He tenido mucho trabajo —murmuró—. Tenía intenciones de llamarte, pero…

—Pero yo no ocupo uno de los primeros lugares en tu lista de prioridades —afirmó la señora Lambert con tono seco—. Sí, ya me lo imaginaba.

—Lo siento —se excusó Catherine.

—Bueno, eso ya es algo, supongo —replicó la señora mientras su hija abría el paquete. Luego agregó—: ¿Te sucede algo malo?

—¿Malo? ¿Qué podría sucederme? —preguntó la chica, a la defensiva, mientras desenvolvía el paquete—. Me siento bien y… ¡Oh! Se interrumpió al ver el grabado, tragando saliva. Había olvidado ese paisaje al atardecer, de delicados tonos evocadores, justo como su mente los había captado. Pero lo que había provocado esa precipitada exclamación fue la influencia oriental de la obra. La línea de horizonte, los campos, la silueta de los árboles desnudos pertenecían a la tradición china. ¿Por qué no lo había notado antes? ¿Y por qué lo hacía en ese momento?

Unas lágrimas ardientes asomaron a sus ojos y, volviendo la cara se pasó una mano por la mejilla con tanto descuido que casi tiró las gafas.

—Oh… la tetera está hirviendo —dijo agradecida de tener una excusa para levantarse—. Prepararé el té.

—Nunca creí que te conmoviera tanto esta pintura —le comentó su madre, observando cómo vertía agua en la tetera—. Se lo contaré a Fliss. Quizá conozca otros trabajos de este artista.

—No… —dijo Catherine con demasiado apresuramiento y tuvo que contenerse—. Es decir… con ese es suficiente. Yo… bueno… ni siquiera he decidido dónde voy a colgarlo.

—¡En tu dormitorio! —sugirió la señora con astucia—. Catherine… —se detuvo—. Algo te preocupa. ¿No quieres hablarme de ello?

—No hay nada qué contar —negó la joven con la cabeza—. ¿Te… te vas… a quedar a cenar?

—¿Me estás invitando?

Catherine revolvió el té con movimientos bruscos.

—Si deseas quedarte, eres bienvenida —afirmó—. Pero solo tengo ensalada de pollo.

—Ah —exclamó su madre—. Te has puesto a dieta.

—No. —Catherine colocó las tazas sobre la mesa. No podía confesarle a su madre que había perdido el apetito desde que Morgan se esfumara de su vida—. Es fácil de preparar, por eso la hice.

—Pues has adelgazado —declaró la señora Lambert—. Si no estás a dieta, debe de tratarse de algo diferente. ¿Has visto a tu médico?

—Desde luego que no. —Catherine le tendió la tetera a su madre.

Sírvete, por favor.

La señora Lambert llenó su taza, añadió unas gotas de leche y se arrellanó en su silla.

—De cualquier modo —añadió—, aunque me gustaría mucho aceptar tu… poco entusiasta invitación… —hizo un gesto—, me resulta imposible. Billy me trajo a la ciudad y vendrá a buscarme dentro de una hora.

—Entiendo.

Catherine estaba contenta de no tener que fingir alegría durante toda la velada. Billy Saunders era el último de la larga fila de pretendientes de su madre y su relación parecía ir progresando.

—Es un cielo —comentó la señora Lambert en ese momento, sorbiendo su té mientras reflexionaba—. Haría cualquier cosa por mí —observó a Catherine por encima de su taza—. ¡Qué lástima que no conozcas a alguien igual, querida!

—Sí —aceptó Catherine——. ¿A qué hora habéis quedado?

—A las siete —repuso su madre con tono cortante—. Y no tienes que consultar tu reloj. Me iré dentro de poco.

—No iba a consultarlo —repuso Catherine indignada, pero cuando volvió la cara se dio cuenta de que le había tendido una trampa

—No se trata de Neil, ¿verdad? —aventuró la señora—. No te ha molestado —insistió, esperando una respuesta; como no llegó, continuó—: Me he enterado de que Marie y él tenían problemas y no me gustaría que te los pasara a ti.

Catherine se humedeció los labios con la lengua, nerviosa. Algunas veces la perspicacia de su madre la sorprendía; ya se estaba preguntando si debía referirle la visita inesperada de Neil, cuando la mujer habló de nuevo.

—¿No… volverás con él, verdad? —preguntó—. Oh, cariño, no dejes que vuelva a herirte.

—Te prometo que no —le aseguró Catherine con la mayor con fianza.

Neil y yo hemos terminado. Para siempre.

—¡Perfecto! —los ojos de su madre brillaron de alegría—. Me alegro de oírlo. Es un imbécil. Nunca me cayó bien.

Lo cual era cierto, pensó Catherine con malicia. La señora Lambert siempre había albergado sus dudas acerca del carácter de Neil y cuando dejó a Catherine por la secretaria, ella fue la primera en criticarlo. Además, siempre apoyó a su hija durante la terrible época de su divorcio.

—Bueno, debo irme —anunció la señora, terminando su taza de té

y negándose a tomar una segunda—. No quiero que Billy me espere. El secreto de una relación es hacer las jugadas correctas y la impuntualidad me parece un defecto muy desagradable.

Catherine salió a despedirla y se preguntó por qué no era como su madre. En su lugar, ella no se torturaría pensando en Morgan haría algo al respecto.

Una hora después, Catherine subía al taxi que la esperaba frente a su casa.

—A Jermyn Gate —ordenó al taxista, rezando por que supiera dónde estaba esa dirección. Después se arrellanó en el asiento, muda.

Ya en ese momento las dudas la carcomían por dentro y media docena de veces durante el trayecto de su hogar a West End, estuvo a punto de pedirle al taxista que diera media vuelta. Pero de algún modo se contuvo y, cuando las luces de la ciudad la rodearon, aceptó que no debía retroceder.

Revisó su aspecto, preguntándose si no habría sido mejor que se hubiera vestido de una manera menos informal. El pantalón negro de lana acentuaba la atractiva longitud de sus piernas. Pero ignoraba si debía haberlo combinado con un suéter blanco. Esperaba que él no pensara que el generoso escote era una invitación. Se subió la cremallera de su cazadora de cuero unos centímetros, esperando que no tuviera una apariencia semejante a la de la «Viuda Negra».

—¿Es aquí?

El taxista detuvo el vehículo frente a un conjunto de apartamentos de lujo, en una plaza bien iluminada. Catherine contempló el rascacielos, con las palabras «Jermyn Gate» escritas con letras doradas en el pórtico y asintió con la cabeza.

Abrió la puerta, bajó del vehículo y pagó lo que debía. Estuvo tentada de pedirle al taxista que la esperara, pero le pareció una seguridad innecesaria.

Después de todo, si Morgan no se encontraba en su casa… o no quería hablar con ella, pensó con cierta aprensión, siempre podría llamar a otro taxi.

Sin embargo, el primer obstáculo al que se enfrentó no fue Morgan, sino el conserje que anunciaba a los visitantes.

—¿El señor Lynch la está esperando, señorita? —preguntó con cierta brusquedad.

A su vez, Catherine se preguntó con inquietud si muchas jóvenes visitarían a Morgan. Si era así, ¿qué demonios hacía ella allí?

—Pues… no —admitió, preparándose para efectuar una rápida retirada, pero el conserje ya había levantado el auricular.

—Le diré que está aquí, señorita —le advirtió—. ¿Cómo se llama? —y Catherine, que no quería descubrir su identidad, le dio su nombre por el simple hecho de que negarse hubiera convencido al conserje de

que se trataba de una persona poco recomendable.

El teléfono sonó algunas veces antes de que lo contestaran y Catherine estaba empezando a pensar que ya se había salvado, cuando se inició la comunicación.

—La señorita Lambert desea verlo, señor —anunció el conserje por el teléfono—. No ha concertado cita previa. ¿Debo hacerla subir?

Catherine no escuchó la respuesta de Morgan; estaba tratando decidir si sería mejor que él se negara a verla, o si prefería que< dejara pasar, cuando el conserje colgó el teléfono.

—Puede subir, señorita Lambert —concedió, en esa ocasión con mayor amabilidad—. Piso dieciocho, número cinco.

—Sí, eso lo sé —comentó Catherine amable, caminando con bastante nerviosismo hacia los ascensores. Se dijo que definitivamente había quemado sus naves y rezó al cielo para que no estuviera cometiendo un error.

El pasillo estaba decorado con un lujo que sorprendió a Catherine.

«Intimidante», pensó la joven cuando levantaba la mano para llamar y retrocedió azorada cuando la puerta se abrió antes.

Morgan llevaba una bata de baño y Catherine adivinó que esa era la razón por la que había tardado tanto tiempo en contestar el teléfono. Tenía el cabello mojado y las piernas y los pies, debajo de bata, desnudos. De nuevo el equilibrio emocional de la joven se alterado, como de costumbre. Catherine metió las manos en bolsillos de la cazadora y trató de adoptar una actitud informal.

—Hola.

—Hola —los ojos ambarinos recorrieron su rostro con inquieto te intensidad y se clavaron en sus labios—. Entra.

—¿Puedo? —preguntó nerviosa, aunque la invitación de Morgan le había parecido sincera.

—No me atrevería a negarme —repuso, apartándose para que pasara.

Tú no lo hiciste.

—¿Qué? —Catherine parpadeó sorprendida—. Oh… —comprendiendo de repente a lo que él se refería, aceptó su ironía—. Gracias.

Entró en un vestíbulo amplio y espacioso, a diferencia del suyo. Al fondo se veía una escalera curva que subía a un segundo piso iluminada por una gran lámpara de cristal cuyos prismas brillaban con la luz.

No pudo asimilar más detalles porque Morgan cerró la puerta la condujo al estudio.

—¿Te gusta? —preguntó Morgan y Catherine, que estaba pensando en lo diferente que era ese apartamento del suyo, se limitó asentir.

—Es precioso —afirmó al fin—. Yo… no me imaginaba que vivieras

de esta manera.

—¿No? —preguntó Morgan con expresión inescrutable—. Bueno… —le indicó la bandeja de bebidas, sobre una mesa de madera—. ¿Quieres una copa?

A mí me vendría bien una.

—¿Por qué? ¿Porque estoy aquí?

Esas palabras se le habían escapado a Catherine, que se enterró las uñas en las palmas de las manos, mientras Morgan la observaba.

—Quizá —respondió con tono frío—. Deberías haberme telefoneado antes de salir de tu casa.

—¿Para que me impidieras visitarte? —Catherine mantuvo la cabeza bien alta.

—Quizá —repitió.

Catherine se dijo que Morgan no se estaba comprometiendo en absoluto; sin embargo, el simple pensamiento de que, si se marchaba debería enfrentarse al conserje de nuevo, la mantuvo en su sitio. Se dijo que no había sido una buena idea haber ido allí, tratando de no culpar a su madre por haberle inspirado, de manera involuntaria, una decisión tan precipitada.

—Entonces, ¿qué tomas? ¿Whisky? ¿Ginebra?

Catherine deseaba rechazar sus sugerencias, pero supuso que sostener un vaso en la mano la ayudaría a sentirse menos tensa.

—¿Tienes… un jerez? —preguntó y cuando él la miró como a una solterona empedernida, agregó con rapidez—: Oh… entonces escocés. Solo.

Le sirvió una copa y se la entregó. Sus dedos se tocaron al asir el vaso y aquel contacto envió un estremecimiento por el brazo de Catherine.

Morgan se sirvió lo mismo, en cantidad generosa, que apuró de un trago antes de volver a llenarse la copa.

—Siéntate —sugirió—. Como ya estás aquí, comportémonos con cierta educación.

Catherine titubeó y luego se sentó en un sillón. Ignoraba cómo podría enfrentarse a aquella situación. Demasiado tarde se le ocurrió que quizá él no estuviera solo en el apartamento. Se dijo que debería haber telefoneado antes.

Después de todo, Morgan no había intentado verla de nuevo. Ella había permitido que un sentimiento de responsabilidad, no solicitado, se impusiera sobre su lógica.

—Ahora —dijo apoyándose en un escritorio de caoba—. ¿Quieres explicarme, Catherine, qué te trae por aquí?

Lo miró inquieta. Los ojos de aquel hombre la recorrían, hambrientos, y ella notó que la bata azul acentuaba su virilidad. Sabía que era ridículo, pero no se había dado cuenta de cuánto necesitaba

verlo y con gran dificultad dominó el impulso de confesárselo.

Algo de lo que sentía debió de reflejarse en sus pupilas pues, con una maldición, Morgan se acercó a ella.

—No —le dijo él bruscamente, y Catherine no necesitó que se lo explicara para comprender a qué se estaba refiriendo—. Pierdes el tiempo.

Entonces se puso de pie, sintiéndose como un insecto a punto de ser aplastado por él.

—Lo siento —se disculpó dejando su vaso sobre la mesa y dirigiéndose hacia la puerta—. No debí haber venido.

—¿Y por qué lo hiciste?

Catherine se dijo que su pregunta merecía una respuesta y, aunque no se sentía inclinada a contestar, se detuvo y se volvió para mirarlo.

—Quería verte —respondió con tono seco y se ajustó las gafas—. ¡Qué estúpida! ¿Verdad?

—¿Por qué? —insistió suspicaz—. ¿Porque ahora te sientes segura?

—No te entiendo —parpadeó Catherine.

—Oh, no finjas que no has estado preguntando a Kay acerca de mí.

Como yo no aclaraba tus dudas, le pediste información a ella. Apuesto a que pasasteis un rato muy agradable destrozando al pobre Morgan.

—Eso es mentira. —Catherine volvió al sillón—. No le pregunté nada a Kay. Ella insistió en decírmelo.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Catherine se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja, con un gesto nervioso—. ¿Por quién me tomas?

—Más bien creo que lo que interesa saber es por quién me tomas tú —repuso Morgan, sirviéndose otra copa—. Maldición… soy lo que soy. Realmente no importa cómo lo hayas descubierto.

—¿Descubrir qué? —Catherine lo miró fijamente—. ¿Que estuviste en Vietnam? ¿Que te capturó el Vietcong? ¿Y qué? Es algo que no debe avergonzarte.

—¡Un ángel de la caridad! ¡La optimista incorregible! —Morgan torció los labios en una mueca cínica—. ¿Tienes idea de lo harto que me tienen las mujeres comprensivas?

Catherine se encogió, pero se negó a permitirle que dijera la última palabra.

—Prefiero ser optimista a compadecerme de mí misma —se defendió sin retroceder, a pesar de que él se estaba acercando a ella—. No puede ofenderme, señor Lynch —tomó aliento—. Quizá… me inspire compasión…

—No necesito que nadie me compadezca —gruñó deteniéndose frente a ella y, aunque hablaba con firmeza, Catherine temblaba como una hoja.

—Entonces deja… deja de comportarte como si fueras el único veterano con… con…
—¿Con qué? —preguntó acercando mucho la cara y Catherine reconoció el aroma del whisky en su aliento.
—Con… problemas —terminó, y Morgan cerró los ojos.
Catherine deseó cortarse la lengua en ese mismo instante. Odiaba decirle esas cosas, odiaba herirlo. Habría hecho cualquier cosa por aliviar su sufrimiento y detestaba pensar que él creía que se trataba de simple curiosidad.
—Morgan…
En un impulso, le acarició el rostro con las dos manos y lo besó en los labios. Él abrió los ojos y los clavó en ella. Sin embargo, no se movió; se quedó muy quieto, permitiendo que la nerviosa lengua de Catherine le recorriera los labios.
Entonces, cuando su falta de confianza le recordó que ella no era una experta en esas lides y que debía retirarse, Morgan deslizó una mano por el cuello de su cazadora y la cerró alrededor de su garganta.
Catherine no sintió miedo. La sorprendió que, teniendo en cuenta la fuerza de ese hombre y sabiendo que podía romperle el cuello con la misma facilidad con que rompería una ramita, no la asustara. Al contrario, el contacto de aquellas manos duras alrededor de su garganta le resultaba maravilloso y familiar. Y se apretó contra él.
—Cat —le dijo y en ese momento su tono estaba cargado de emoción—, no me parece que esto sea una buena idea.
—¿No? —se bajó la cremallera de la cazadora y la deslizó por sus hombros, echándole los brazos al cuello—. Bésame, Morgan. Por favor.
Nunca hubiera creído que podía actuar con tanta desvergüenza, pero ya no le importaba su reputación.
—Tú… no… entiendes —insistió Morgan con voz ahogada, pero cuando miró la suave curva de sus senos, Catherine solo distinguió un intenso deseo en sus pupilas.
Catherine sabía que él la deseaba y, casi como si fuera una consecuencia irrelevante, comprendió que ella también lo ansiaba. Hasta ese momento había tratado de aliviar el dolor, la angustia que le provocaba ese hombre. Deseaba que la besara, que la tocara; todas sus experiencias anteriores le parecían simples accidentes. Hacer el amor con Neil le había enseñado que los preparativos lo eran todo, y lo que sucedía después lo consideraba una desilusión. De hecho, había llegado a la conclusión de que las esperanzas de las mujeres y la imposibilidad de realizarlas formaban el origen de esa palabra:
«desilusión». Las ocasiones en que había sentido cierta satisfacción fueron pocas. Pero lo que en ese momento sentía no se parecía a nada de lo que había experimentado antes. La invadían emociones

diferentes. Cada nervio de su cuerpo se despertaba y vibraba contra los músculos de Morgan.

—No sabes… —le ordenó Morgan con violencia. La quemaba con sus manos sobre las caderas, encendiéndola a pesar de la tela del pantalón. Sus dedos, sensibles y seguros, apenas prestaban atención a la barrera de la lana.

Con evidente urgencia, le cubrió los labios con los suyos y la boca de Catherine se abrió, obedeciendo al mandato de su lengua. Deseaba sentir aquella lengua dentro de la boca, pensó inconsciente. Quería sentirlo a él, saborearlo, y su propia lengua se unió en la sensual imitación de esa posesión.

Le acarició el cabello húmedo, tocó su piel perfumada y tibia bajo la bata de baño; no había conocido a un hombre con una piel tan tersa y sedosa. Luego él le besó el cuello. Ansiaba besarle todo el cuerpo, pensó Catherine casi soñando, al tiempo que sentía en el oído el aliento entrecortado de Morgan. Era un hombre hermoso y el cálido centro de su ser latía expectante.

Con manos un tanto temblorosas, le abrió la bata, descubriendo poco a poco el torso para luego acariciarlo con los labios. Tenía el pecho amplio y musculoso, apenas salpicado de un vello rizado. Como sus brazos y piernas, estaba bronceado y su vello tenía un tono más claro, ligeramente rubio.

Sin embargo, cuando en su exploración llegó hasta el cinturón de la bata, Morgan le sujetó las manos con firmeza.

—No —le pidió él con una voz ronca, extraña, y ella levantó la vista para encontrarse con un rostro pálido y bañado de sudor.

—¿Morgan? —lo interrogó sin comprender, todavía sin creer que estaba intentando detenerla, pero, con un gemido ahogado, él la apartó de su lado.

Medio volviéndole la espalda, se arregló la bata cubriéndose con cautela y Catherine se sintió humillada.

—Discúlpame —dijo él, como si ese ruego hubiera sido arrancado de las profundidades de su propio ser—. Esto… no tenía que haber sucedido.

Capítulo 9

Si no se hubiera sentido tan humillada, Catherine se habría reído. Por lo general, ¿no era la mujer la que solía decir eso? En cambio ella era la que se había sentido como si se hubiera tomado demasiadas libertades.

Encontró sus gafas en una silla y se las puso, aunque pensó que hubiera sido más fácil dejarlas allí. Sin las gafas, todo adquiría un aspecto nebuloso a cierta distancia y en ese momento prefería esa sensación de irrealidad. Lo último que deseaba era descubrir el desprecio de Morgan, así que desvió la mirada y se agachó para recoger su cazadora.

Se dirigió hacia la puerta. Si lograba salir del edificio estaría a salvo, se dijo para alentarse. Y no dejaría que el conserje la viera llorar.

Ni siquiera llegó al ascensor. Estaba intentando abrir la puerta principal cuando la mano de Morgan se lo impidió.

—No te vayas —murmuró contra su cabello y ella se volvió con los ojos llenos de lágrimas—. No te vayas —repitió y, cuando Catherine lo miró confusa, inclinó la cabeza y la besó con dulzura.

Trató de no responder a su caricia. Ya se había llevado una desilusión y no creía que pudiera soportar otra. Era demasiado perturbador, demasiado destructivo, demasiado todo lo que había jurado evitar. Comprometerse podía engendrar un gran sufrimiento; con Morgan eso significaba un peligro mortal.

La obligaba a hacer cosas que nunca antes había intentado y a desear algo que jamás podría poseer.

Pero los labios de Morgan exigían sin medida, la persuadían, quebraban su resistencia y ella empezó a ceder. Solo tenía que tocarla y la sangre corría como fuego líquido por sus venas. Con un gemido de protesta, le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso, mientras Morgan se inclinaba y, pasando un brazo por detrás de sus rodillas, la levantó en brazos.

Siguió besándola mientras la llevaba al segundo piso, pero Catherine estaba demasiado desconcertada para darse cuenta de lo que él hacía. Su única contribución fue quitarse de nuevo las gafas.

Abrió los ojos cuando sintió la fría y suave textura de la seda en su espalda. El corto suéter que llevaba se le había subido, dejándole al descubierto la cintura, y por eso había sentido la frialdad de las sábanas. Morgan la depositó en una cama enorme… su cama, concluyó la joven con un temblor de excitación.

Cuando él se tumbó a su lado le impidió que expresara algún

comentario cerrándole la boca con sus labios.

Catherine quería decirle que todavía tenía las botas puestas y que podría ensuciarle la colcha, pero esas consideraciones fueron aplastadas por asuntos más importantes. Morgan deslizó los labios por el cuello de Catherine; le ardía la piel donde su boca la tocaba.

Morgan solo murmuró: «hermosa» mientras acunaba sus senos y le besaba el pezón. La joven sintió un inmenso alivio cuando él deslizó una mano dentro del suéter y del sostén, librando de esa forma el seno turgente.

—¿Cómo se quita esta cosa? —refunfuñó y Catherine aflojó los tirantes tensos.

Una vez despojada del suéter y del sostén de encaje, Morgan se apropió de sus senos, acariciándolos con sensualidad y lamiéndolos por turno. A Catherine, que nunca antes había experimentado esa clase de excitación, cada caricia le causaba un dolor agudo en el estómago. No era un dolor desagradable; de hecho, resultaba placentero en extremo y ella se movió contra él con urgencia, arqueando la espalda para apretarse contra su cuerpo musculoso. Pero Morgan resistió los esfuerzos de Catherine cuando intentó enredar las piernas alrededor de su cintura. Encontró la cremallera de su pantalón y la abrió, empezando a bajarlo por las caderas.

Le quitó las botas sin que ella se lo pidiera, echándolas al pie de la cama.

Luego el pantalón siguió la misma suerte y los dientes de Morgan se deslizaron por el elástico de las bragas de la joven.

Catherine sentía que se abrasaba. Cada centímetro de su cuerpo estaba sensibilizado por la caricia de los labios de Morgan y sus nervios se esmeraban en cumplir con cada una de sus exigencias. Con infinita paciencia, Morgan tiró de la prenda con los dientes y sus labios buscaron el vello oscuro que se escondía detrás, mientras sus dedos completaban el proceso. Entonces, cuando Catherine se apoyó en sus hombros, él se acomodó sobre ella, besándola de nuevo.

—¿Perfecto? —murmuró él y la chica asintió con vigor.

—Perfecto —repitió, con mucho esfuerzo, pues la estaba llevando al borde de un espasmo frenético. Se ahogaba tratando de decirle que deseaba compartir ese gozo con él, pero era demasiado tarde. Se hallaba más allá de la razón, de la cautela, girando sin control sobre un precipicio de emociones…

Regresó a la tierra demasiado pronto, para descubrir que Morgan estaba tumbado de espaldas, a su lado. Como ella, tenía la piel húmeda y fría, pero no necesitó esforzarse mucho para adivinar que él no había compartido el mismo placer que a ella le había estremecido. El gozo que le había regalado había sido solo para ella. ¿Por qué habría actuado de esa forma?, se preguntó, mirándolo a la cara con

ojos perturbados. Él mantenía cerrados los párpados, aunque no dormía. Respiraba con demasiada rapidez para estar dormido y su pecho subía y bajaba rítmicamente cubierto por la bata. Catherine hubiera jurado que la deseaba. ¿Qué error había cometido?

—Morgan —suspiró, inclinando la cabeza para besarle el cuello.

Morgan… ¿en qué hemos fallado?

Entonces él abrió los ojos. La joven temía que estuviera irritado, pero en contra de sus expectativas, la miró con una expresión de cálida indulgencia.

—En nada —contestó con voz tensa—. ¿Te sientes bien?

Catherine se mordió el labio inferior.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó en lugar de contestarle—. ¿Por qué…? —apretó los labios—. Quería tenerte dentro de mí, cuando…

—¿No te ha gustado? —la expresión de Morgan se ensombreció.

—Claro que sí. —Catherine se apartó un mechón de cabello de la frente —. Pero me hubiera gustado más sí…

—No, no podía. —Morgan se apartó de ella y se sentó, doblando una pierna y descansando la barbilla sobre la rodilla—. Intenté decírtelo. Yo no… es decir… —se detuvo por un momento y luego continúo con dureza—: Estoy incapacitado para realizar el acto sexual.

—Yo… no lo creo —replicó Catherine, contemplándolo.

—Es verdad. —Morgan le lanzó una mirada fría e indiferente—. No te mentiría acerca de eso, te lo juro.

Catherine movió la cabeza de lado a lado.

—Pero… tiene que haber algo que yo pueda hacer…

—No —repuso Morgan sin titubear en lo más mínimo—. Me duele que lo hayas descubierto de esta forma, pero así es —se detuvo—. Sin embargo, te agradecería que no lo difundieras. No me queda mucho orgullo, pero aún poseo un poquito.

—¡Oh, Morgan!

Catherine se arrodilló y lo hubiera abrazado para mimarlo, pero él se lo impidió.

—No —le advirtió con frialdad—, no quiero tu compasión. No la necesito. Realmente, tengo suerte… he conservado la salud, mi fuerza y todas mis facultades. Créeme, no tantos fueron tan afortunados como yo.

—¡Oh, Morgan! —exclamó Catherine estremecida.

—¡No me mires así! —con una maldición ahogada saltó de la cama, atravesó el cuarto y se detuvo frente a la ventana—. Será mejor que te vayas —dijo con voz ronca—. Voy a llamar a un taxi.

—¿No podemos hablar de esto? —preguntó Catherine titubeando.

—¿Qué es lo que hay que hablar? —preguntó sin volverse.

—Pues… —Catherine miró a su alrededor, indefensa—. ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte? —repitió.

—Nadie puede ayudarme. ¿Crees acaso que no lo han intentado?

—No, pero… —Catherine se sentó sobre el borde de la cama, dándose cuenta de que no la avergonzaba estar desnuda frente a él—. Me gustaría intentarlo…

—¿Cómo? —se volvió de pronto, mirándola con expresión impaciente, y los pensamientos positivos de Catherine se evaporaron como por encanto.

Buscó el sostén y las bragas, apartándose de él para evitar su mirada despectiva.

—Toma —le dijo él, tendiéndole la ropa interior y ella, aceptándola, se la puso. Pero sus manos torpes la traicionaron de nuevo y Morgan tuvo que abrocharle el sostén.

—¡Qué novedad! —exclamó, con tono seco, dándole el suéter—. Por lo general, el hombre ayuda a la mujer a desvestirse, y no al contrario. Pero, ¿acaso soy yo un hombre? —se preguntó, levantándose y volviendo a mirar por la ventana.

Aparte… aparte de…

—Pues entonces yo tampoco soy una mujer —murmuró Catherine, trémula, y él la observó sin comprender.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que soy —replicó Catherine con fiereza, subiéndose la cremallera del pantalón. Tomó sus botas, negándose a mirarlo—. Yo… yo no puedo tener hijos. Soy… estéril. No puedo satisfacer mi función en la vida.

—¡Oh, Dios! —la expresión de Morgan se dulcificó y sacudió la cabeza.

No tenías por qué confesarme nada.

Catherine inclinó la cabeza mientras se esforzaba por calzarse las botas.

—Quise hacerlo —le confió con sencillez— aparte de a Neil y de mi madre… nunca se lo dije a nadie.

Morgan gimió, pero permaneció inmóvil.

—Lo siento.

—¿De verdad? —en ese momento Catherine levantó la vista para mirarlo —. Pues, al igual que tú, yo detesto la compasión. Acepto mi situación. Soy… un monstruo de la naturaleza, supongo.

—No es tan importante —comentó Morgan en voz baja.

—¿No? —Catherine se puso de pie—. Por esa razón Neil me abandonó.

Quería tener hijos, ¿comprendes? Y yo no podía dárselos.

—Entonces, está loco —afirmó Morgan con tono firme.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te dejó… porque no podías darle un hijo. —Morgan dominó un gemido de angustia—. A mí no me hubiera importado.

Habría sido feliz solo con tenerte.

—Habrías sido… bueno… puedo ser tuya —exclamó Catherine conteniendo el aliento. Se acercó a Morgan, pero él retrocedió.

—No, no puedes —replicó, terco.

—¿Por qué no? —le preguntó sin importarle su tono de súplica. Lo amaba. «¡Oh, Dios, cuánto lo amo!» se dijo de repente. Lo amaba a pesar de lo que era, de lo que había hecho, de lo que habían hecho… lo amaba desesperadamente. Y él la rechazaba.

—No resultaría —sentenció—. No podría condenarte a esta vida.

—Me condenas a algo peor —protestó Catherine sin esperanza—. Oh, Morgan… no te… no te niegues a que nos veamos de nuevo. Tú… tú empezaste esto. ¡No es justo!

—Intenté acabarlo —le recordó, cansado—. Y no te pedí que vinieras aquí. Lo hiciste por tu propia voluntad.

—Pero… no me echaste a la calle —se defendió, abriendo los brazos.

—¡Dios! —Morgan alzó los ojos al techo—. ¿Qué esperabas de mí, Cat?

Soy un hombre a medias, pero sigo siendo humano. Quería que te fueras, pero no podía echarte a la fuerza de mi casa. Al hacerte daño a ti, me lo hago yo a mí mismo.

—Entonces… —Catherine entreabrió los labios.

—Vete, Cat —dijo con un tono de inmenso cansancio—. Tuvimos… lo que tuvimos, pero ya se terminó. Busca a un hombre que te ame… de todas las formas posibles. Te lo mereces. Entre Neil y yo hemos destruido tu vida.

Se le cayeron las gafas al suelo al huir por la escalera, con el convencimiento de que también su alma estaba a punto de romperse en mil pedazos. Recogió los cristales rotos, desde luego y, al agacharse, descubrió a Morgan observándola desde lo alto de la escalera. Sin embargo no dijo nada, ni tampoco ella. No había más que decir.

En el taxi que la llevaba a Orchard Road, Catherine se repitió que Morgan no podía haber hablado en serio. Imposible. Tarde o temprano se arrepentiría e iría a buscarla. Ella le importaba. Se lo había confesado y eso debía significar algo que él no podía ignorar.

Pero, durante las siguientes semanas, la esperanza empezó a morir. A pesar de su convicción de que Morgan la buscaría, no lo hizo. Se quedaba sin aliento cada vez que alguien llamaba por teléfono, y se le paraba el corazón cuando oía el sonido del timbre. Pero, como antes, la desilusión siempre seguía a la expectación y, poco a poco, tuvo que aceptar la voluntad indomable de ese hombre. Le había dicho lo que sentía realmente. Su breve relación había terminado.

Fue entonces cuando la agobiaron otros síntomas. Aunque lograba

suprimirlos por el día, la oscuridad los agudizaba. Le molestaba llegar a su casa por la tarde. Empezó a quedarse horas extras ante su escritorio, cuando ya sus colegas habían salido, trabajando hasta que el vigilante cerraba el edificio.

Desde luego, su trabajo aumentó en rendimiento, aunque no siempre en calidad. Y, como estaba dispuesta a ayudar a todos sus compañeros, la gente se aprovechó de ella. No por egoísmo, decidió la joven, sino porque tenían cosas interesantes que hacer fuera de la oficina y, si alguien les echaba una mano y les quitaba responsabilidades, tenían más tiempo para disfrutar con sus familias… o con sus amantes.

Desde luego, no se atrevía a reconocerlo; habría sido demasiado doloroso aceptar lo que eso significaba. No quería pensar que otras personas disfrutaban compartiendo su tiempo con sus seres queridos. Su vida era tan vacía, que casi no soportaba observar a las parejas amarse en las películas de televisión. Así que se obligó a concentrarse en su trabajo, declinando las invitaciones a salir con una indiferencia que rayaba en la obsesión.

Sin embargo, al final siempre tenía que regresar a su hogar y Héctor la recibía como a un amigo entrañable. Adivinaba que, a su manera, intuía que algo andaba mal. Pero su compañía no la compensaba por la ausencia de Morgan. Y, en la oscuridad de la noche, los recuerdos de lo que ella y Morgan habían tenido… y de lo que hubiera podido ser… la desgarraban.

Hasta que Morgan se acostó con ella, siempre había pensado que no necesitaba el aspecto físico, sexual, de una relación con un hombre. Solamente había echado de menos la compañía de Neil, la presencia de alguien más en la casa. Héctor había llenado ese espacio con bastante satisfacción y, si bien era cierto que le molestaba no poder hablar con alguien, pronto se adaptó a esa situación.

Pero con Morgan era otra cosa. En unos días, había logrado lo que Neil no consiguió en cinco años de matrimonio y se sentía desolada. Le dolía no verlo, la lastimaba el deseo que había despertado en su cuerpo. Hubiera dado lo que le pidieran con tal de mirarlo, de tocarlo, de sentir sus brazos a su alrededor. Algunas noches sentía la piel tan ardorosa y vulnerable como una herida abierta. ¿Cómo había podido transformarla de esa forma?, se preguntó.

¿Cómo podía negarse él mismo a ser feliz?

Aparte de los hombres de la oficina, que sin duda pensaban que sufría una menopausia prematura, la tía Agnes fue la primera en descubrir que algo andaba muy mal en la vida de su sobrina. Su madre, demasiado ocupada con su propia existencia, se contentaba con aconsejarla que visitara un médico cada vez que notaba que su hija seguía bajando de peso.

Pero la hermana de su padre, que la visitó de forma inesperada un sábado por la tarde, fue más astuta. La limpieza exagerada de la casa, las ojeras de Catherine, la falta de expresión de su tono de voz inquietaron a la anciana.

Su sobrina se había convertido en una autómata, que miraba la televisión sin verla.

—¿Quién es él? —le preguntó su tía, adivinando que se trataba de un problema emocional—. Te sentirás mejor si hablas conmigo.

—No puedo —respondió, sin intentar fingir que no entendía a qué se estaba refiriendo su tía—. Me gustaría, pero no puedo.

—Ya veo. —Agnes frunció el ceño—. Supongo que por esa razón estás adelgazando. ¿No comes?

—Lo suficiente —contestó, tomando el té que su tía había preparado.

La mayoría de las veces no tengo hambre —hizo un gesto—. Una dieta muy efectiva, ¿eh? Debería escribir un libro.

—Mmm —la anciana permaneció pensativa—. ¿Cuánto tiempo lleva esto?

—No sé —respondió con cansancio—. Cinco o seis semanas, supongo.

Sucedió en octubre, pero duró muy poco tiempo.

—Y dentro de tres semanas será Navidad —comentó Agnes.

Catherine, esto no puede seguir así. ¿Tu madre está enterada de lo ocurrido?

No puedo creer que no lo haya notado.

—Ha anotado que he adelgazado —replicó la joven.

—¿Y?

—Cree que sigo amando a Neil.

—Pero no es cierto.

—Exacto.

—Pero se trata de un hombre.

—Sí. —Catherine dejó la taza y ocultó la cara entre las manos.

—Oh, querida mía… —Agnes también apartó su té y se levantó para consolar a su sobrina—. Cariño, tienes que hablar con alguien. Si te niegas… no creo que soportes tu angustia durante mucho tiempo.

—Has acertado. —Catherine se pasó una mano por los ojos; sin embargo, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas de todos modos.

—¿En qué he acertado? —las manos de su tía, acariciándole los hombros, le prestaban un gran apoyo.

—En que no podré soportarlo… —dijo Catherine con un nudo en la garganta—. ¿Qué voy a hacer, tía Agnes? Lo amo y… no tengo esperanzas.

—¿Está casado? —su tía la abrazó con fuerza.

—No.

—Pero… ¿tienes alguna rival?

—No lo creo —negó con la cabeza Catherine.

—Entiendo. —Agnes parecía confundida—. Entonces… ¿no te ama?

Catherine levantó la cabeza con el rostro bañado en lágrimas.

—Sí —afirmó sin recapacitar—. Sí, me ama. Por lo menos, le importo, aunque tú no puedas comprenderlo… Está… está enfermo.

—¿Enfermo? —su tía cada vez estaba más confundida y, dándose cuenta de que debía explicarse, Catherine asintió.

—Es norteamericano —le informó con cautela—. Él… trabaja aquí, en Londres.

—¿En la embajada?

—Pues sí. —Catherine frunció el ceño—. ¿Cómo lo supiste?

—Lo adiviné —admitió su tía, traviesa—. Continúa.

—Pues, como te dije… está enfermo —titubeó Catherine.

—¿De qué tipo de enfermedad se trata? —le preguntó su tía, preocupada

—Psicológica, creo —respondió Catherine intentando ser sincera.

Estuvo en Vietnam y… parte del tiempo, en un campo de prisioneros del Vietcong.

—¡Oh, Catherine! —exclamó Agnes, sentándose de nuevo—. Querida, no sé qué decirte.

Catherine se secó las lágrimas de las mejillas y miró a su tía con ojos vacíos.

—Apuesto a que piensas que estoy loca, ¿verdad?

—Como no conozco a ese hombre, no me gustaría hacer ese tipo de generalizaciones —replicó Agnes—. Y… por esa razón él… ¿no os veis?

—En parte. —Catherine inclinó la cabeza—. Oh, tía Agnes, desearía que lo conocieras. Te gustaría, lo sé. Yo nunca había conocido a un hombre como él.

Me hizo darme cuenta de que jamás amé a Neil… no de la manera en que se supone que amas a alguien. Oh… quizá esto te parezca poco probable, pero…

—No carezco por completo de imaginación —protestó su tía con tono seco, y luego añadió muy seria—: Yo también me enamoré una vez. De hecho, íbamos a casarnos. Sin embargo… —se encogió de hombros—… lo mataron en Corea. Nunca sentí nada parecido por otro hombre.

Catherine contempló a su tía comprendiendo que, durante todos los años que la había tratado, había aceptado la opinión de su madre como si se tratara del evangelio, dando por sentado que siempre había querido quedarse soltera.

Nunca se le había ocurrido pensar que la alta, delgada e inteligente hermana de su padre, hubiera sido en un momento de su vida, tan

vulnerable como ella.

—Lo siento.

—Ya no merece la pena —afirmó Agnes con tono pragmático—. Sucedió hace mucho tiempo. Quizá no hubiera resultado. Pero lo que importa es que ocurrió y sobreviví. O casi.

—Gracias —musitó Catherine con una sonrisa triste.

—¿Te he ayudado en algo?

—Un poco —al menos Catherine ya no se sentía tan tensa por dentro.

¿Te quedarás a tomar otra taza de té?

—Si me prometes acompañarme comiendo cualquier cosa —propuso Agnes—. Pero antes demos un paseo. Hace frío, pero no llueve. Y creo que necesitas aire fresco.

Capítulo 10

Una semana más tarde, Catherine se dirigía en su coche al apartamento de Morgan. No era esa su intención cuando abandonó su casa, o por lo menos no de una manera consciente; pero el domingo por la tarde las calles estaban vacías y se dirigió de manera automática hacia Jermyn Gate.

No se arriesgaría a entrar en el edificio de nuevo. Aparte de que estaba segura de que Morgan se negaría a verla y la frágil coraza que la tía Agnes le había ayudado a construir para protegerse no resistiría ese rechazo, quería borrar el recuerdo de aquella tarde terrible cuando Morgan le lanzó su ultimátum. Había huido del edificio, llevándose sus gafas rotas y habría jurado que el conserje pensó que Morgan la había violado.

Vio pocos coches aparcados en Jermyn Gate, así que se detuvo a varios metros del edificio. A pesar de que sabía que era imposible, no quería que Morgan reconociera su coche si miraba por la ventana.

Apagó el motor, aspiró profundamente y trató de calmarse. Un poco tensa, pensó que lo había conseguido. Allí estaba el edificio y, si alzaba la vista podría identificar el apartamento de Morgan. Pero no lo hizo. Se conformaba con aparcar a unos metros del hogar de Morgan sin romperse en pedazos. Se lo contaría a la tía Agnes.

Y entonces lo vio. Salía del edificio y se dirigía hacia el lugar en que estaban aparcados los coches. Llevaba un abrigo de pelo de camello y un sombrero que le ocultaba el rostro, pero era él. Cuando se detuvo ante el elegante Mercedes y buscó las llaves en su bolsillo, Catherine abrió la puerta y salió del vehículo.

Mientras corría hacia él, se dijo que su tía Agnes no hubiera aprobado esa decisión. Pero le pareció que el destino la obligaba a encontrarse con Morgan y… no habría sido humana si hubiera dominado la necesidad de hablarle. Aunque solo fuera por última vez…

Morgan encontró las llaves del coche y lo rodeó. En cualquier momento se subiría a él y ella perdería esa oportunidad única. Sin titubear, sin pensar, actuando por instinto, lo llamó y él se volvió para mirarla. Y entonces a Catherine le pareció por un momento que el mundo se hundía a su alrededor.

No era Morgan, aunque se parecía mucho a él. Ese hombre era mayor, mucho mayor, y en su mirada no existía el menor rastro de reconocimiento.

—Lo… siento. —Catherine se detuvo, vacilante, con la respiración acelerada—. Yo… le confundí con otra persona.

En ese momento giró sobre sus talones; el dolor y el cansancio la aplastaron. De hecho, se sentía casi tan mal como aquella noche en que salió corriendo del edificio. De repente, la voz de aquel desconocido la hizo pararse en seco. Pero no quería hablar con él. No quería hablar con nadie.

—Señorita —le gritó con un acento inconfundiblemente norteamericano —. ¡Espere! —y cuando ella se volvió para mirarlo con renuencia, preguntó—:

¿Busca a mi hijo?

Catherine abrió la boca, atontada.

—¿Su… hijo? —musitó incrédula.

—Sí, mi hijo —asintió el hombre, caminando hacia la joven—. Morgan Lynch. ¿Sabe dónde esta?

Por un momento, Catherine creyó que iba a desmayarse. Temblaba hasta tal punto que no entendía cómo sus piernas seguían sosteniéndola. Pensó que no era nada extraño que lo hubiera confundido con Morgan; el parecido resultaba evidente.

—¿Sabe dónde está?

El hombre la examinó con ojos fríos e inquisitivos. Mantenía una actitud educada, pero la joven presintió su impaciencia mientras continuaba contemplándolo, sin hablar. Adivinó que no toleraba insubordinaciones de ninguna clase y, recordando que Kay le había comentado que el padre de Morgan era general del ejército norteamericano, comprendió que su silencio lo irritaba.

—Yo… no contestó nerviosa. —¿No está en su casa? Sé dónde vive.

—Vivía —la corrigió el padre de Morgan, mirando por encima de su hombro—. Hace un mes que el conserje no ha vuelto a verlo.

—¡Oh, Dios mío!

Catherine sintió que una oleada negra la cubría y, dándose cuenta de que debía volver a su coche antes de que se desplomara en el suelo, extendió una mano en un gesto de advertencia. Pero el padre de Morgan no reaccionó como había esperado. En lugar de abandonarla a su suerte, la sostuvo del brazo y le pidió con suavidad:

—Permítame ayudarla.

Catherine estaba tan mareada que no le importó a dónde la llevaba. Sin embargo, cuando abrió la puerta del vehículo y la ayudó a entrar, comprendió de inmediato que ese no era su coche, ni tampoco el de Morgan.

—Bueno —dijo el hombre, sentándose a su lado—, dígame dónde puedo ofrecerle algo de beber.

—Oh, no… No hay necesidad —tragó saliva Catherine.

—Yo opino que sí —replicó el general Lynch, poniendo el motor en marcha—. Le sugeriría que utilizáramos el apartamento de Morgan, pero no queda ni una sola bebida. Él y ese filipino que lo cuida no

dejaron ni una botella de escocés que valga la pena.

—¿Entonces usted… estuvo en el apartamento de Morgan? —preguntó la chica, humedeciéndose los labios.

—Claro. El conserje me abrió. No quería, pero cuando le informé que tenía amigos en Scotland Yard, se mostró un poco más cooperativo.

—Entiendo.

Catherine se tranquilizó un poco, aunque le parecía horrible pensar que no podría encontrarlo, a pesar de estar dispuesta a enfrentarse a su ira de nuevo. La alternativa, que Morgan estuviera enfermo o algo peor en su apartamento, la había llenado de zozobra y esa posibilidad estaba descartada.

—Supongo que es amiga de mi hijo, ¿verdad? —Catherine asintió—. ¿Y no sabe dónde está?

—No —esa terrible realidad empezaba a agobiarla—. No. Lo siento.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo vio por última vez? —preguntó el general Lynch con expresión pensativa.

—Oh… varias semanas. —Catherine esperaba no tener que proseguir con ese tema—. Nosotros… pues… acordamos no volver a vernos por… un tiempo —se dijo que esa era una verdad a medias. No podía admitir que Morgan se había negado a verla de nuevo.

El militar asintió y después, al descubrir un pequeño restaurante al borde de la carretera, se dirigió hacia él.

—¿Este lugar le parece apropiado?

—Por favor —le pidió, Catherine—, si pudiera llevarme a Jermyn Gate…

—Lo haré —le prometió mientras aparcaba—. Después de que nos tomemos una copa.

El camarero que los recibió los guio hasta una mesa iluminada por una sola vela. Luego, con exquisita cortesía, los invitó a examinar el menú.

—Solo escocés —pidió el general—. Y un brandy para la dama. Eso es todo.

—No quiero tomar brandy —protestó Catherine.

—Yo creo que sí —insistió el padre de Morgan con tono seco—. Ha estado a punto de desmayarse. Las chicas… las mujeres de su edad, no se desmayan sin una razón de peso. Soy curioso. ¿Qué le pasa? —hizo una pausa y agregó en voz baja—. ¿Está embarazada?

—¡No! —Catherine se dio cuenta de que el padre de Morgan poseía la misma naturaleza directa de su hijo y que no resultaría fácil tratar con él.

—De acuerdo —un gesto de melancolía se pinto por un segundo en el rostro del hombre, pero escondió sus emociones de manera admirable.

Entonces… ¿qué relación tiene con mi hijo? —insistió—. ¿Por qué casi se desmayó al enterarse de que Morgan ha salido del país?

Catherine lo miró consternada. Y después de agradecer la bebida que el camarero le sirvió, exclamó:

—¿Cómo sabe que ha salido del país?

—No lo sé. Todavía no —el general Lynch estudió su vaso antes de llevárselo a los labios—. Pero supongo que es una buena posibilidad. ¿Usted no?

—Lo ignoro… —titubeó. Se llevó una mano a la garganta y luego se aventuró a preguntar—: ¿A dónde podría ir?

—¿A Mango Key? —sugirió el general de forma tentativa—. ¿Qué piensa usted?

—¿Mango Key? —la joven se apoyó en el respaldo de su asiento—. ¿Ese lugar es… se encuentra en… Florida?

—Así que se lo dijo, ¿eh?

Un mundo de esperanza parecía filtrarse en la voz del general, pero Catherine se vio obligada a desilusionarlo.

—No —respondió, recorriendo el borde del vaso con un dedo—. Kay me lo contó. Kay Sawyer.

—Ah —exclamó el general Lynch—. Morgan rara vez habla sí mismo —se acarició la mandíbula con gesto cansado—. Por minuto pensé que usted y él se habían comprendido… mucho.

—¡Lo hicimos! Nosotros… oh… pensé que algo nacería de todo eso.

—¿De verdad? —el padre de Morgan la estudió, pensativo.

—Sí —gimió Catherine e, incapaz de evitarlo, preguntó—: ¿Usted lo obligó a venir a Londres?

—¿Acaso le importa? —el general Lynch adquirió un aire intrigante en ese momento.

La joven se sonrojó pero, dándose cuenta de que no tenía nada que perder, contestó temblorosa:

—Sí, porque lo amo. Y… y no creo que usted lo entienda.

—¿No? —preguntó el general, levantando la voz—. ¿Por qué piensa eso?

—Porque… oh… —Catherine inclinó la cabeza—, porque no fue feliz aquí.

—¿Ni siquiera con usted? —había un sarcasmo evidente en aquella pregunta y los ojos de Catherine brillaron con repentina ira.

—No. Ni siquiera conmigo —concedió con dolor y encontró consuelo en un trago de brandy.

—Entonces, ¿qué hacía en su apartamento esta tarde?

Eso era más difícil de contestar y Catherine se humedeció los labios antes de confesarle:

—Nosotros… discutimos —dijo al tiempo que se preguntaba cómo podía revelar cosas que jamás le había confiado a nadie-Morgan dijo

que… no era justo para mí que continuáramos con esta relación. Yo… no estuve de acuerdo.

—Entonces… —el padre de Morgan parecía devastado—. ¿Lo sabe?

Catherine no intentó precisar lo que sabía. Simplemente asintió y el general cerró los ojos con súbita emoción. Por unos momentos permaneció silencioso, intentando recuperar la compostura. Luego haciendo un esfuerzo, dijo:

—Morgan debió de decírselo. No creo que los Sawyer… es más estoy seguro de que no lo saben.

—En efecto, Morgan me lo dijo. —Catherine inclinó la cabeza—. Fue su manera de terminar con nuestra relación.

La voz se le quebró y, como si comprendiera su desconsuelo, el padre de Morgan extendió el brazo por encima de la mesa y le apretó la muñeca para tranquilizarla.

—Mire… —sacudió la cabeza—. ¡Ni siquiera sé su nombre!

—Me llamo Catherine —replicó con voz ronca—. Catherine Lambert.

—Pues… ¿Catherine? ¿Me permites que te tutee? —y, como ella asintió, continuó—. Quizá te tranquilice saber que, según he comprobado, mi hijo nunca le ha confesado su… condición… a nadie.

—Lo creo, general —suspiró Catherine.

—¿General? —entornó con suspicacia sus ojos azules—. Vaya, estoy seguro de que Morgan no te dio esa información

—No. —Catherine sonrió con esfuerzo—. Su hijo no habla mucho de sí mismo, ni tampoco de su familia.

—Mmm —murmuró—. Supongo que fue Kay la que te lo dijo. ¿Es tu amiga?

—Trabajamos en la misma compañía —la joven se encogió de hombros—. Hace cinco años que conozco a Denzil y a ella.

—Entiendo —asintió—. Por lo tanto, sabes que Denzil es una especie de sobrino mío.

—Sí.

—¡Pobre Denzil! —la expresión del general Lynch se volvió resignada.

Nunca le perdonó a Morgan que tuviera a un general como padre. Denzil es diplomático y le hubiera encantado tener esa distinción.

Por eso Denzil se mostraba agresivo con Morgan, pensó Catherine. Eso también explicaba por qué lo invitó a cenar. Se suponía que Denzil jamás olvidaría la influencia que el general Lynch podía ejercer en su favor.

—De cualquier modo —prosiguió el padre de Morgan—, creyó que le había tocado la lotería cuando Morgan huyó y se alistó para luchar en Vietnam.

Apostó a que no regresaría.

—Pero, ¿por qué huyó Morgan para alistarse? —preguntó Catherine con el ceño fruncido, pero al comprender que se estaba dejando llevar por una curiosidad muy poco discreta, se ruborizó—. Lo siento. Olvide mi pregunta. No me incumbe.

—No. Pero me gustaría contártelo —afirmó el anciano con tristeza —. Es extraño, pero presiento que conoces a Morgan mejor que muchos —apoyó los codos sobre la mesa—. Fue culpa mía. Yo obligué.

—¿Cómo? —preguntó la joven, sorprendida.

—Verás —el general Lynch contempló su bebida por un segundo y luego continuó—: Morgan es mi único hijo varón. Mi mujer, que Dios la tenga en el cielo, y yo tuvimos tres hijas antes de que Morgan naciera —soltó una risa breve —. Casi nos habíamos resignados a no tener un hombrecito, así que puedes imaginarte la alegría que sentimos cuando Morgan llegó. —Catherine asintió y él continuó su relato—. Sus hermanas eran bastante mayores que él. Lo echaron a perder, desde luego. Siempre quisieron tener un hermanito y Morgan solo debía alzar la voz para que las tres corrieran a obedecerlo. A mi no me gustaba esa actitud. Me preocupaba la influencia que tendrían las cuatro mujeres de mi casa cuando el chico creciera —suspiró con un gesto de cansancio—. No quería que mi hijo se volviera afeminado o que careciera de la fibra moral que siempre sembré en los hombres que estuvieron bajo mi mando —hizo una pausa y continuó, sacudió do la cabeza—: Desde luego, me equivoqué. Morgan era amable, sensible, pero en ningún momento exhibió la cobardía que yo achacaba.

—¿Usted… lo tachaba de cobarde? —Catherine contuvo el aliento.

—Para mi desgracia, sí —suspiró el general—. Deseaba que el muchacho se alistara en el ejército, que estudiara en West Point como yo. Soñaba con que se convertiría en un oficial —se encogió de hombros—. Morgan no compartía mis planes. No le interesaba ejército. Quería matricularse en la Universidad de Los Ángeles para estudiar biología marina… ¡por el amor de Dios! Le advertí que quizás no tenía la inteligencia necesaria para ser un biólogo marino —hizo i gesto de agotamiento—. Él replicó que por esa razón yo había ingresado en el ejército.

—¿Y… huyó? —Catherine se mordió el labio.

—No de inmediato —le costaba trabajo proseguir con su relato y apuró su bebida—. Estaba esa chica —hizo un gesto—. Siempre hay una mujer… Debí darme cuenta de que un joven tan… tan atractivo como Morgan no tendría problemas para demostrar su masculinidad pero yo me comporté… todavía me comporto… como un necio —su piró—. De cualquier modo, esa joven no le convenía. Solo le interesaba el dinero; era todo lo que quería. Y lo consiguió.

Cuando le prohibí a Morgan que siguiera viéndola, fue la gota que

colmo el vaso.

—Pero… se casó con ella —se aventuró a decir Catherine con cautela y el padre de Morgan asintió.

—Debí comprender que no lograría nada prohibiéndole salir con ella —admitió—. Ahora lo sé. También lo sabía entonces, pero no reaccioné hasta que fue demasiado tarde. Cuando me enteré de lo que sucedía, ya estaban casados y Morgan se había alistado en el ejército. Oh, lo hubiera dado de baja —soltó un ronco gemido—. Habría movido cielo y tierra para declararlo incapaz de servir a su patria, pero Morgan juró que no volvería a hablarme si utilizaba mi influencia para librarle de su deber. En consecuencia, mi mujer invitó a Della, así se llamaba la chica, a mudarse a nuestra casa en Arlington, cerca de Washington, mientras Morgan estaba en Vietnam —se pasó una mano por la cara, como si aquel recuerdo le resultara insoportable —. Él tenía dieciocho años.

—¡Dieciocho! —Catherine recordó todos los reportajes que había leído acerca de la guerra del Vietnam. ¡Era tan joven!

—Sí, dieciocho —dijo el general Lynch, decidido a endurecer su tono de voz—. Cumplió veinticinco cuando volvió a casa. Y apenas lo reconocí.

—¿Qué sucedió con Della? —preguntó Catherine.

—Oh… —el padre de Morgan hizo un ademán despectivo—. Consiguió el divorcio tan pronto como recibimos la noticia de que Morgan había desaparecido y se le suponía muerto. Mi mujer no lo resistió. No me refiero al divorcio, como entenderás. Estábamos contentos de que Della se apartara de nuestras vidas. Pero para entonces, Mary, mi mujer, descubrió que tenía cáncer y que jamás volvería a ver a su hijo. Perdió la voluntad de vivir.

Catherine sintió piedad por aquel anciano. No solo perdió a su hijo, o al menos así lo creía él, sino también a su mujer. «¡Qué castigo tan espantoso!», pensó.

—Pero… Morgan volvió —le recordó Catherine y él asintió.

—Sí. Morgan volvió. Pero no el Morgan que se fue. Mis hijas y yo tardamos algún tiempo en darnos cuenta de que no mejoraría sin ayuda profesional. Lo llaman síndrome de tensión retardada. Pero no solo era eso.

Morgan pasó cinco años en una prisión norvietnamita. Y una prueba de su fuerza de voluntad fue que no perdió la razón.

—Pero… estuvo enfermo.

—Oh, sí. Sufrió todos los síntomas habituales… alineación, rabia, culpa; sin embargo, cuando intentó suicidarse, comprendimos que necesitaba un tratamiento adecuado. Lo hospitalizamos y durante seis meses convivimos con la incertidumbre de si recobraría razón —hizo una pausa, al borde de las lágrimas—. Morgan es un luchador.

¡Imagínate, que yo tenga que decir eso!

Sabes, Catherine mi hijo ha mostrado más valor que yo. Participé en la última gran guerra, formé parte del ejército de liberación que venció en Francia y Bélgica, pero jamás tuve la clase de experiencia de Morgan —negó con la cabeza cuando el camarero fue a preguntarles si deseaban otra copa e hizo su vaso a un lado—. Después, cuando Morgan regresó de nuevo a casa —continuó—, decidió ir a trabajar a Florida. Un amigo suyo, alguien que conoció antes de irse a Vietnam, tenía allí un complejo deportivo y mi hijo deseaba ayudarlo a administrarlo.

—¿Y usted le negó el permiso? —preguntó Catherine horrorizada.

—Se lo di —se defendió el general—. Le permití que se quedara allí durante… bueno, más de cinco años. Pero, tienes que entenderlo Catherine, Morgan es mi hijo. Lo necesitaba a mi lado. Y… cuando pensé que sé, había recobrado por completo, le sugerí que regresará a Washington.

—¿Y obedeció?

—Oh, sí. Debes comprenderlo, desde… desde lo de Vietnam Morgan ya no se rebeló contra mí. No digo que ya no desee hacerlo pero se comporta amablemente conmigo. ¿Comprendes a lo que me refiero? Así que volvió a Washington y, durante un tiempo, todo estuvo bien. Pero entonces… cambió, empezó a mostrarse inquieto. Fue cuando le sugerí a Denzil que le buscara un trabajo en Londres. Pensé que un cambio de escenario lograría lo que Washington no pudo. Al parecer me equivoqué.

—El lugar que nombró… Mango Key. ¿Allí estaba él antes…?

—Sí, en Florida. Es una isla cerca de la costa del golfo —hizo u gesto.

Uno de mis agentes está averiguando en este momento está allí.

—¿Un agente? —Catherine frunció el ceño—. ¿Algo así como u detective privado?

—Algo así —el padre de Morgan parecía un tanto avergonzado—. No quería arriesgarme a que me viera y pensara que lo espiaba.

—Pues eso mismo es lo que está haciendo.

—Solo porque me preocupo por él —replicó el general, impaciente.

Catherine, cuando Denzil al fin tuvo el sentido común de comunicarme que Morgan no había asistido al trabajo durante las tres últimas semanas, me desesperé. Tomé el primer avión a Londres, temiendo lo que encontraría.

—¿Pensó que quizá él…?

—No sé lo que pensé. Solo recuerdo que tenía que venir a buscarlo.

—¿Y el agente?

—De esa forma cubrí todas las posibilidades —contestó con un gesto cansado—. ¿Tienes idea de lo que es pasar horas en un avión

ignorando lo que encontrarás al final del viaje?

—No —respondió Catherine sinceramente—. Nunca he cruzado el Atlántico.

El general la contempló con súbita intensidad.

—¿Te gustaría?

—¿Qué? ¿Cruzar el Atlántico? —le pareció una pregunta inapropiada.

—Sí —asintió el padre de Morgan—. Para aterrizar en Florida, en Tampa, en realidad. Y de allí a Mango Key.

—No estará hablando en serio. —Catherine lo miró boquiabierta.

—¿Por qué no? Si Morgan no está allí, apuesto a que se ha refugiado con Whitney. Lo sabré de seguro esta noche, cuando mi agente me llame.

—Pero… —Catherine tragó saliva—. No podría ir allí por mis propios medios.

—Claro que no —exclamó el general—. Yo te llevaré. ¿Aceptas?

—¿Por qué? —preguntó Catherine, estupefacta.

—Porque creo que mi hijo se alegraría más de verte a ti que a mí.

—Yo no apostaría a esa posibilidad —dijo Catherine.

—Sin embargo, si está allí… ¿irás?

Catherine titubeó. Su sentido común le ordenaba que rechazara la oferta, que ver a Morgan de nuevo, por la razón que fuera, solo le causaría mayores sufrimientos al final. No la quería; él mismo se lo había dicho. Y el general solo necesitaba a alguien en quién apoyarse. Alguien que soportara el peso de la frustración de su hijo.

Pero, a pesar de todo, preguntó:

—¿Es necesario un visado?

—Ya no —el rostro del general se iluminó—. ¿Eso significa que me acompañarás?

Catherine se ajustó las gafas con una mano temblorosa.

—Tengo un empleo —respondió, indefensa—. Tendré que pedir permiso para ausentarme.

—No hay problema. Si Morgan está allí, y le dije a mi agente que no se pusiera en contacto con él, saldremos el miércoles. Deja que yo me encargue de todos los preparativos del viaje.

Catherine sacudió la cabeza. Le parecía imposible haber accedido a viajar más de cuatro mil quinientos kilómetros con un hombre al que acababa de conocer apenas hacía una hora. Aunque quizá Morgan no se encontrara en el lugar que su padre suponía. Y, si eso sucedía…

Pero no quería pensar en esa posibilidad, así que, cuando el general Lynch le propuso que se fueran, se levantó con rapidez.

—Me temo que le han puesto una multa por aparcamiento indebido —murmuró la joven mientras caminaban hacia el Mercedes, pero el padre de Morgan sonrió.

—Un precio pequeño que pagaré con gusto —comentó, abriendo la puerta—. Me has dado una esperanza, Catherine, y eso vale más que un millón de multas por aparcar en un lugar prohibido.

Capítulo 11

HÉCTOR se mostró muy cariñoso cuando Catherine volvió a su casa y la joven se preguntó si acaso presentía que iba a dejarlo en una residencia de animales durante unos días. Sería la primera vez que pasaría una semana en un lugar extraño y, a pesar de las ganas que tenía de ver a Morgan de nuevo, no le gustaba confiar a Héctor a un desconocido. Pero no tenía otra alternativa. No podía dejarlo solo y arriesgarse a que alguien se lo robara.

Llamó a su tía Agnes a las seis y le contó lo que iba a hacer. Su pariente aceptó de inmediato la noticia y le preguntó:

—¿Qué va a pasar con Héctor? Si quieres, yo te lo cuidaré. No te preocupes, no permitiré que Castor y Póllux lo molesten —declaro con énfasis —. Y así no sufrirás por tu gato.

—Oh… ¿te encargarás de él? —Catherine estaba tan contenta que hubiera llorado de emoción—. Me sentía culpable por dejarlo solo, después de lo mal que lo he tratado durante estas últimas semanas.

—Pues ya no te enfrentarás a esos remordimientos de conciencia — dijo su tía con energía—. Lo recogeré el martes por la tarde. Si cambias de planes, avísame.

—Lo haré. Y gracias.

El lunes, Catherine se entrevistó con John Humphry y le pidió unos días de vacaciones.

—Creo que necesito un descanso —le explicó, sin dar mayores detalles y su jefe, que había observado cuánto había trabajado durante esas últimas semanas, no se opuso.

El general Lynch le había dicho que la telefonearía el domingo por la noche y, como el lunes todavía no había tenido noticias suyas, empezó a ponerse nerviosa.

Recordó la noche en que pospuso su baño esperando que Morgan la llamara y en ese momento decidió no alterar su horario acostumbrado. Por esa razón, se encontraba en el baño cuando oyó el timbre. Frunciendo el ceño, llegó a la conclusión de que se trataba de su madre.

Se envolvió en una bata y corrió escaleras abajo. No se le ocurrió la posibilidad de que se tratara de un visitante indeseado, así que cuando abrió la puerta y se encontró con Neil, se quedó tan asombrada que no lo detuvo.

Su exmarido la empujó para entrar en la casa y ella se quedó inmóvil por un momento. Casi de inmediato se vio invadida por una sensación de ultraje y, sin molestarse en cerrar la puerta, lo siguió hasta la sala.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó—. Esta es mi casa, Neil. Y no tienes derecho a irrumpir en ella como si…

—¡Cállate! —Neil poseía un carácter explosivo y, aunque nunca se había mostrado violento con ella, podía ser muy desagradable, como Catherine bien sabía—. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Ignorarlo?

—¿Ignorar qué? —Catherine apretó los puños—. Neil…

—Cuando dijiste que había alguien más, no me gustó. Lo sabías. Pero jamás me imaginé que pudieras caer tan bajo.

Catherine se preguntó asombrada de qué estaba hablando. No sabía nada de Morgan y no había nadie más. A menos que hubiera hablado con Denzil. Se le ocurrió que quizá Denzil se hubiese divertido contándole a Neil lo de Morgan. En especial si pensaba que de esa forma conseguiría hacerle daño a ella.

—Neil… será mejor que te vayas…

—Todavía no —se detuvo y se volvió hacia la joven—. ¿Qué se siente al hacer el amor con un viejo? —preguntó con desprecio—. ¿Es bueno en la cama?

Mejor que tú, te apuesto lo que quieras.

Catherine se cerró las solapas de la bata de baño.

—Yo… ignoro de qué estás hablando —protestó Catherine, pero mentía.

Se dijo que, de alguna manera, Neil debía de haberla visto con el padre de Morgan. ¡Y habría pensado que estaba saliendo con el general Lynch!

—¡No me vengas con esos cuentos! —Neil estaba indignado, tanto que Catherine sospechó que había visitado varios bares antes de ir a su casa—. Te vi con él —gruñó, mirándola con ojos vidriosos—. Fuisteis a Lowrey juntos. Tú no me viste, ¿verdad? ¡Oh, no! Te acaparaba por entero.

—Te equivocas… —suspiró Catherine.

—¡No me equivoco! Te vi, te lo repito. No es fácil que te ocultes, Cat.

Quizá estés un poco más delgada, pero sigues teniendo unas piernas estupendas.

—Quiero decir que no sucedió como tú crees —insistió Catherine con expresión de cansancio y, cuando se dio cuenta de que no tenía por qué pedir disculpas, se detuvo—. Quiero que te vayas. ¡Ahora! No deseo seguir discutiendo.

—Me imagino que no. —Neil avanzó un paso, acercándose a la chica, para mirar con indiferencia el escote de su bata de baño—. Jamás pensaste que te vería, ¿verdad? —se burló—. Pues, con frecuencia comemos en Lowrey los domingos y acabábamos de salir del restaurante cuando vimos llegar ese enorme Mercedes. Quizá ni siquiera entonces me habría llamado la atención, si ese tipo no se

hubiera detenido en un lugar prohibido —hizo una mueca.

¿Quién es, Cat? Un viejo con un montón de dinero, supongo. ¡Dios! ¿No pudiste conseguir algo mejor que eso?

Catherine lo abofeteó en ese momento; le ardieron los dedos al hacer contacto con la mejilla de Neil. «¿Cómo se atrevía?, se preguntó. ¿Qué si tenía un amante? Neil había perdido todo derecho a criticar al haberse ido con Marie.

Sin embargo, cuando se lanzó contra ella, Catherine comprendió que una cosa era la teoría y otra muy diferente la realidad. Por alguna razón, Neil decidió que las reglas ya no se aplicaban al caso y la alarmó al agarrarla del brazo.

Incluso entonces se dio cuenta de lo que se proponía. En el fondo de su corazón no creía que Neil quisiera hacerle daño pero, cuando le retorció el brazo por detrás de la espalda y la atrajo hacia él, la sorpresa se convirtió en miedo.

—¡Neil! —protestó, sin que le resultara fácil escapar, como suponía. Cada vez que intentaba separarse de él, le retorcía más el brazo—. Neil, esto es ridículo…

—¿Cómo te sientes al estar a mi merced, para variar? —preguntó.

Siempre lograbas imponerte, ¿verdad? O al menos eso creías. ¡La poderosa y orgullosa Catherine, con un titulo académico y un trabajo interesante! Siempre te consideraste mejor que nosotros, los mortales comunes…

—¡Mientes!

Catherine se sentía horrorizada y hasta Héctor se apretó contra sus piernas, como tratando de apoyarla a su manera.

—No miento —se burló Neil y, al mirar su rostro desencajado, Catherine comprendió que había perdido el control. Se asustó. Durante todo el tiempo en que habían vivido juntos, él jamás se había comportado de ese modo y ella se preguntó qué habría sucedido para sacarlo de quicio. No podía creer que fuera solamente el hecho de haber visto al general Lynch con ella; no se habían comportado como amantes. Así que debía ser otra cosa.

—Suéltame, Neil —le pidió, tratando desesperadamente de disimular el pánico que se filtraba en su voz. De alguna forma tenía que tranquilizarlo y sabía que luchando contra él no lo lograría—. ¿No podemos sentarnos y hablar como dos personas normales?

—¿Normales? —gruñó—. Tú no eres normal. Una mujer normal me hubiera dado un hijo; pero tú consideraste que tu trabajo era más importante que mis deseos.

—Neil, sabes que mi trabajo no impidió que tuviéramos hijos…

—Todas las mujeres sois iguales —la interrumpió con desprecio.

Cuando me casé con Marie, creí que resultaría diferente. Pero es igual que tú.

Lo que yo quiero no cuenta para nada.

Catherine parpadeó asombrada. ¿De eso se trataba? ¿Marie se había negado a tener un bebé? Le pareció absurdo, pero solo le quedaba esa alternativa.

—Escucha, Neil —le rogó, haciendo un gesto de dolor cuando él le retorció el brazo hasta el límite de lo soportable—. Tú… tú y Marie solo habéis vivido dos años juntos. Dale tiempo. Es joven. Tú también eres joven todavía.

Tenéis muchos años por delante…

—¿Qué sabes tú de Marie y de mí? —repuso—. Tú, con tu trabajo a la medida, tu casa a tu medida y tu gato a tu…

Entonces le dio un puntapié a Héctor y el maullido de protesta del animal le proporcionó a Catherine la decisión que necesitaba para levantar la rodilla y golpear a Neil en la entrepierna. Su aullido de angustia ahogó el del felino pero, aunque Catherine logró librarse de sus manos, tropezó con Héctor al tratar de huir. Cayó, perdió las gafas y se golpeó en la cabeza al chocar contra la chimenea. Allí se quedó, aturdida, mientras Neil se echaba sobre ella.

—¡Maldita! —exclamó—. No creas que puedes usar esas tácticas sucias conmigo y salirte con la tuya. He sido un imbécil al comportarme como un hombre civilizado contigo, pero ahora te enseñaré a…

—¿Por qué no me lo enseñas a mí?

Incluso a pesar de su aturdimiento, Catherine reconoció aquella voz.

Habría reconocido la voz de Morgan en cualquier parte.

—Yo no soy un hombre civilizado, así que el reto es mayor. ¿Qué dices?

Neil se volvió entonces para enfrentarse al que estaba hablando y Catherine luchó por incorporarse sobre un codo para ver a Morgan apoyado con indiferencia contra la puerta de la sala.

Pero Morgan no la miraba a ella. Su atención estaba centrada en el hombre que procedía en ese momento a levantarse del suelo de forma muy poco elegante. Y mientras ella observaba, Morgan se adelantó y agarró a Neil por la camisa.

Catherine distinguió una expresión de odio asesino en el rostro de Morgan y, por un momento, temió por la seguridad de Neil. Morgan era mucho más alto y fuerte que él, para no hablar de la clase de experiencia que había adquirido en el ejército.

Pero cuando su exmarido empezó a barbotar que Morgan estaba interfiriendo en algo que no entendía y él volvió la cabeza para mirarla, sus ojos ya no la asustaron; contenían algo cálido y posesivo. Sin embargo, cuando distinguió la mancha de sangre que brillaba en la frente de la joven, agarró a Neil de la camisa con renovada furia.

Ignorando los frenéticos intentos de Neil por librarse, Morgan le estrelló el puño en el rostro y su oponente se desmoronó como un castillo de naipes.

Entonces lo arrastró hasta la puerta y un segundo después, Catherine pudo escuchar que la cerraba.

Segundos después, Morgan regresaba y se arrodillaba al lado de la joven.

—¿Estás bien? —preguntó, examinando la herida con una frialdad casi profesional. Pero no era frialdad. Catherine solo tenía que mirarle los ojos para convencerse de ello—. ¿Te ha hecho daño?

—Oh… solo ha sufrido mi orgullo —respiraba con dificultad y la mirada de Morgan se oscureció.

—¿Quién era ese tipo? ¿Por qué lo dejaste entrar?

—Neil —susurró Catherine—. Solo Neil.

—¿Tu exmarido?

—Ajá —trató de aclararse la garganta—. ¿Quién… quién creías que era?

—No sabía qué pensar —musitó y entonces, como si su necesidad de tocarla sobrepasara cualquier deseo, la estrechó entre sus brazos.

La boca que cubrió la de ella era dura y apasionada, los dedos que le sostenían la cabeza, fuertes y posesivos, pero Catherine se dio cuenta de que estaba temblando. Al alzar la mano para acariciarle la mejilla, sintió el temblor que lo sacudía y, aunque le dolía la cabeza, necesitaba tranquilizarlo porque eso era lo único que le importaba.

Le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella. El peso de Morgan casi le impedía respirar, pero no le importó. Era delicioso sentir sus brazos rodeándola, y cuando la lengua de su amado se hundió en su boca, Catherine compartió esa sensual exploración.

—Te amo —murmuró, sin que la detuviera el miedo a exponerse a otro rechazo o a algo peor.

Lo deseaba muchísimo, pensó mareada, mientras él abría la bata para descubrir sus senos tibios y acariciarlos con su boca hambrienta. La joven no sabía por qué estaba allí, ni le importaba. Solo sabía que lo que él pidiera, se lo daría. Era feliz.

Le deslizó la chaqueta por los hombros para acercarse más a él. Debajo, sintió el contacto áspero de una camisa de algodón, pero a través de la tela sentía su piel y el aroma de aquel cuerpo cálido. «Y olía tan bien», pensó mientras deslizaba los dedos por debajo del cuello de la camisa.

Su cuerpo fue presa de sus posesivas manos. La acarició con ansiedad, observándola con una expresión tensa, pero sensual. Catherine no sintió vergüenza bajo aquella mirada tan intensa; de hecho, la llenaba de deseo.

—Eres tan… hermosa… —gimió, inclinando la cabeza para besarla

y entonces, con un gemido de angustia, se desabrochó el cinturón. Apoyándose en un brazo, se bajó el pantalón y los calzoncillos hasta las rodillas y Catherine, casi temerosa de ver lo que hacía, contempló su rostro moreno y sudoroso.

—¡Dios! ¡Dios! —exclamó como una letanía y la joven cerró los ojos para no observar aquella desnuda frustración. «Si hubiera una manera de ayudarlo», pensó mientras las lágrimas le quemaban las mejillas. ¡Si pudiera hacer algo!

Entonces sintió, incrédula, la dura prueba de su virilidad. Abrió los ojos de golpe mientras él se introducía en ella y la sensación que creó fue igual al fuego líquido.

—Oh, Dios —repitió contra los labios de Catherine y ella, con un gemido de ansiedad, enlazó sus brazos y piernas alrededor de su cuerpo.

Terminó demasiado pronto, pero a Catherine no le importó. Morgan la amó y los temblores que sacudían su cuerpo, mucho después de qué se tumbara a su lado, eran la prueba de su satisfacción. Aunque no necesitaba prueba alguna, pensó Catherine, triunfante. Había sentido cómo derramaba su semilla dentro de ella y nunca antes había experimentado una sensación tan intensa.

Morgan tardó varios minutos en poder incorporarse y cuando lo hizo, tenía una mirada llena de emoción. Con dedos temblorosos le apartó el cabello de la frente y luego, con su ternura, la besó.

—Te amo —le dijo, apartándose de su boca para descansar la frente contra la de ella—. Y ahora sabes cuánto.

Catherine se desahogó llorando; la tensión de aquella hora se tradujo en una tormenta de sollozos y Morgan, con exquisita delicadeza, le limpió las lágrimas de las mejillas.

—Lo comprendo —murmuró con voz ronca—. Créeme, te comprendo.

Pero… ¡qué Dios me ayude! Todo ha terminado.

Catherine asintió sin poder hablar y, quitándose las botas, el pantalón y la camisa, que ella ya había desabrochado, Morgan la tomó entre sus brazos y se puso de pie.

—Vamos a la cama —propuso y ella pensó que jamás había escuchado palabras que sonaran tan bien.

Catherine se despertó a la mañana siguiente para descubrir que Héctor la observaba con frío desdén, desde la puerta del dormitorio. Resultaba obvio que no estaba muy contento y, al recordar cómo le había golpeado Neil la noche anterior, sintió un cierto arrepentimiento. Pero solo momentáneo. Sin la intervención de Héctor quizá no hubiera tratado de escapar de Neil, no se habría caído y casi partido la cabeza, y jamás Morgan se hubiera asustado hasta tal punto de…

Sus pensamientos se interrumpieron en ese momento y miró a Morgan.

Todavía dormía plácidamente, y Catherine, recordando la manera en que habían pasado las últimas doce horas, no podía culparlo. Debía de estar exhausto, reflexionó, estirándose con una deliciosa sensación de soñolencia. Ella también se sentía bastante cansada, pero tan feliz, que deseaba explotar de alegría.

Vio el sol que entraba por las cortinas y consultó el reloj junto a la cama.

Eran más de las diez. No le sorprendía que Héctor la mirara con reproche.

Quería que le diera de comer.

Sin muchas ganas se apartó de Morgan, pero no llegó al borde de la cama.

—¿A dónde vas? —protestó él, deteniéndola con el simple procedimiento de pasarle un brazo y una pierna con gesto posesivo por encima del cuerpo. Al sentir la inconfundible excitación de Morgan contra su muslo, Catherine titubeó.

—Héctor quiere que le dé de comer —contestó con poca convicción, y la boca de Morgan se curvó en una sonrisa sensual.

—Yo también —replicó con voz ronca, tumbándose de espaldas y colocándola encima de él—. ¿Todavía me amas?

—Con locura —contestó, y cuando la mirada ambarina de Morgan se oscureció, inclinó la cabeza y lo besó.

La respuesta de Morgan fue instantánea y un momento después la acostaba de nuevo. El dolor latente que solo parecía saciarse de manera temporal se satisfizo otra vez y Catherine pensó que en asombroso haber vivido durante todos esos años ignorando lo que se perdía. Neil jamás la había hecho sentir ni siquiera la mitad del placer que le proporcionaba Morgan, y entonces comprendió lo maravilloso que podía ser el amor.

—Sigo deseándote —murmuró, expresando sin querer lo que la joven pensaba.

—Yo también —suspiró contra su pecho—. Oh, Morgan, estoy tan contenta de que hayas regresado…

—Igual que yo —aceptó con fervor, apoyándose sobre un codo para mirarla—. Si ese… imbécil te hubiera tocado, lo habría matado Ella no tenía ninguna duda acerca de ello. Recordó que una rabia feroz se había pintado en su rostro en aquellos momentos, pero la controló. Se había comportado con mesura y las dudas que pudieran haberla atormentado acerca de las secuelas de Vietnam, sobre la capacidad de Morgan de controlarse, se habían disipado.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó—. ¿Tú padre… te llamó?

Temía descubrir que se había presentado en su casa solo porque el

general Lynch se lo pidió.

—¿Mi padre? No sabía dónde estaba —con gesto burlón, Morgan le acarició un seno con un dedo, gozando de la manera en que el pezón se endurecía de inmediato. Catherine le apartó la mano.

—Por favor —le rogó—. Quiero enterarme de lo que sucedió.

—De acuerdo —admitió con suavidad—. Fui a Estados Unidos. Unos días después de que… bueno, de que me visitaras, comprendí que no podía seguir viviendo en la misma ciudad que tú sin verte. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que te buscara de nuevo y decidí que no sería justo… para ninguno de los dos.

—¡Oh, Morgan!

—Bueno… recuerda cómo me sentía —le pidió—. Por esa razón decidí irme. Me dije que necesitaba tiempo para reflexionar acerca del futuro, de lo que haría con mi vida. Pero realmente luchaba contra el deseo de arrojarme a tus pies y dejar que el futuro se desarrollara solo.

—¡Oh, amor mío!

Se inclinó para besarlo otra vez y él se retiró con un gran esfuerzo de voluntad para seguir hablando.

—Creí que… si regresaba a casa… analizaría el problema con mayor objetividad —prosiguió con voz ronca.

—Pero… tu padre me comentó que no te había visto —replicó Catherine frunciendo el ceño.

—Y no lo hizo. No lo visité, porque no quería explicarle lo que estaba haciendo en Florida cuando debería estar trabajando en la embajada. No hubiera soportado otra discusión.

—Él… se preocupa por ti.

—Lo sé —suspiró Morgan—. He sido una gran desilusión para mi padre y, si no me quisiera, ya se habría lavado las manos con respecto a mí.

—No lo creo. —Catherine se apoyó en un hombro, para observar a Morgan—. Está muy orgulloso de ti. Me lo dijo. Se culpa de la separación que se produjo entre vosotros. Solo que no sabe cómo confesártelo.

Morgan asimiló esa información y luego sacudió la cabeza.

—Quizá —concedió—. Pero nada puede cambiar el hecho de que no soy el hijo que hubiera escogido.

—Entonces… —Catherine titubeo—, ¿qué más hiciste?

—Visité Arlington. Algunos de mis amigos están enterrados allí —su mirada se oscureció por un momento—. Y también fui a la clínica donde pasé dos años internado. Hable con el médico que me trató.

—¿Y? —Catherine inclinó la cabeza.

—Le expliqué que había conocido a una chica y… que la amaba y que quería casarme con ella.

—Oh, Morgan.

—Me examinó. Me aseguró que estaba en buenas condiciones físicas —soltó una carcajada—. Desde luego, no le creí. Pero al final me convenció de que yo no había perdido ningún tornillo —titubeó—. También me dijo que no había razón para que permaneciera.

Se interrumpió y Catherine ocultó su rostro en el hueco de s cuello.

Adivinaba lo difícil que le resultaba contarle esas cosas, pero también deseaba comunicarle que significaba mucho para ella.

—Entonces decidí que tenía que volver a Inglaterra —continuó—. No podía vivir sin ti.

—No tendrás que hacerlo —replicó, abrazándolo con más fuerza.

—¿No? —la expresión de Morgan se dulcificó—. ¿Eso significa que puedo quedarme contigo?

—Intenta escaparte y verás —musitó Catherine, abrazándolo por un rato, un silencio satisfactorio reinó en la habitación.

Capítulo 12

—Por lo menos ya no tendré que tomar píldoras para dormir —bromeó Morgan una hora después mientras compartían el desayuno—. ¡Estoy atónito!

Nunca antes había hecho el amor en una bañera.

Catherine sonrió; un leve rubor teñía sus mejillas.

—No te oí quejarte —murmuró, mientras Héctor interrumpía su conversación con un maullido satisfecho, contento de que al fin le hubieran dado de comer.

—No lo hice —con la bata amarilla de Catherine, Morgan tenía un aspecto muy sensual—. Solo era un comentario. ¿Quieres acercarte para que te lo demuestre?

—Tengo que vestirme —protestó Catherine, pero él la sentó sobre sus rodillas, mientras el kimono de seda se abría para descubrir una cadera provocativa—. ¿No dijiste que tu padre nos esperaba dentro de media hora?

—Mmm. —Morgan le mordisqueó el hombro—. Pero puede esperar. Le pedí que no contuviera el aliento.

Catherine se rio. Morgan le explicó que había sorprendido a su padre en su apartamento y que lo verían para contestar a todas sus preguntas. Catherine adivinó que el anciano debía de sentirse inmensamente feliz, pero entonces una dolorosa realidad la golpeó.

Se levantó y caminó hasta la ventana, mirando hacia el jardín. Ella era igual que ese jardín de invierno, pensó: seca, estéril. Si se casaba con Morgan, el general Lynch jamás tendría el nieto que tanto ansiaba.

—¿Qué sucede?

Morgan, siempre perceptivo a los cambios de humor de Catherine, se detuvo a espaldas de la joven y le rodeó la cintura con los brazos, apretándola contra su cuerpo delgado y fuerte.

—¿Has olvidado —preguntó a su vez—, que… que no puedo tener hijos?

—No —declaró Morgan con voz ronca—. ¿Y qué? ¿Qué importa? Nos tenemos uno al otro. ¿No es suficiente?

Catherine se volvió para tomar el rostro de Morgan entre s manos.

—Para mí, sí —afirmó—. Pero tú… tú te mereces alguien, alguien que te dé hijos, tan hermosos como tú.

—Te merezco a ti —afirmó sin titubear—. Estoy convencido ello. No me digas que me vas a quitar lo que es mío.

—¡Oh, Morgan! —lo abrazó—. Te amo tanto.

—¿En serio? —bromeó él—. Creo que vas a tener que probármelo.

Cuando la señora Lambert llegó, tres cuartos de hora después todavía no se habían vestido.

—¡Dios del cielo! —exclamó cuando vio que Catherine le abría la puerta en kimono—. Cuando Agnes me dijo lo que estabas haciendo, no le creí.

Catherine abrió mucho los ojos, sorprendida, mientras condujo a su madre a la cocina, después de echar un rápido vistazo en dirección al dormitorio, en el piso de arriba.

—¿Y… qué te dijo la tía Agnes que estaba haciendo?

—Yo no la entendía —replicó su madre, con tono cortante, advirtiendo de inmediato los dos platos que estaban sobre la mesa—. Explícamelo tú.

¿Acaso no tengo derecho a saberlo?

—Desde luego que sí. —Catherine se mordió el labio—. De hecho, serás la primera en saberlo: voy a casarme otra vez.

—¡Casarte! —la señora Lambert parecía azorada—. Pero Agnes no mencionó nada acerca de una boda. Solo me dijo que se queda con Héctor mientras tú buscabas a un chico en América, en compañía de su padre. ¿No irás a casarte con un viejo, verdad?

—Juzgue usted misma —le pidió Morgan, que había bajado escaleras mientras ellas hablaban—. ¿Cómo está, señora Lambert.? Soy Morgan Lynch.

La madre de Catherine tragó saliva mientras su mano se perdía en otra mucho más grande.

—No… no entiendo nada —le confió a su hija con cierta irritación.

Catherine ¿por qué no me lo dijiste?

—Es una larga historia —replicó Morgan con una de sus encantadoras sonrisas—. Cat y yo nos conocemos desde hace algún tiempo, pero hace muy poco que nos hemos dado cuenta de que no podemos vivir separados. Tan sencillo como eso. Y, Cat tiene razón, vamos a casarnos y usted es la primera en saberlo. Ni siquiera se lo hemos dicho a mi padre.

La señora Lambert sacudió la cabeza. Ni en sus más entusiastas sueños se había imaginado que su callada e intelectual hija conquistara a alguien como Morgan Lynch. Sin embargo, al verlos juntos, no dudó de la profundidad del amor que los unía… la manera en que se miraban, en que se tocaban… la hacía sentirse una intrusa. Pero ambos la contemplaban con tan radiante felicidad reflejada en sus caras, que desechó la idea de irse. Además, había que organizar una boda, pensó regodeándose. Y en eso, Agnes jamás le sacaría la delantera.

Tres meses después, Catherine salió al balcón de la villa que Morgan había comprado en Mango Key y vio a su marido recostado sobre una tumbona. Con sus gafas oscuras y su bronceado, estaba

guapísimo; ni el calor ni la humedad parecían molestarlo. Él le había contado un detalle de sus días en Vietnam: él y sus compañeros habían sufrido todos los rigores del clima y ya no los afectaban ni el frío, ni el calor. Y ya no tenía esas horribles pesadillas, pensó Catherine con satisfacción. Su mente poco a poco se estaba curando y estaba aprendiendo a olvidar.

Héctor estaba tumbado sobre la terraza y, al oír sus pasos, los dos se volvieron.

—Eh —la saludó su marido con ternura, plantándole un beso en la cara —. Te he echado de menos. ¿Qué dijo?

Catherine se preguntó cómo le daría la noticia. Habían pasado tantas cosas desde que formaron una pareja que no le costó trabajo comprender por qué no se dio cuenta de nada. Primero la boda, en familia. Las hermanas de Morgan le habían demostrado con su cariño que la felicidad de ambos era lo único que les importaba.

Y el general Lynch había sorprendido a todos declarando que, en su opinión, sería preferible que su hijo viviera en Florida.

—Ya estoy viejo —había afirmado—, y no puedo viajar a Londres cada vez que quiera veros. Ahora bien, a la señora Lambert, una jovencita, no le importará cruzar el Atlántico.

Desde luego, la madre de Catherine había caído en la trampa. O quizá solo había fingido hacerlo. De cualquier modo, tenía su propia vida en Inglaterra y siempre le había encantado viajar.

El padre de Morgan los sorprendió a todos cuando declaró que era dueño de unos edificios de apartamentos en Mango Kay. Además de los apartamentos había un puerto deportivo y un campo de golf y si Morgan quería, le entregaría la administración del lugar. El viejo militar empezaba a aprender, pensó Catherine, aunque todavía pasaría algún tiempo antes de que él y su hijo reanudaran su amistad. Sin embargo, el amor que se tenían facilitaría esa adaptación. Y Catherine creía en el amor.

En ese momento dijo, incapaz de guardarse la noticia por más tiempo.

—Dijo que… estoy embarazada. Yo… insistí en que no era posible, pero él afirma que sí.

—¿Quieres decir que…? —la asió por los hombros con fuerza.

—Quiero decir que mis náuseas tiene una explicación lógica —comentó Catherine con ligereza—. ¿Estás contento? —pregunto ansiosa—. No podía creerlo cuando me lo aseguró.

Morgan la sentó en su regazo, escondiendo la cara en el hueco de su cuello.

—Claro que estoy contento —musitó emocionado—. ¿Y tú? No te lo esperabas.

—Oh, amor mío —musitó conteniendo la respiración—. ¿Bromeas?

¡Tener un hijo tuyo! ¡Si no podía creerlo, era precisamente por lo mucho que lo deseaba!

Morgan la besó apasionadamente, compartiendo el deleite maravilloso de su amor.

—¿De dónde sacaste la idea de que no podías tener hijos? —preguntó Morgan minutos después y Catherine, cuya mano había bajado hasta el elástico de su bañador, en un gesto inocente, suspiro con expresión traviesa.

—No sé —respondió—. Más bien, sí lo sé —hizo un gesto—. Neil me lo dijo.

—¿Y quién le dio derecho a emitir esa clase de juicios? —preguntó con tono seco—. Debí aplastar a ese tipo cuando tuve oportunidad. Anda, te escucho. ¿Acaso tiene un título de medico?

—No. —Catherine sintió que se ruborizaba—. Fue a una de esas clínicas donde hacen exámenes. Sus resultados eran positivos; me los enseñó. Así que concluyó que la culpa debía de ser mía.

—¿No se te ocurrió que quizá no erais compatibles? Quiero decir, él y su segunda mujer no tienen hijos, ¿verdad?

—No. —Catherine abrió mucho los ojos por la sorpresa—. ¿Crees que por esa razón se muestra tan agresivo con ella?

—Quizá —aceptó Morgan—, aunque apuesto a que se dio cuenta de que había cometido un error. Deseaba recuperarte, cariño. Pero llegó demasiado tarde.

—Siempre llegaba demasiado tarde —replicó Catherine, acariciándole la mejilla—. Tan pronto como te conocí, comprendí que lo que Neil y yo compartimos… —sacudió la cabeza—. Bueno, ya sabes.

—Explícamelo —le pidió Morgan y Catherine le obedeció, tímida, hablándole al oído.

—¿Y qué pasará con tu trabajo de media jornada? —le preguntó Morgan al fin, jugando con el tirante de su vestido.

—No me importa mi trabajo. —Catherine lo miró encantada—. ¡Voy a tener un bebé! Nuestro bebé. Ya pensaré en un trabajo cuando no tenga nada mejor que hacer.

Morgan le hizo un sitio a su lado, en la tumbona.

—Supongo que eso significa que tendremos que… ser, bueno, un poco menos enérgicos en nuestra relación, ¿mmm?

—Ni intentándolo, lo lograrías. —Catherine lo atrajo hacia ella—. El médico dice que estoy embarazada de tres meses. ¿Sabes hacer cuentas?

—¿Te quedaste encinta la primera vez que nos amamos? —sugirió Morgan—. ¡Qué manera de empezar nuestra vida juntos! —sonrió—. Aunque, en esas circunstancias, no me sorprende demasiado.

—No me refería a eso —declaró Catherine, metiendo los dedos por

debajo del elástico del bañador y deslizándolos sobre sus caderas—. Quiero decir… todo el mundo sabe que solo tienes que cuidarte los tres primeros meses, en un embarazo normal. Y, como el médico dice que yo soy normalísima, y nosotros ni siquiera sospechábamos que…

—¡No tenemos que preocuparnos! ¿Verdad? —terminó Morgan—. Eh, espero que hayas cerrado la puerta al entrar. No quiero que el jardinero se avergüence.

—¿Por qué? —preguntó Catherine, mientras él le bajaba el segundo tirante del vestido y se reía—. ¿Te avergonzarías tú?

—¿Yo? Estoy acostumbrado a tener público —afirmó con una encantadora espontaneidad y Catherine vio que Héctor había vuelto la cabeza hacia otro lado.